Philippe Ferlay

María, madre de los hombres

Orar a María en la Iglesia

Sal Terrae

Presencia teológica

Colección «PRESENCIA TEOLOGICA»

36

Philippe Ferlay

María, Madre de los hombres

Orar a María en la Iglesia

Editorial SAL TERRAE
Santander

Título del original francés:
Marie, mère des hommes
© 1985 by Desclée, París

Traducción al castellano:
María Dolores Rumeu
© 1987 by Editorial Sal Terrae
Guevara, 20
39001 Santander

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain

ISBN: 84-293-0770-2
Dep. Legal: BI-631-87
Impreso por Gráficas Ibarsusi, S. A.
C.º de Ibarsusi, s/n
48004 Bilbao

Indice

Orar a María en la Iglesia 7

I. PROPUESTAS

1. María contemplada en su vocación 11
2. A la luz de la realización 19

II. FLOR DE LA CREACION

3. María, criatura de Dios 29
4. María y el pecado. La Inmaculada 39
5. Israel y María 47
6. Ella concibió del Espíritu Santo 55
7. María, la creyente 63
8. María y el Espíritu Santo 75
9. María y el misterio trinitario 83

III. UNA MUJER EN NUESTRA HISTORIA

10. Cristo y María 99
11. María en el misterio de Navidad 109
12. María y el Reino 115
13. María y el misterio de las bodas 123
14. La pascua de María 131
15. La Pietà 143

IV. MADRE DE LA IGLESIA Y DE LOS HOMBRES

16. María en el Cenáculo 153
17. Asunción de María y resurrección de la carne 161
18. María y el misterio de la mujer 171
19. Teología mariana y confesión de la fe 179
20. Teología mariana y vida eucarística 189

CONCLUSION: Oración de María y misión de la Iglesia 199

Orar a María en la Iglesia

¿Es necesario hablar hoy de María? ¿Qué decir de ella? ¿No se ha hablado excesivamente de María en el pasado? ¿Es cierto que hoy se habla de ella demasiado poco y que este silencio empuja a los cristianos hacia formas de devoción no reconocidas y poco recomendables?

Estas páginas no pretenden responder a fondo a todas esas preguntas, pero sí querrían ayudar a una reflexión espiritual y a una oración que se nutra de la savia de una reflexión teológica seria. El árbol de la oración cristiana hunde sus raíces en la rica tierra de la fe y la Tradición. Un viejo adagio afirmaba que de María no se podría decir demasiado. Y es verdad, en el sentido de que la persona y la vocación de María se hallan tan íntimamente cercanas a la generosidad del Dios Salvador que la palabra de fe es incapaz de referir todo lo que el Señor hace en ella en favor de los hombres. Con todo, habría que completar el adagio: no se podría decir demasiado..., pero, aun así, hay que hablar de ella.

Vamos a tratar de decir de María lo que la fe y la piedad proponen, pero procurando mantener la precisión y el rigor, aunque haya que pedirle al lector un esfuerzo que yo sé bien que es condición para que se enriquezca su oración. Cuando un hijo ama de veras a su madre —y estoy seguro de que el lector ama a María—, procura hablar de ella con exactitud, lo cual es una prueba de la veracidad de su amor. No hay verdadero amor sino en la verdad de la palabra.

María, Madre de la Iglesia y Madre de los hombres. No se trata ni de darle un nuevo título a María ni de sobrevalorar el que Pablo VI y el Concilio Vaticano II quisieron emplear para hablar de ella. Este

humilde trabajo se siente profundamente deudor de la reflexión del Vaticano II; pero el propio Concilio se apoya en todo el esfuerzo realizado por la Tradición cristiana. Madre de Dios y Madre de los hombres. Dos títulos que no se oponen entre sí ni se suceden el uno al otro, sino que se complementan mutuamente y revelan el decisivo papel desempeñado por María en el misterio de amor de nuestra salvación. Madre de Dios para hacerse Madre de los hombres. Madre de Jesús, el Hijo de Dios, para que en su Hijo todos los hombres se hagan hijos de Dios. Lo cual quiere decir que la misión de María, lejos de haber concluido, se prolonga mientras duren la Iglesia y la historia del mundo, mientras siga edificándose ese Cuerpo de Cristo del que ella es Madre con toda verdad.

Pero también quiere decir que nuestra reflexión aspira a ser fuente de vida espiritual y de oración confiada. Al orar a María, Madre de los hombres, le pedimos que haga crecer en nosotros a Cristo, que propicie nuestro nuevo nacimiento en el Espíritu. Y al contemplar la respuesta de María a su propia vocación, aprendemos a descubrir la nuestra y a responder a ella: Heme aquí, al servicio del Señor. Que El haga en mí y a través de mí lo que le plazca.

I
PROPUESTAS

1
María contemplada en su vocación

Del mismo modo que, refiriéndose a Jesús, puede hablarse de «naturaleza» y de «persona», pero también de «tarea» y de «vocación», así también queremos hablar de María desde la perspectiva de su vocación en medio de nosotros.

Más que privilegios, lo que María recibe de Dios es aquello de que tiene necesidad para cumplir su tarea. Y esa tarea es maternal en un doble sentido: mujer de esta tierra, da a luz al más precioso de sus hijos, a fin de que en él se unan todos los hombres; y María es Madre de cada uno de ellos para conducirlos a todos a Cristo y, mediante Cristo, al Padre. Esta maternidad supera con mucho las fronteras de la Iglesia visible.

¿No se impone abordar la cuestión «mariana» a partir de la vocación de María? ¿No tenemos todos una vocación y una tarea que realizar, un futuro que, aun sin estar escrito de antemano ni manipulado por Dios, da sentido a lo que somos? Tal vez no se trate tanto de definir al hombre como de comprender para qué ha sido hecho y hacia qué meta se encamina. De este modo es menor el peligro de petrificar lo que es un movimiento incesante y de encerrar la vida en una estructura muerta. Un ave disecada se parece muy poco a un águila en pleno vuelo.

Para disponernos a contemplar la vocación de María, hagamos primero referencia a la de Jesús, su Hijo. Porque para hablar de María hay que mirar siempre a Jesús, y cuanto digamos del Hijo en nuestra confesión de fe iluminará cuanto podamos cantar de su Madre, que es también la nuestra.

La Vocación de Jesús

Todos cuantos se interesan en el trabajo teológico saben las dificultades que existen para penetrar en el misterio de Cristo, de quien se afirma que es a la vez Dios y hombre, naturaleza divina y naturaleza humana. Problema doble, provocado por la interpretación de cada uno de esos dos conceptos y por su unión mediante la conjunción «y», aparentemente simple, pero llena de dificultades:

1. ¿Puede hablarse de «naturaleza divina»? Si, hablando de Dios, todas las palabras del lenguaje humano son engañosas, ¿no lo es aún más la palabra «naturaleza», ya que significa acercarnos al Misterio con una palabra común, que sirve para hablar de nosotros? Y aunque inmediatamente comencemos a hacer distinciones, lo cierto es que éstas sólo pueden hacerse cuando existe un trasfondo mínimamente común.

2. ¿Y qué es eso de la «naturaleza humana»? ¿En qué consiste ese «fondo» común a todo hombre, sean cuales sean sus condiciones de vida, de cultura y de educación? Cada vez sabemos mejor cuántas realidades «naturales» son, de hecho, producto de la cultura. Y aun cuando la Iglesia tenga razón para seguir apelando a la noción de naturaleza humana, debe hacerlo con una prudencia y una discreción exquisitas para que su palabra sea creíble respecto de las ciencias humanas.

3. Entonces, ¿qué se quiere decir exactamente cuando se afirma que, al encarnarse, el Hijo de Dios asumió una «naturaleza humana»? Que el Hijo se hizo un hombre concreto, un judío de la Palestina del siglo I, con las riquezas y las limitaciones de un entorno cultural muy concreto. Y que su misión de unificarlo todo no puede realizarse sino a partir de un enraizamiento en una humanidad perfectamente concreta.

Y nada se arregla cuando se dice que la Persona única del Hijo eterno asume una naturaleza divina Y una naturaleza humana. Esa pequeña partícula, «y», une entonces dos realidades mal conocidas y muy poco comparables la una y la otra. El vocabulario de la confesión de fe quedó fijado de una vez por todas, y nosotros decimos que el Hijo de Dios se hizo hombre. No se trata en absoluto de renunciar a ello. Pero tal vez sería interesante abordar antes el asunto desde la perspectiva de la misión y la vocación. Un ser humano, solidario de una historia personal y colectiva, se define tanto por lo que hace y realiza como por lo que le constituye desde el comienzo. Sin negar la naturaleza, ahora sabemos perfectamente que la misión a realizar, lo que se intenta y se realiza pacientemente y desde la fidelidad a una vocación profunda, resulta esencial para abordar el misterio personal del ser.

Pero ¿qué sucede con Cristo? Es el Hijo eterno, que viene a los hombres con una misión, con una tarea. El evangelio de Juan insiste en ello al poner en labios de Jesús esta afirmación: «No he venido para..., sino para...» El Hijo es enviado para reunir en él a toda la humanidad, para que todo hombre se haga hijo acogiendo el poder del Espíritu. El Hijo de Dios se hace hombre con esta vocación. E indudablemente, es en relación con esta misión como debemos preguntarnos por el misterio de Cristo.

Conciencia

1. El problema de la *conciencia* de Jesús. La conciencia de Jesús se despierta como cualquier verdadera conciencia humana. Por tanto, no pudo ser desde el principio perfectamente lúcida acerca de sí, en virtud del hecho de ser la conciencia del Hijo de Dios. Tuvo que seguir el desarrollo progresivo de una verdadera humanidad. Pero esta conciencia no se despierta de una manera abstracta: su desarrollo está en total referencia a la misión de Jesús. ¿Acaso se ha despertado alguna vez una conciencia humana al margen del descubrimiento de un objetivo a alcanzar, de una tarea que realizar? Es en su visita al Templo a la edad de doce años (la mayoría de edad espiritual en su pueblo) cuando, al franquear el umbral de la Morada del Padre, toma Jesús una más viva conciencia de su tarea. No sería demasiado gratuito traducir del siguiente modo su respuesta a José y a María: «Es preciso que yo quede libre para dedicarme a las tareas que el Padre me confíe». Y más tarde, con ocasión del Bautismo, se ilumina plenamente la conciencia mesiánica y filial del Profeta Jesús. Hasta entonces ha estado aguardando su Hora sin «pasar por encima» de Dios, quizá porque aún no había visto con claridad por qué caminos debía emprender su andadura humana. La predicación de su primo, Juan Bautista, despierta en él una serie de «armónicos» que hasta entonces habían estado ocultos. ¿Será demasiado atrevido decir que Jesús se deja «evangelizar» por su primo, del mismo modo que María, como veremos, había sido evangelizada por Isabel y, más tarde, por los pastores de Belén? Jesús ha comprendido ahora mejor su tarea, su vocación. Y se pone en camino para la predicación del Reino y, aunque de un modo todavía ignorado, para el misterio de la Cruz.

Ciencia

2. La *Ciencia* de Jesús también hace referencia a su misión. Jesús sabe todo cuanto humanamente tiene necesidad de saber para anunciar el Amor universal del Padre y para situarse él mismo en el anuncio de la realización concreta de dicho Amor. No sabe nada, por ejemplo, sobre la fecha del Juicio final, porque tal conocimiento no tiene relación directa con su misión en su primera fase. Es cierto que el Hijo es realmente el Salvador y que «el Padre le ha dado poder para juzgar» *(Jn 5,27)*, pero el Juicio del final de los tiempos no tiene nada que ver con su primera Pascua; por eso no tiene necesidad de saber nada acerca de él.

Tentaciones

3. Desde esta perspectiva, podemos hablar, por último, de la realidad y los límites de las *Tentaciones* de Jesús. Es en el contexto de su misión y de su tarea como sufre Jesús la tentación de «escurrir el bulto»; de eludir el camino de la pobreza que el Padre ha escogido para él como el mejor itinerario posible para revelar su Amor absoluto y su Misericordia; de realizar milagros en beneficio propio o de inaugurar su mesianismo mediante un gesto espectacular y provocador; de eludir incluso la intención de su misión de servidor, aliándose con el Príncipe de este mundo en lugar de servir al Dios discreto y siempre desconocido.

No podemos hablar de María sino haciendo referencia a la confesión de fe concerniente a su Hijo. Nunca deberíamos olvidar que el concilio de Efeso, que en el año 431 otorgó a María su título de «Madre de Dios», se había reunido para hacer una indispensable y urgente reflexión sobre el misterio de Cristo. Y los peligros de entonces siguen existiendo hoy y amenazan con repercutir sobre nuestra manera de hablar de María:

1. Insistir en exceso en pensar que la naturaleza divina absorbió la naturaleza humana puede traducirse en una minusvaloración de la plena humanidad de María. Hay quienes reivindican en María lo que su adhesión de fe al misterio de Cristo les impide decir o pensar a propósito de éste. No faltan los cristianos que aceptan más fácilmente la plena humanidad de Jesús que la de su Madre. Para ellos, María escapa enteramente a la condición humana, y sus privilegios la deshumanizan. No se atreven a hablar de ignorancia en María, de maduración espiritual, de progreso en la fe o en el conocimiento...

2. En nuestra época, al menos entre los creyentes más «dinámicos», tal vez el peligro pueda ser el contrario. Nos aferramos, con la mejor intención del mundo, a mantener la plena humanidad de Cristo. Pero, cuando hablamos de María, ¿no corremos el peligro de considerar demasiado exclusivamente sus cualidades humanas, sin darle a su condición única de Madre de Dios la importancia que le corresponde?

Vocación de María

En lo que se refiere a María, por lo tanto, vamos a hablar prioritariamente de «tarea», de «misión». Misión y tarea que han de realizarse en el marco de la historia de la salvación.

Vamos a evitar en lo posible la palabra «privilegio», porque conlleva un excesivo peligro de hacer pensar que María recibe una serie de ventajas para sí, para su gloria. María sería, entonces, la única persona considerada por Dios en sí misma, independientemente de cualquier misión en favor de los hombres. No. María tiene una tarea, una misión que cumplir, una vocación que realizar, y recibe de Dios cuanto necesita para ello y para, de ese modo, participar desde el lugar que le corresponde en la gran obra de la salvación. Veamos, a título de ejemplo, lo que la Iglesia ha dicho de María en nuestros días:

1. Si María es llena de gracia e inmaculada desde su concepción, no es sólo ni ante todo porque su Hijo haya querido librarla de antemano de la condición humana. Su concepción inmaculada guarda íntima relación con nuestro nacimiento bautismal. Ella es toda pura, la que es habitada por Cristo, algo así como el que se deja habitar por Cristo se hace santo. Por supuesto que no es más que una analogía, y que María nos supera con creces, pero la obra de Dios va siempre en el mismo sentido. Por supuesto que María es más perfecta que nosotros en la victoria sobre todo egoísmo y en la gloria anticipada de la Cruz, pero el dinamismo es el mismo. Jesús es el único Salvador de todos, incluida su Madre.

2. María es elevada al cielo, junto a su Hijo resucitado. Pero no, ante todo, como recompensa personal a su vida meritoria, sino como imagen de esperanza para nuestra humanidad salvada. La asunción de María es, ante todo y fundamentalmente, una proclamación de esperanza para todo ser humano en marcha hacia Dios. La Iglesia nos dice que Jesús, hombre resucitado, se halla a la derecha de Dios. Y nos dice también que, puesto que tememos que esto no sea lo bastante hermoso ni nos concierna demasiado a nosotros, hemos de saber que también María, tan cercana a nosotros, se halla presente junto al Padre e intercede con Jesús por nosotros. Este modo de presentar el último dogma definido por la Iglesia católica no hace del contenido de dicho dogma un privilegio mariano por encima de todo, sino un anuncio liberador para quienes penamos en nuestra marcha hacia Dios. Vivimos y avanzamos a la luz de esta esperanza, porque María es la estrella polar de nuestras rutas humanas.

María y los hombres

Vamos a procurar, pues, expresar la profunda solidaridad de María, Madre de Cristo, con toda la humanidad salvada. María no es un

ser celestial que, por así decirlo, haya «aterrizado en paracaídas» entre los hombres al objeto de traerles la liberación en su Hijo. María es de los nuestros, procede de la tierra, concretamente de esa tierra de Israel de la que ella es verdaderamente hija. María, pues, participa abundantemente de la larga preparación creyente de su pueblo, lo cual le permite responder libre y gozosamente a la propuesta que Dios le hace, y así es como propicia la venida de la plenitud de los tiempos. Ella camina con nosotros, y nosotros podemos contemplar cómo camina con confianza filial.

Diremos, al mismo tiempo, que María tiene una tarea única que realizar entre los hombres. Toda vocación humana es única. Cada uno de nosotros se ve llevado por un amor personal del Padre, que le llama a asemejarse de manera única con su Hijo amado. Y lo que afirmamos de todo ser humano podemos afirmarlo con mayor razón de María. Su maternidad es única entre las maternidades de todas las mujeres de la tierra, porque ella debe dar a luz al más precioso de sus hijos.

Tomada de en medio de nosotros, sin dejar de ser «una de nosotros» de todo corazón, María brilla dentro de la comunidad de los hombres por su vocación única y, al mismo tiempo, por su manera maravillosa de responder a dicha vocación. Esta es la base de una auténtica piedad mariana. Piedad de la que el pueblo cristiano tiene necesidad y de la que a veces se ve exageradamente privado, lo cual le hace lanzarse indiscriminadamente por caminos equivocados. El camino seguro de esta piedad mariana lo proponen el Vaticano II, la Carta de Pablo VI sobre el culto a María y numerosas declaraciones de Juan Pablo II. Por supuesto que hay que conocer y contemplar a María; pero, sobre todo, hay que orar y caminar con ella, porque sabemos que ella ora y camina con nosotros.

María, Madre de la Iglesia, sí; pero más aún Madre de todos los hombres. Madre de esa Iglesia invisible y santa que se construye poco a poco como el Cuerpo de Cristo. Una Iglesia que sabe que no es propietaria del Espíritu de Pentecostés y que, consiguientemente, no sabe cuáles son sus propias fronteras, justamente por ser la Iglesia del Espíritu. María, Madre de todos los hombres, con la misión de conducirlos a Cristo, revelarles el Amor del Padre en su Hijo y contribuir, por su parte, a reunirlos en el Cuerpo de su Hijo «para la alabanza de la gloria del Padre» *(Ef 1,6)*. María no ha concluido su tarea, no ha llegado aún al término de su vocación. ¡Que su oración nos ayude a descubrir nuestra propia vocación y a ser fieles a ella!

2

A la luz de la realización

Quien dice «vocación» dice «apertura a un futuro», «camino hacia una realización».

- *Vocación del hombre, que alcanza su plena floración en las obras de la madurez.*
- *Vocación del cristiano, que camina hacia esa hora «en la que conoceré tal como soy conocido».*
- *Vocación del Cristo recién nacido, que sólo desvelará la Pascua.*
- *Vocación de la Iglesia, destinada a realizarse en el Reino.*

Volvamos nuestra mirada hacia el futuro de María a la luz de su asunción. Y también a la luz que arroja el nuevo título que le ha dado la fe en nuestros días: María, Madre de la Iglesia.

Madre de la Iglesia y de todos los hombres.

Todo hombre tiene una vocación

El hombre no está equipado, ya desde el comienzo, como un astronauta perfectamente pertrechado que no tuviera más que ir tachando la lista de sucesivas operaciones que debe realizar durante su existencia. Venimos al mundo en tal o cual familia, miembros de tal o cual grupo humano. Venimos al mundo en un momento concreto de la historia, y no podemos hacer nada por vivir en otra época, aunque seamos capaces de desearlo y hasta soñarlo. El primer secreto del éxito de una existencia humana consiste en aceptar serena y resueltamente lo que se es, con las riquezas y limitaciones de cada cual, y el momento de la historia humana en el que uno ha sido puesto para actuar. Ser es, ante todo, aceptar ser. Y todo obrar humano conlleva, antes que nada, esta aceptación.

A través de sus obras, el hombre desvela lo que va llegando a ser. «Llega a ser lo que eres». Va revelando poco a poco su vocación, única e instransferible. ¿Ha sido el hombre creado «para»? ¿Existió Mozart «para» escribir *La flauta mágica,* o Bergson «para» escribir *La energía espiritual?* El «para» es engañoso, pues podría dar la falsa impresión de una historia escrita de antemano. Pero, a lo largo del camino, se va revelando que Mozart no tenía mejor manera de realizarse que dando a sus hermanos el tesoro de su música, y que Bergson no podía realizar mejor servicio a la comunidad que proseguir con coraje su itinerario filosófico. Cada cual realizó una vocación, su vocación. Y sólo al final se revelaron y fueron conocidos verdaderamente.

A la luz de la Pascua

El creyente se sabe llamado a una vocación que trasciende su historia personal y el umbral de la muerte. Más aún: sólo una vez tras-

pasado dicho umbral, el hombre se conocerá verdaderamente y podrá ser conocido por sus hermanos en toda su verdad. Sólo nos conoceremos verdaderamente, a nosotros mismos y a todos los demás, en el cielo. Y sabemos que en Jesús resucitado ya han llegado los últimos tiempos, y que el mundo nuevo ya está aquí, aun cuando aún no lo veamos claramente.

Como creyente, acabo de pronunciar el nombre de Jesús y de evocar el acontecimiento fundante de su resurrección. Y es que es la consideración de su misterio lo que pone en marcha todo el trabajo teológico. Indudablemente, la realidad de Jesús nos resultará siempre indefinible. Tan indefinible como la de cualquier hombre, y aún más, debido a su vocación única de recapitular en Sí todas las cosas. Pero a partir de su gozo pascual podemos comprender mejor ese misterio personal de Jesús y de su vocación.

También vamos a contemplar el misterio de María a la luz de su realización. Si ya desde el primer instante está María llena de gracia, «salvada de antemano en virtud de la muerte de su Hijo», como lo afirma la proclamación del dogma, la Pascua de Jesús y la asunción de María junto al Padre con su Hijo resucitado hacen que brille de manera maravillosa su vocación eterna en el designio del amor de Dios a todos los hombres.

Sucede con María lo mismo que sucede con la Iglesia, de la que ella es Imagen: ambas tienen una vocación en referencia a Cristo: la vocación de dar a Cristo al mundo y de conducir a los hombres a Cristo para que todo se recapitule en su Misterio.

Vocación de la Iglesia

La Iglesia no puede ser teológicamente definida a partir de lo que actualmente vemos de ella y de lo que ella realiza en el mundo. Ni siquiera basta con decir que la Iglesia es mucho más que lo que la sociología y la historia nos permiten conocer. Más aún: ni siquiera es suficiente hacer referencia a la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo, porque ese Cuerpo está en pleno crecimiento; dista mucho de haber alcanzado la plenitud final de Aquel que es su Cabeza, a la vez que su Espíritu anima a dicho Cuerpo por entero. Quien pretenda hablar de la Iglesia en unos términos suficientemente apropiados, deberá proyectarse, en la medida en que sea posible, al momento de su plena realización. En su relación al Reino anunciado por Jesús, la Iglesia es algo totalmente distinto del maderamen de un encofrado

para la construcción de una bóveda de hormigón. La Iglesia no desaparecerá, simple y llanamente, para dar paso al Reino. Llegado el momento, la Iglesia se expandirá en Reino, se «metamorfoseará» para hacerse ella misma Reino. Y sólo cuando se haya consumado el Reino sabremos verdaderamente lo que es la Iglesia. Entonces veremos plenamente realizada su vocación.

La Iglesia no es una idea teórica, sino una realidad viva y espiritual. Y al igual que ningún ser humano revela las virtudes profundas de su vocación más que cuando, llegado a la madurez, las hace realidad del modo menos malo posible, así tampoco podremos conocer lo que Dios quería para su Iglesia mientras ésta no se haya expandido en Reino. No se deben enmascarar las diferencias y limitarse a hablar de una evolución ascendente o de un enriquecimiento progresivo. Para la Iglesia, como para Cristo, también tendrá que haber un «paso pascual», una metamorfosis y, por consiguiente, una ruptura imprevisible. Habrá de darse una novedad radical, pero no una destrucción de lo que existe en beneficio de una realidad totalmente distinta. La Novia se convertirá en Esposa, el Cuerpo alcanzará su estatura adulta. La Vid invadirá todo el campo de Dios para dar frutos generosos por doquier.

María y la Iglesia

¿Qué ocurre si aplicamos a María este mismo criterio de la plena realización? Aunque antes debemos preguntar: ¿hasta qué punto es legítimo asimilar la visión teológica de María a la visión que proyectamos sobre la Iglesia?

● Tal asimilación es arriesgada, evidentemente; pero ¿acaso no conlleva un riesgo toda reflexión teológica? En este caso, el riesgo consiste en asimilar dos realidades que, a pesar de ser ambas espirituales, son muy distintas entre sí. María es una persona individual, mientras que la Iglesia es una comunidad de personas libres. Decir que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo significa no olvidar que, en ella, cada bautizado tiene una relación única e intransferible con Dios Padre, que le conoce y le llama por su nombre. Por esta razón, siempre es delicado hablar de la Iglesia, porque es preciso armonizar la dimensión comunitaria del Cuerpo de Cristo y la llamada personal de Dios a cada persona humana. Si la Iglesia tiene una vocación, es porque en ella todos y cada uno de sus miembros tienen una vocación.

● Pero dicha asimilación es legítima, porque el misterio de María es inseparable del misterio de la Iglesia. María inaugura la Iglesia mediante su aceptación creyente de la Encarnación. Gracias a su «sí», el Hijo se convierte en «Enmanuel» para unir en él a los hombres y presentarlos al Padre como un solo Hijo único. Y si María da a luz al Primogénito, es precisamente para que se convierta en «el primero de una multitud de hermanos» *(Rom 8,29)*. Al hacerse realidad el «sí» de María, irradia en la andadura de fe de todos cuantos aceptan la renovación bautismal y la configuración pascual con Cristo muerto y resucitado. Cuando uno de nosotros dice «sí» a la llamada que Dios le hace sobre su vida, está participando de la fe de María, Madre de la Iglesia.

Por tanto, si puede intentarse la asimilación entre María y la Iglesia, la conclusión se impone por sí misma: no se puede hablar de María si no es en relación con la expansión plena de su vocación. Por eso deberemos preguntarnos sin cesar cómo abordar válidamente el misterio de María.

Sería grave (y casi incomprensible) que lo que es válido para Cristo y para la Iglesia no lo fuera para la Virgen María. El misterio de Jesús es el hilo conductor de toda reflexión sobre el misterio de la salvación. El Hijo de Dios se hizo hombre para reunir a los hombres en su misterio filial eterno. Y María no escapa en absoluto a esta vocación común de la humanidad salvada. También ella, y ella antes que nadie, debe ser asumida personalmente en la filiación de Aquel a quien ella da a luz. El hecho de ser su madre no la dispensa de tener que ser presentada por El al Padre, encabezando la larga caravana de sus hermanos y hermanas de esta tierra.

Es decir, que la elaboración de una teología mariana debe situarse toda ella a la luz del Fin. Sólo esta luz ilumina todo el desarrollo de la aventura humana. «Orar a María en la Iglesia» es contemplar la existencia concreta de María, hija de Nazaret. De hecho, por tanto, es a partir de la asunción de María desde donde hay que reflexionar y orar. Es a partir de ahí desde donde hay que contemplar el misterio de su vocación y de su maternidad divina. También nosotros hemos sido creados «para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor» *(Ef 1,4)*. Por eso la vocación de María la hace sumamente solidaria de la humanidad en marcha, como recordaremos cuando hablemos de sus «privilegios», y especialmente de su concepción inmaculada.

Madre de Cristo, Madre de los hombres

Pero hay que dar un paso más y hablar de la relación entre las dos maternidades de María. Ella es, a la vez, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia y de los hombres. ¿Cuál es, pues, la relación exacta entre ambas funciones y en qué orden es preferible hablar de ellas?

Constituye una inestimable aportación de nuestro tiempo a la teología mariana la insistencia del Vaticano II y de Pablo VI en invocar a María como Madre de la Iglesia. Juan Pablo II, en su peregrinación a la basílica de Santa María la Mayor, poco después de su elevación a la sede de Pedro, retomó esta expresión y reformuló el valor de la misma. Lo que importa ahora es manifestar el sentido teológico de esta oración de la Iglesia y hacer ver su vinculación con la tradicional invocación a María como Madre de Dios.

Indudablemente, lo más fácil sería pensar que el título de «Madre de la Iglesia» no es sino un eco y una consecuencia relativamente menor de la maternidad divina. ¿No habría más bien que destacar la importancia teológica de dicho título? ¿No habría que llegar incluso a decir que la Iglesia de hoy, a la luz de su fe expresada, ha dado con un título que le es esencial a María? ¿No habría que decir que fue precisamente «para» llegar a ser un día Madre de la Iglesia por lo que María fue elegida como Madre de Dios? Si semejante afirmación resulta sorprendente, conviene recordar una afirmación de san Anselmo muy parecida:

> *fue* **para que** *nos convirtiéramos en portadores del Espíritu por lo que el Hijo se hizo portador de nuestra carne».*

El Hijo no se encarna para sí, sino para nosotros. Ha recibido del Padre la misión (que él acepta plenamente) de recapitularnos a todos en él y de presentarnos al Padre, transformados, gracias al Espíritu, en un solo Cuerpo en él. Y si el Verbo escoge por Madre a aquella mujer de Nazaret, lo hace, en definitiva, al servicio de su vocación de Madre de todos. María, pues, es escogida como Madre de Cristo para, de ese modo, ser Madre de todos los hombres. Es escogida y querida por Dios para que participe lo más de cerca posible en la edificación de la humanidad como Cuerpo filial unido en el Espíritu.

¿Hay que decir «Madre de la Iglesia» o «Madre de los hombres»? Digamos que es toda la humanidad, y no sólo la Iglesia, la que tiene la vocación de integrarse en el Cuerpo del Hijo amado. María es, pues, más fundamentalmente, Madre de los hombres que Madre de la Iglesia.

Pero no debemos oponer ambas invocaciones. O mejor, comprendamos que la amplitud de la segunda es, de hecho, tan grande como la de la primera. María es Madre de la Iglesia, sí; pero ¿qué es la Iglesia? En la expresión «María, Madre de la Iglesia», la Iglesia es ciertamente mucho más que la sociedad visible de los cristianos; es la santa comunión de los amados de Dios, que, según san Agustín, va «desde Abel hasta el último de los salvados». Es una comunión misteriosa que incluye a todos cuantos ya se encuentran junto a Dios, incluida la propia María, y a cuantos aún están por llegar junto a Dios, a los que sólo Dios conoce. De esta Iglesia es de la que es Madre María, que reúne en su Hijo a todos los salvados, que ora sin cesar para que «no se pierda ninguno de ellos» *(Jn 17,12)* y que actúa realmente para que se edifique en el Espíritu ese cuerpo del Hijo amado, que es el único y verdadero fin del proyecto del Padre*.

* En una carta del 4 de agosto de 1983, que yo le agradezco, el P. Yves Congar aporta la siguiente precisión a propósito del título de «Madre de la Iglesia»: «Pablo VI sentía gran aprecio por el título de 'Madre de la Iglesia', pero él mismo explicó que significa 'Madre de los fieles', de manera que este título no añade ni quita nada... En el momento en que Pablo VI comentó su afirmación, los siete notarios apostólicos (del Concilio) se pusieron en pie, como para ratificar una declaración solemne. Y la mayor parte de los obispos, aunque no todos, les imitaron».

II

FLOR DE LA CREACION

3

María, criatura de Dios

¿Qué creemos cuando nos reconocemos «criaturas»?: la absoluta diferencia existente entre Dios y nosotros y la imposibilidad de «llegar a ser» Dios; la consistencia de nuestra vida en el amor fiel de Dios; y nuestra vocación a la alianza, que hace de nuestra vida una historia de salvación.

También María es criatura de Dios. Por tanto, no debemos orarle a ella como le oramos a Dios. Ella se encuentra ante el Padre con auténtica libertad. Ella camina con nosotros en una verdadera búsqueda de Dios. Ella acoge la salvación en la docilidad al Espíritu.

La primera afirmación que brota en nuestro espíritu a propósito de María es la siguiente: María es una criatura de Dios. Criatura excepcional, ciertamente, porque es Madre del Creador, pero criatura al fin y al cabo, una de nosotros. Por eso debemos reflexionar sobre lo que implica el hecho de afirmar que María es criatura, y para ello debemos, en un primer momento, hacer una serie de afirmaciones sobre la obra creadora. Sólo después de haber hecho esto, en un segundo momento de nuestra indagación, podremos intentar decir algo acerca de la otra cara del misterio: María es la Madre de su Creador; María engendró a quien la había creado.

El dogma de la creación

A propósito de la obra creadora, conviene recordar lo siguiente:

a) El acto creador establece una diferencia insuperable entre Dios y todo cuanto no es Dios. El acto creador es realizado por Dios con una libertad soberana, sin que nada le obligue necesariamente a obrar. Y ya para siempre está, por una parte, Dios y, por otra, lo que no es Dios. En sentido estricto, el verbo «crear» sólo puede aplicarse a Dios, que hace surgir de la nada y que mantiene a las cosas en el ser por la sola fidelidad de su amor. Por eso sería preferible no asimilar la creatividad del hombre a la acción creadora de Dios.

Y lo mismo que ocurre con el origen ocurre con el término: no puede hablarse de «divinización» sin determinadas reservas. La criatura no puede llegar a ser Dios, aunque, en sus predicaciones, los Santos Padres empleen a veces fórmulas un tanto audaces. Un pensador tan riguroso como Máximo el Confesor, hablando de «divinización», añade frecuentemente este precioso inciso que es para él una evidencia: «excepto la identidad de naturaleza». El acto creador de Dios establece una diferencia insuperable y absoluta.

b) Esta neta afirmación de la diferencia tiene una vertiente positiva, y es que el acto creador no puede ser un capricho. No puede haber capricho en Dios. El acto creador es el fundamento sólido del valor del ser y de cada uno de nosotros. El ser creado posee, ante la fuente de donde procede, una verdadera consistencia, y no teme en absoluto ser aniquilado u «olvidado» por Dios, porque éste es «el Fiel». Cada uno de nosotros es, por así decirlo, el niño que se planta delante de su padre, desde la minúscula altura que le dan sus tres años, confiada y orgullosamente. No teme nada, porque su padre le ama y porque su padre es «muy fuerte». Ireneo de Lyon acuñó esta hermosa fórmula: «delante de Dios, nos mantendremos en pie».

Lo que respalda al ser creado en su reflexión es el Amor fiel de su creador: no he sido lanzado a la aventura de la existencia por una fuerza ciega y anónima, sino que he sido puesto y conservado en el ser por el amor personal de Aquel que es la Roca, el Fiel. Y esta dependencia constante y absoluta, lejos de herirme o de aplastarme, se convierte en el fundamento de mi seguridad y mi paz. Dependencia y participación, sí; pero también verdadera paz. El Dios que desea que yo exista frente a él me proporciona, en el acto mismo con que me crea, el medio de responder a su amor.

c) El acto creador debe ser presentado, además, como una victoria. Dios es bueno, y en su bondad desea que exista algo fuera de él, en lugar de nada. El acto creador por el que él pone en el ser una existencia real, verdaderamente diferente de él en todo y que todo lo recibe de él, es una victoria sobre la permanente amenaza de la nada. Por supuesto que soy precario y frágil; por supuesto que mi existencia se ve amenazada, y que basta bien poco para que se transforme: un simple accidente de carretara puede hacer de mí, en un instante, un minusválido para toda la vida. Pero soy creyente, y todo eso no me hará dudar del amor fiel de Dios.

Creados para la Alianza

d) Por último (aunque quizá habría que haberlo dicho en primer lugar), el acto creador no tiene su fin en sí mismo, no se basta a sí mismo. Es un acto-para la-alianza, que instaura una historia de alianza, en orden a la nueva creación y a la plena realización de todas las cosas. Tan sólo Dios no tiene necesidad de semejante cosa, porque él ya es en sí mismo la plenitud perfectamente realizada. Todo cuanto

Dios crea tiene un futuro y, por el hecho mismo de ser puesto en el ser, se pone en marcha hacia una meta que da sentido a su historia.

Dios no crea por el simple placer de crear y, de este modo, manifestar su poder. La creación jamás es un «en sí», sino «creación-para»:

- Creación para que sea posible una alianza en la que se realice un proyecto de vida común con Dios. La intensidad de esta vida común con Dios será proporcional a la capacidad de acogida del ser creado y, consiguientemente, no se expandirá en plenitud más que en la criatura espiritual capaz de dar una respuesta libre a la propuesta de Dios. Pero esta idea y este proyecto de alianza se hallan sobre el telón de fondo de la creación toda entera, y sólo ellos permiten comprenderla.
- Creación que, como tal, da origen a una historia que, ya de entrada, es historia de salvación. Es a través de todos los momentos y de todos los umbrales de existencia de la criatura como se vive la respuesta o el rechazo de una propuesta de amor. Y por eso, en la mentalidad bíblica la historia es un espacio de responsabilidad que fácilmente despierta el sentimiento de lo trágico. Jamás se trata únicamente de «dejarse vivir» esperando lo que venga, de vivir dejando pasar el tiempo; se trata de dar una respuesta cotidiana y personal a la propuesta de Dios: «Ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de salvación» *(2 Cor 6,2)*.
- Creación que, por lo tanto, se encamina hacia la nueva creación, hacia una renovación y una realización plena de todas las cosas. Y de esta realización puede subrayarse especialmente el que suscita un mundo totalmente nuevo o el que hace que se abran los gérmenes de este mundo; pero hay que reconocer al menos que nos permite contemplar el tiempo presente con nuevos ojos. Si la creación da acceso a la alianza, la alianza primera está ella misma orientada hacia esa nueva y definitiva alianza cuya realización persigue Dios pacientemente. No sabemos cómo será el mundo nuevo, pero sí sabemos que viene. En cierto modo, ya está presente y, con la mirada de la fe, el creyente distingue sus tímidos brotes: «Lo viejo ha pasado; he aquí que todo es nuevo» *(2 Cor 5,17)*.

María, criatura de Dios

Había que recordar estos componentes fundamentales del acto creador para situar con precisión la existencia de María como criatura.

María es una criatura y, como tal, es infinitamente distante de Dios, su creador. No es posible comparar, por una parte, el abismo que la separa de Dios, su creador, y por otra la proximidad que la acerca a toda criatura, aun la más pobre y pecadora.

Con estas afirmaciones, un tanto tajantes, no pretendo en modo alguno ir a contracorriente de la piedad mariana ni sorprender a nadie; pero debo defender la verdad de la afirmación creyente y de la simple reflexión. Se es criatura o no se es: no hay término medio; y la criatura, por excelsa que sea, no puede ser Dios.

No es justo (aparte de que atenta contra la exacta expresión de la fe) olvidar o camuflar la condición de criatura de María. No significa dar gloria a María el tratar de enmascarar el abismo que la separa de Dios. La verdadera gloria del ser, sea el que sea, no puede expresarse sino a partir de su verdad profunda. María es grande, pero no porque escape a su condición de criatura para refugiarse en una especie de «tierra de nadie» entre la criatura y el creador. Entonces no estaría en ninguna parte. María es grande porque es una criatura asumida por Dios en el absoluto respeto de su condición de mujer, y porque da una respuesta libre al ofrecimiento de su creador. María proclama, como instintivamente, la verdad de su condición: «El Señor se ha fijado en la humildad de su sierva» *(Lc 1,48)*. No hay en ello el menor masoquismo espiritual, que sería indigno de la plenitud de gracia. Lo que hay es la exacta intuición de un ser que, a la luz de la gracia, se conoce a sí mismo en verdad bajo la mirada de Dios. Y la palabra de la Iglesia creyente debe esforzarse con la mayor exactitud posible. Es realizando este esfuerzo de verdad como da gloria a Dios, el creador, y a María, su criatura.

No podemos, por consiguiente, rendirle a María un culto comparable al que rendimos a Dios. «Orar a María en la Iglesia» significa caminar por la recta senda de una oración en la fe. Todo proceso de oración que se dirija a la vez a Dios y a María debe esforzarse en respetar esta diferencia. En el ministerio pastoral asistimos muchas veces a lamentables confusiones de este tipo. En ocasiones se propone a los fieles una oración en la que se comienza dirigiéndose a Dios Padre y a Cristo; a continuación se desliza una invocación a María, y se acaba volviendo de nuevo a Dios. Se dirá que con ello «Dios no pierde nada», y así hay que esperar que sea. Pero ¿se está llevando a la comunidad cristiana hacia una oración teológicamente correcta y dilatadora de su fe?

El creyente no puede dirigirse a María y a los santos de la misma manera que se dirige a Dios. E insistir en lo que separa a María del más grande de los santos, ya sea Juan Bautista, Pedro, Pablo o José, no debe significar que haya que dirigir a dicha criatura oraciones de adoración que sólo pueden ser dirigidas al Dios Uno y Trino. Concretamente, las palabras que el creyente dirige a María no pueden ser iguales que las que dirige a su Hijo Jesús. María viene de la tierra; sólo «el Hijo viene de Dios».

Un místico como el evangelista Juan debería servirnos de modelo. Para él, aunque María es grande y se halla presente en los grandes momentos del drama de la salvación, tanto en Caná como en el Calvario, y en ambas circunstancias apartada del tímido o disperso grupo apostólico, no existe la menor confusión entre la función de María y la tarea de Aquel que ella ha dado a los hombres, venido de Dios para conducirlos al Padre.

María es una criatura y, como flor de la creación, no puede escapar a su condición de criatura. Nunguno de sus «privilegios» actuará en ese sentido. Y no es necesario decir los beneficios ecuménicos que puede reportar el tener presente esta evidente verdad.

María tiene entidad ante Dios

Como criatura, María posee, frente a Dios, su creador, una consistencia que es querida y respetada como tal.

Ya dijimos al principio que esta afirmación de la consistencia de la criatura, que es mantenida en el ser por la fidelidad del Dios bueno, constituía la afirmación de un equilibrio que nos preservaba de la angustia.

Lo mismo ocurre si hablamos de María. Presentar a esta mujer de Nazaret que va a dar a luz a su creador no supone hacer de ella un juguete o una marioneta de su Señor. Al igual que cualquier otra criatura, María es objeto de un infinito respeto por parte de Dios. Y de nada serviría decir que Dios la respeta «más» que a las restantes criaturas suyas, alegando que ella es la más preciosa de todas. ¿Qué querría decir, entonces, la palabra «más»? Pero es indispensable —¡y no siempre se hace!— decir que la respeta tanto como a los demás. El Antiguo Testamento ha enseñado al creyente cómo respeta Dios al hombre, cómo le llama por su nombre, sin forzarle ni dañarle, prefiriendo manifestarse a él en el murmullo de la brisa más que en el es-

truendo de la tormenta. Esta actitud de infinito respeto se confirma y alcanza su plenitud en el caso de María.

Y es aquí donde conviene hacer resaltar la verdadera libertad humana de María. Si la libertad no se presenta más que como el poder de optar en favor o en contra de Dios, entonces es indudable que la libertad de María parece bastante inconsistente. Resulta impensable que aquella joven llena de gracia se revuelva contra su Dios y se desentienda de su llamada. Pero san Agustín y, con él, toda la experiencia espiritual nos han enseñado que no está ahí el corazón de la libertad del creyente. A un nivel más profundo que el poder de optar se encuentra la verdadera libertad, que consiste en la adhesión cordial a la voluntad de Dios, a quien se reconoce como el verdadero bien del ser, como la verdadera riqueza del corazón liberado. De no ser así, ¿qué sería de la libertad del Hijo o de la dilatada libertad de los santos que han llegado a la presencia del Padre y se adhieren con todas sus fuerzas a sus designios de amor? Ni Jesús ni los santos sienten algún deseo de volverse contra Dios, de decirle «no» a su obra y, sin embargo, ¿acaso no son verdaderamente libres? Lo que es grande y hermoso para el hombre no es el volverse contra Dios, sino el prestar su conformidad al proyecto del Padre y cooperar a él de todo corazón.

En este marco de la verdadera libertad es donde hay que afirmar la plena libertad de María como criatura. La joven de Nazaret no podía desentenderse de la propuesta que le trae el mensajero de Dios, una propuesta en favor de su libre realización espiritual y, a la vez, en favor de la salvación de su pueblo. Pero ella dice «sí» libre y gozosamente. Su corazón «se ensancha siguiendo el camino de los preceptos de su Dios» *(Sal 119)*. Y ella, que, sin duda, jamás hasta entonces ha previsto de manera precisa el camino por el que debería realizarse su propia vocación y el proyecto milenario de la Alianza, se adhiere a él con toda su alma apenas lo vislumbra. María da una respuesta plenamente libre y humanamente válida a la propuesta de Dios, y su «sí» provoca verdaderamente el advenimiento de la plenitud de los tiempos.

La teología es contemplación de la acción concreta y efectiva de Dios, y jamás debría dedicarse a una estéril especulación acerca de lo que Dios habría podido hacer si las cosas hubieran sucedido de otro modo. Preguntarse qué es lo que Dios habría hecho si la joven de Nazaret hubiera dicho «no», es meterse en un callejón sin salida. Lo cual no significa que la adhesión de María al designio de la salvación no

haya sido una acción libre, digna del ser humano. Por otra parte, tal adhesión es de verdadera importancia para que, con ella y a través de ella, se haga realidad la plenitud de los tiempos.

María es una criatura a la que Dios toma en serio. El Padre le proporciona el modo concreto de adherirse de veras y de todo corazón a su proyecto de alianza. Y su adhesión firme y lúcida a dicho proyecto nos honra a todos, porque nos permite contemplar en María de lo que es capaz un ser humano cuando se adhiere a la voluntad bienhechora de Dios. Ahora comprendemos mejor, con san Agustín, que «quien nos creó sin contar con nosotros no quiere salvarnos sin contar con nosotros».

María entre nosotros

Pero no habría que reducir el valor humano de María a la libertad del «sí» por ella pronunciado el día de la anunciación. Es toda la existencia de María, criatura de Dios, la que, como tal, constituye una victoria sobre la amenaza de la nada y la que habrá de expandirse en la gloria como una gracia que no daña a la naturaleza.

Nuestra sensibilidad religiosa se encariña con la humanidad de los santos. Desconfía de la sobreabundancia de prodigios y estima una santidad que se realice en la banalidad de lo cotidiano y en el respeto a los valores humanos. Los paradigmas de santidad que nuestro tiempo legará a la historia de la Iglesia se caractizarán por ese derroche de humanidad. Piénsese, por ejemplo, en la fortaleza de carácter de Teresa de Lisieux o en la sencillez de Juan XXIII. Y nos gusta redescubrir en los santos de épocas pasadas, por debajo del barniz de su dorada leyenda, los valores de plena humanidad. Este es uno de los secretos de la seducción que ejerce en nuestros días un Francisco de Asís.

En el mismo sentido, es importante esbozar un retrato suficientemente humano de María, criatura del Padre, plena de gracia. La gracia no destruye a la naturaleza, sino que la realiza plenamente. Este principio, propuesto por santo Tomás de Aquino en continuidad con los Santos Padres, hemos de esforzarnos por verificarlo en María. La vocación excepcional de María no la aleja de la comunión con sus hermanos y hermanas, sino que realiza en plenitud cuanto hay en ella, como en cualquier criatura, de basamento humano y de engarce con la humanidad.

Nos hallamos en un punto central de nuestra reflexión; al final de nuestro recorrido estudiaremos cómo la vocación de María ilumina el misterio de la vocación de la mujer y su lugar específico en el misterio de la salvación, así como en el ministerio de la Iglesia. Pero, sin esperar hasta entonces, contemplemos a María como la Creyente, la que se expande en la fe de su padre Abraham. Nuestra preocupación será siempre la misma: no situar a María en una zona de misterio que la haga alejarse de la condición propia de las criaturas y que no explicaría debidamente su misión al servicio de sus hermanos y hermanas. Venerarla, sí, y orarla con gozo; pero sin alejarla de tal modo de nuestra común humanidad que ya no tenga demasiado que ver con nosotros, que caminamos penosamente a la búsqueda del Señor.

Tanto en María como en nosotros hay búsqueda, evolución, superación de etapas... Su vida no es una monótona uniformidad carente de avances y descubrimientos. ¿No puede decirse, siguiendo a Gregorio de Nisa, que ella va «de comienzos en comienzos, en una sucesión de comienzos que no tiene fin»? Tanto para María como para nosotros, Dios es el Inesperado, el Imprevisto. Y ella, como nosotros, necesita volver constantemente sobre sí misma en la oración, a fin de aceptar y dar los nuevos pasos que Dios le va exigiendo. Hasta el momento de su realización final, también a ella le hace falta dejarse «adoptar a Dios». Y aunque no tenga que deshacerse del lastre del pecado, sí que tiene que avanzar para mejor conocer a su Dios.

María y la salvación

Como criatura que es, María tiene, por lo tanto, una vocación; ha de caminar a lo largo de una historia humana. Le sucede lo mismo que a cada uno de nosotros, que no conocemos perfectamente nuestra propia historia, que sólo es transparente para Dios; y cuando hablamos de ella, debemos ser muy circunspectos. Al igual que toda criatura, María fue puesta en la tierra orientada hacia la Alianza, a fin de ser también ella (y ella antes que nadie) renovada en la Pascua de Cristo y en el don del Espíritu Santo.

Ya hemos dicho que el acto creador era acción-para-la-alianza, y muy especialmente para esta nueva alianza, para esta segunda creación que tiene lugar en la Pascua de Jesús y en el don del Espíritu. La historia de María no escapa a esta norma. Y además es ahí donde hay que comprender el misterio de su concepción inmaculada. En un primer momento da la impresión de que dicho misterio como que

suprime y hace inconsistente una historia de salvación. Puede hacer pensar que María no tiene necesidad de la Pascua de su Hijo, puesto que el pecado no incide sobre ella.

Pero es precisamente en el sentido opuesto en el que va la proclamación dogmática. Hay en el texto de la declaración y en la liturgia de la fiesta un pequeño inciso de extraordinaria importancia: «en previsión de la muerte de su Hijo». María es salvada de antemano, gracias a la muerte de su Hijo. No escapa, por tanto, a la salvación en Cristo. Mediante un misterioso «atajo» cuya densidad ni siquiera podemos vislumbrar, Dios hace coincidir el acceso de esta mujer a la existencia con la palabra de gracia que irradia sobre ella desde la Cruz de Cristo. María, como nosotros, se halla bajo la dependencia de la salvación pascual.

Y si preferimos hablar de la salvación en la clave de su segunda expresión (es decir, en la clave del don del Espíritu), deberemos insistir en lo mismo. No es por sus propias fuerzas, sino por el poder del Espíritu, como María se convierte en Madre y aporta la salvación a los hombres. Llegado el momento, tendremos que reflexionar sobre la estrecha relación existente entre la anunciación en Nazaret y la presencia de María en el Cenáculo; sobre la vinculación entre estos dos privilegiados encuentros de María con el Espíritu Santo de Dios. Pero ya desde ahora podemos decir cuán necesario es para María que su vida de criatura sea conducida por el Espíritu, puesta bajo su dependencia. María necesita que su vida sea guiada por el Espíritu hacia la realización plena de la salvación, que es la edificación del Cuerpo eclesial de Cristo.

De este modo aparece con absoluta claridad que María es realmente criatura; que el proceso de su encuentro con el proyecto de amor del Padre tiene una serie de puntos de coincidencia con el nuestro. Es a partir de esta tranquilizadora certeza como podremos hacer justicia a esa afirmación, tan revolucionaria, de nuestra fe: María es una criatura que da a luz a su creador.

Reflexionaremos sobre esta relación de María con Dios, su creador, desde una perspectiva trinitaria. Y para evitar dar a este capítulo una importancia desmesurada, lo haremos más adelante: será la conclusión de nuestra primera parte. Pero antes hemos de examinar otros aspectos de la inserción de María en el mundo de los hombres.

Alegrémonos de que María sea tan plenamente una de nosotros, criatura de Dios como nosotros, para darle la respuesta libre y sincera de un amor cotidiano atestado de gozo.

4

María y el pecado. La Inmaculada

¿Es María absolutamente ajena a nosotros en virtud del privilegio de su concepción inmaculada? ¿No estará más cercano a nosotros el propio Jesús, de quien sabemos que conoció la tentación? No. La concepción inmaculada también es una victoria. María recibe la salvación de su Hijo, y la recibe para nosotros.

El dogma resulta entonces:

1.º) Un anuncio de la victoria final de la Misericordia en el mundo y en nuestros corazones. El pecado no habrá de tener la última palabra.

2.º) Un estímulo a mantenermos firmes «en la prueba que nos aguarda».

3.º) Una enseñanza, a la vez, sobre la gravedad del pecado que aún habita en nosotros y sobre la victoria de la cruz.

¿Inmaculada o Inaccesible?

De todos los privilegios que la Iglesia ha reconocido a María, el de la concepción inmaculada parece ser el más personal y el más inaccesible y, consiguientemente, entraña el peligro de presentar a María como radicalmente distinta de nosotros, como una criatura cuasi-celeste, eximida desde el principio de toda dificultad en la vida espiritual. Resulta llamativo observar cómo algunos cristianos aceptan sin demasiado esfuerzo la concepción inmaculada de María, mientras que sienten mayor dificultad en aceptar que Jesús, en particular Jesús-niño, haya sido capaz de no ceder nunca, en toda su vida, al atractivo de una sola falta. Sin duda, se debe a que estos cristianos consideran a Jesús más «cercano» que a María, más realmente «uno de nosotros». Casi podría decirse que han tomado partido por María, la cual es inmaculada, se les escapa, es soberanamente maternal y, sin embargo, está sumamente lejana. Es como una de esas grandes damas de la antigua burguesía, que evidentemente son madres, pero que parecen inaccesibles a todo sentimiento y dominan desde su altura el hormigueo de humanidad que, allí abajo, agita a su pequeña familia. No habría que permitir, sin embargo, que, so pretexto de ser inmaculada, María se convirtiera en la Folcoche de *«Vipère au Poing»*.

Jesús, por el contrario, resulta, curiosamente, más cercano. No es «más que» el hermano mayor, capaz de compartir nuestros juegos, es decir, nuestros sentimientos y, por lo tanto, también a veces nuestras reacciones de malos jugadores. Ciertamente se da aquí una perversión de la teología mariana, y sabemos que un determinado discurso espiritual sobre María conduce, más o menos, a dicha perversión. Pongamos un ejemplo: ¿cuántos de quienes aceptan el relato de las tentaciones de Jesús en el desierto no estallarían de cólera si alguien se atreviera a hablar de «tentaciones de María»? Una devoción ma-

riana sin un suficiente control teológico conduce a algunos creyentes a esta paradoja de que Jesús les resulte más «cercano» que María, y a recuperar en una cierta proximidad con el Hijo lo que ya no se atreven a ver en la Madre.

Una victoria

No es ciertamente en este sentido en el que debemos llevarnos la reflexión sobre María Inmaculada, pues no es la intención de la Iglesia oponer de tal modo a Jesús y a María. María es concebida sin pecado; y Cristo es «semejante a nosotros en todo, menos en el pecado», según la fórmula de nuestra liturgia. Una y otro (una gracias al otro) se hallan, por tanto, en estado de lucha victoriosa contra el pecado. Ambos testifican que el pecado no forma parte de la estructura fundamental del hombre querido por Dios. Ambos dan fe de que se puede ser verdaderamente hombre o mujer sin ser pecador. En nuestro universo mental, que constata la invasión del pecado y de su poder, aparentemente invencible, Jesús y María ofrecen juntos su doble testimonio:

1. La victoria sobre el pecado es posible, concreta y real.
2. Lejos de dañar al hombre, esta victoria le dilata gozosamente y le permite dar sus mejores frutos en orden a la comunión en el Dios del amor.

Tenemos necesidad de este doble testimonio para mantenernos en nuestra lucha y para reponernos de nuestros fracasos. El testimonio de Jesús y de María no es algo lejano o teórico, no pertenece al ámbito de la utopía piadosa, sino que es algo que manifiesta que la victoria de la caridad es posible; algo que da fe de que dicha victoria ya es nuestra en cierta medida, porque en Jesús y María no es algo adquirido como un privilegio inaccesible, sino que forma parte de la realización concreta de la obra de la salvación.

Pensar de este modo significa abordar el asunto de la Inmaculada con otro talante: no tanto como un privilegio personal de María cuanto como un momento de la realización de la salvación. Esto es, ya lo hemos dicho, lo que la proclamación dogmática invita a pensar. Efectivamente, dicha proclamación afirma de María que fue preservada por Cristo de toda influencia del pecado original «en previsión de la muerte de su Hijo». María, por lo tanto, no escapa a la obra de la salvación, sino que es su primera beneficiaria. Vincular así la concepción inmaculada con el misterio de la cruz significa «vaciarla» de

ese carácter de «excepción» o de privilegio. Con lo cual ya no se tiene la enojosa impresión de estar renunciando, al menos en un caso concreto, al universalismo de la Cruz salvadora. Y es ciertamente este temor lo que había hecho rechazar la concepción inmaculada a los grandes doctores, que no podían conocer de antemano, naturalmente, la equilibrada precisión de la afirmación dogmática. Si Agustín, Bernardo o Tomás de Aquino hubieran podido conocer la expresión del dogma, indudablemente lo habrían aceptado de todo corazón.

Y es que hablar así de la Cruz gloriosa, que salva a María anticipadamente, no significa ya moverse en el plano de la definición de un privilegio personal, sino en el plano, que también nos concierne a nosotros, de la obra salvífica universal. Y nos concierne, ante todo, por lo que se dice de María, la cual ya no se nos escapa de entre las manos para irse a brillar en un cielo inaccesible. Donde brilla es en el horizonte de nuestra propia andadura, desde donde nos dice que tal andadura tiene un sentido y un futuro y que desemboca, en la fe, en la seguridad de una victoria. Por experiencia sabemos perfectamente que nosotros no vamos a ser revestidos de privilegio alguno de concepción inmaculada; pero sabemos también que, al igual que María, nosotros vamos a vencer, en Cristo, sobre el pecado. El privilegio, pues, se difumina en beneficio del anuncio misionero. No es que quede destruido o negado, sino situado en su verdadero lugar. E indudablemente, es así, y únicamente así, como debemos hablar de él.

Porque ¿de qué se trata siempre y en definitiva? De la obra de la salvación y de su plena realización tanto en María como en nosotros. María forma parte integrante de la comunidad humana. También ella suspira por esa salvación que no puede venir sino de Dios. «Nuestra tierra», según el salmo, «dará su fruto»; por supuesto que sí. Pero sólo Dios puede hacer que germine dicho fruto. El verdadero problema no es el pecado. El pecado no es sino el misterio de sombra que muchas veces nos abruma, pero que jamás debería hacernos dudar de la Misericordia. Juan Pablo II lo recordó insistentemente en su segunda encíclica. El verdadero problema, el único problema, es el de la salvación, es decir, el de la victoria de Dios sobre ese pecado. Por supuesto que el pecado es grave, dado que el hombre es responsable y culpable de no responder al amor con el Amor. Pero el pecado no es más que humano, mientras que la Misericordia, por su parte, es divina y resplandeciente, frente al pecado, con toda la potencia victoriosa del Dios de amor. María no escapa a este ámbito victorioso de la Misericordia, sino que es ella la primera en recibirla y alegrarse con ella. Su

privilegio tiene algo de pedagógico: nos enseña a acoger también nosotros esta Misericordia gozosamente.

Un anuncio

1. La concepción inmaculada es un *anuncio.*

Como victoria que es de la Misericordia, anuncia una victoria en beneficio de todos nosotros. Si María se ve preservada del influjo del primer pecado y de cualquier otro, lo es en función de su vocación personal en el misterio de la salvación. En función, consiguientemente, de nuestra propia liberación. Su pureza anuncia nuestra purificación, nuestra comunión final con la santidad de Dios, a pesar de nuestros pecados. La concepción inmaculada de María nos anuncia la victoria definitiva de la Misericordia en el mundo, así como en el corazón de todos y cada uno de nosotros. El Dios que se ha mostrado capaz de preservar a una sola de sus criaturas es, para todos, el Dios que es más fuerte que el pecado. Su victoria en María no es una casualidad ni un afortunado logro aislado que sería tanto más notable por su condición de ser único. Es el anuncio liberador de los nuevos tiempos, en los que, al fin, Dios destruirá el egoísmo que encierra al hombre en una prisión dorada, y podrá «ser todo en todos» *(1 Cor 15,28).* Dios, por lo tanto, no lo es «todo» en María sino para llegar a serlo también en cada una de sus criaturas espirituales.

No se trata en absoluto de anunciar a un Dios bonachón ni de predicar un cristianismo facilón, sino que se trata de anunciar (ante todo en María, pero también en nosotros) la Misericordia divina, más fuerte que el pecado humano. No hay que utilizar la santidad resplandeciente de María para disuadir a sus hijos de su lenta y progresiva curación. María nos conduce, día tras día, por un camino de santidad, la cual no puede consistir más que en una lenta y cotidiana victoria. Victoria que no será tanto una victoria de nuestras obras cuanto una maduración de nuestra fe. Ahí está presente el pecado, y es a partir de él desde donde es menester vivir y actuar para llegar a aceptar definitivamente que Dios es Dios. Y no dudamos de que ese mismo Dios nos purifica con el mismo poder con el que supo mantener pura a María desde el primer instante de su existencia.

Si se adopta esta exacta perspectiva, el dogma se nos vuelve cercano y se nos convierte en camino de esperanza. En María contemplamos la victoria de una Misericordia que no es patrimonio exclusivo de ella, sino que actúa también en nosotros. Es el camino de la

verdadera fe, de la resuelta confianza en el poder del perdón, de la negativa a ceder al fatalismo del mal. Es este camino de fe el que le hace decir a Agustín:

«Te doy gracias, Señor, porque puedo incluso pensar en mi pecado sin sentirme aplastado por su peso».

Y Agustín encuentra eco en las palabras de Juan Pablo II. Lo cual demuestra que esta corriente de fe-confianza no desaparece nunca de la andadura de la Iglesia. La corriente espiritual que nace con Abraham se expande por toda la Iglesia en la contemplación de la santidad resplandeciente de María.

Un estímulo

2. La concepción inmaculada de María constituye un *estímulo* para nuestro combate cotidiano.

No hay educación espiritual posible más que en el reconocimiento de la realidad y la gravedad del pecado y en la voluntad de seguir, con Dios, un camino de conversión. «Convertíos y creed en la Buena Nueva»: es el solemne exordio de la predicación de Jesús, que sigue a la de Juan Bautista. Y la Iglesia católica ha escogido estas palabras para acompañar al rito de la imposición de la ceniza, con el fin de mostrar que esta invitación a la conversión sigue constituyendo hoy su propio mensaje.

Es lo mismo que predica Pedro la mañana de Pentecostés: «Que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados» *(Hech 2,38)*. Y es también lo que suplica Pablo: «¡Reconciliaos con Dios!» *(2 Cor 5,20)*. Hay que subrayar cómo siempre se señala esta relación entre la aceptación de la Buena Nueva y el acceso al dinamismo de la conversión, entre la aceptación de la Palabra liberadora y la aceptación del cambio de vida mediante el combate espiritual. Ya sabemos, naturalmente, que «hemos sido salvados por la gracia» *(Ef 2,8)*, es decir, liberados del egoísmo que nos asfixia e introducidos en la vida de comunión en la Caridad trinitaria. Pero este insistir en el evangelio de la gratuidad de la gracia no debe llevarnos a ignorar la importancia de la conversión y del esfuerzo espiritual. De lo contrario, el evangelio se reduciría a pura doctrina, y la adhesión a Cristo a la simple aceptación de unas ideas. Aceptar a Cristo no consiste tan sólo en sentarse cómodamente para escuchar la enseñanza de un maestro, sino en ponerse en camino tras él, para lo cual hay que cambiar de vida. El combate espiri-

tual, por tanto, ha de ser enseñado y presentado como un elemento esencial del seguimiento de Cristo.

¿Tiene la concepción inmaculada alguna vinculación con esta insistencia en la conversión y en el combate? ¿No constituye acaso el polo opuesto a estas nociones, dado que parece ser cuestión únicamente de gratuidad y de obsequio deferente? Así sería si no hubiera también para nosotros obsequio y deferencia. Pero nosotros no libramos el combate en la sombra de la duda, como si Dios nos hubiera dejado solos y estuviera aguardando, olímpicamente indiferente, el resultado del combate. Es desde dentro de su propio combate y del de sus hermanos cristianos desde donde Pablo puede proclamar su cántico triunfal: «¡En todo somos (no dice: *seremos*) vencedores, gracias a Aquel que nos amó» *(Rom 8,37)*. En nosotros, el pecado ya está herido de raíz, aun cuando todavía produzca frutos engañosos. Pero engañosos no en el sentido de que tales frutos no sean realmente portadores de muerte y de que nosotros no seamos culpables, sino en el sentido de que esos frutos no corresponden ya a la verdad de nuestro ser generado. Cristo victorioso se halla presente en nuestro combate, librándolo con nosotros y en nosotros; y nosotros recurrimos constantemente a su fuerza para mantenernos firmes en medio de la prueba.

Todo procede de Cristo glorioso, tanto nuestra certeza de alcanzar un día el triunfo como el privilegio de la concepción inmaculada. Y la resplandeciente santidad de la Madre nos estimula a proseguir el combate, sobre todo cuando comprendemos que esa santidad no es una santidad fría y displicente, sino que va acompañada de intercesión. María, la santa por excelencia, intercede para que nosotros seamos santos.

Una enseñanza

3. La concepción inmaculada constituye una inestimable *enseñanza*.

Enseñanza, a la vez, sobre la verdadera gravedad del pecado y sobre su carácter absolutamente limitado. Pues debemos contemplar con mirada creyente el «misterio de iniquidad» que aún habita en nosotros:

- Mirada severa, y en modo alguno complaciente, que sitúa al pecado frente a la realidad candente de la Caridad de Dios, tal como se ha manifestado en la Cruz de Cristo. «No te he amado de mentiri-

jillas», le dice Cristo crucificado a Angela de Foligno; y el creyente Pascal, meditando a su vez sobre el misterio pascual, pone en labios de Cristo estas turbadoras palabras: «Si conocieras tu pecado, te descorazonarías». Es a la luz de la cruz, ya lo sabemos, como hay que contemplar la concepción inmaculada. El apacible y sereno rostro de la Madre recibe toda su luz de la Santa Faz, herida y ensangrentada, de su Hijo. El creyente debe, ineludiblemente, aprender al pie de la cruz la gravedad de su pecado, de todo pecado. En relación al Amor del Padre y su manifestación en la Pascua dolorosa del Hijo, no puede haber pecado «pequeño».

Y no se crea que la luz pascual y el don del Espíritu atenúan, ni siquiera mínimamente, la gravedad de esta revelación. El Resucitado va a conservar en su carne los estigmas de su bienaventurada Pasión. Y el Espíritu se nos da a partir de la herida del Costado, para luchar en lo más íntimo del corazón de cada creyente y para garantizar la victoria de la Caridad divina sobre todo germen de egoísmo. El combate del Amor absoluto, contra todo amor excesivo de sí, no es ningún torneo académico, y al final seremos presentados al Señor con las cicatrices de nuestras batallas. No hay pecado pequeño, y lo que se ventila a cada momento es de extraordinaria importancia.

● Y, sin embargo, mirada apacible, a causa precisamente de la victoria de la Cruz. Es sobre todo aquí donde la imagen de la Inmaculada nos resulta extraordinariamente ilustrativa. Sea cual sea la gravedad de nuestro pecado, no dejará de ser humano, mientras que la misericordia es infinita. Quien se sitúa bajo la luz de la Cruz no se deja anonadar por el pecado, porque sabe que la Cruz es victoria. Y vivirá su conversión cotidiana desde la aceptación de una andadura que no duda jamás de dicha victoria.

María, en su resplandeciente santidad, antes incluso de que se manifieste en su asunción junto al Cristo victorioso, es la Imagen definitiva de esa victoria.

5

Israel y María

Dios prepara la misión de María en el corazón mismo del pueblo de Israel. Es a través de María como la aventura espiritual de Israel prepara el camino a Cristo.

Hija de Abraham, María vive la experiencia de la fe, y su adhesión confiada a la Palabra de Dios se realizará plenamente en el Calvario. Santa de pies a cabeza, María intercede por el pecado de su pueblo.

Pero María, además, entrega a Jesús a Israel, tanto entonces como ahora. Ella invita a todo creyente a dar el salto de la fe. Ella recuerda a la Iglesia los verdaderos valores de Israel.

«El Señor dará su gracia, y la tierra dará su fruto» *(Ps 66,7)*. Ciertamente, la gracia es lo primero, y será «el gran amor del Padre» *(Ef 2,4)* el que suscite la libre respuesta de María y haga germinar en ella la realidad humana del Salvador. Pero sería situarse en las antípodas de la paciente pedagogía de Dios ignorar la lenta preparación de esta mujer en el seno de su pueblo. La flor es tanto más hermosa y exuberante cuanto más profundamente hunde sus raíces para absorber los jugos nutricios necesarios para su belleza. María no viene caída del cielo. Es verdad que nos ha sido dada por Dios como fruto de la gracia libre. Pero, al mismo tiempo, ella asciende de la tierra, de esa tierra de Israel que la va preparando lentamente como su flor más perfecta.

Israel prepara a María

Es en este sentido como Israel precede y prepara a María. Todo Israel, no sólo sus grandes figuras de santidad y de fe. María, efectivamente, «recapitula» los valores de la fe de su pueblo, y con razón Ireneo de Lyon, que tanto insistió, siguiendo a Pablo, en la misión recapituladora del Hijo, tiene una serie de hermosísimas páginas acerca de la misión de María, la nueva Eva.

Decir que María «recapitula» a Israel no significa, en modo alguno, hacerle un agravio a la misión única de su Hijo, porque, si María recapitula, lo hace en dirección a Cristo, del mimo modo que éste, a su vez, «recapitulará» a la humanidad para presentársela al Padre, «sometiéndose a sí mismo a Aquel que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo» *(1 Cor 15,28)*. Esta es siempre la tarea unificadora del Espíritu: provocar estas síntesis provisionales que, a su vez, se unen en una síntesis más perfecta, siempre en orden

a la reintegración de todas las cosas en el amor absoluto del Padre. La obra de Dios no es anárquica: emanada del Padre, de ese simple e incandescente Manantial del Amor absoluto, vuelve al Padre no para complacerse orgullosamente en sí misma, sino para el pleno desarrollo de un mundo que no puede realizarse cabalmente más que en el amor, porque es de ese amor generoso de donde nace. El Padre es «el fin» de la creación, como lo es de la comunión trinitaria; y en ambos casos es fin porque es también origen. La noción «origen» —digámoslo ya— es infinitamente más liberadora que la noción de «causa», porque es la que permite hablar del fin no como de un punto de destino impuesto desde fuera, sino como una dinámica interna que suscita la adhesión de amor. «El bien tiende a propagarse», y esta prodigalidad de Dios, aparentemente amigo del derroche, llama a reposar en él a todo cuanto procede de él. Agustín, en su *Comentario al Evangelio de Juan,* escribió páginas insuperables acerca de esta suave y, a la vez, enérgica atracción del Amor.

Hija de Abraham

El lugar que ocupa María al término de la historia de Israel es en verdad un ministerio en dirección a Cristo. Toda la aventura de Israel, desde la vocación de Abraham, pasando por el agrupamiento comunitario del Sinaí, es una aventura de la fe, de la pedagogía de purificación para la fe. Una fe que, de entrada, nos parece tan grande y tan perfecta que da la sensación de ser un modelo definitivo, pero que, no obstante, no es más que la fe de un hombre perfectamente aislado, aparentemente, en su clan o, si se quiere, la fe de todo un pueblo, aun cuando el fin de dicho pueblo parece reducirse a la pequeña comunidad de pobres que esperan silenciosos que la salvación se realice como Dios quiera. Es en esta pequeña comunidad donde va a nacer y a crecer María.

Es fácil hacer una lectura superficial y falsa de la historia de dicho pueblo; una lectura que dé la impresión de que Dios criba y expurga, rechazando a los que no le agradan y quedándose con quien le parece. Como cuando Gedeón, por mandato de Dios, efectúa una despiadada selección entre sus guerreros. Esta lectura apresurada está demandando otra lectura más exigente e, indudablemente, más justa: no es que Dios seleccione, sino que la fe es difícil; y no es hijo de Abraham quien quiere, al menos espiritualmente. El personaje fundador de la historia de Israel presenta la fe, de entrada, a tal nivel

de exigencia que serán muy pocos los que acepten seguirle por tan intrincada y difícil ruta.

Y María presenta a su Hijo el ramillete de adhesiones de fe que fueron preparando la suya propia. La subida de Abraham e Isaac al monte Moria prepara y hace posible Getsemaní y el Calvario. No es casual que el itinerario de la fe se presente frecuentemente en la Biblia como la ascensión a una montaña: la ascensión de Abraham al monte Moria en compañía del hijo de sus entrañas. Y Abraham no puede responder a Isaac más que citando el nombre del Eterno: «Dios proveerá, hijo mío» *(Gn 22,8)*. O el final de la peregrinación terrena de Moisés, que culmina en la subida al monte Nebo, desde donde contempla de lejos la Tierra Prometida, siendo aún precisa la adhesión de fe del más grande de los profetas. O la ascensión del viejo rey David al monte de los Olivos, entre las burlas y hasta las piedras que le lanza su pueblo. Lo que humanamente parece un triste final es, a los ojos de la fe, epifanía y revelación del Mesías sufriente.

Y es también por ello, como diremos, por lo que la adhesión de fe de María se consumará en el monte Calvario, con la más perfecta adhesión de fe que se puede prestar a la Pascua del Siervo. A medida que se va tomando altura, el fondo del valle va perdiendo nitidez y el paisaje se simplifica: los apoyos humanos escasean, y ya sólo se avanza gracias a la atracción que ejerce la cumbre. La vida en la fe no puede ser sino ascensión. Y María presenta a Cristo, para que él lo viva personalmente, toda la experiencia de fe de su pueblo.

En oración por su pueblo

María es plenamente solidaria de la vida de su pueblo y, consiguientemente, también de su pecado, aunque ella sea la llena de gracia. El misterio que contemplamos en Jesús el Inocente –que, sin embargo, es «el que lleva el pecado del mundo»– debemos empezar a verlo ya en María. Su rechazo de todo pecado personal no es ningún obstáculo a su solidaridad orante con el pecado de su pueblo. Tan es así que, al no ser el pecado sino una carencia, cuanto más cerca de Dios se halla un corazón y más se preocupa por su gloria, tanto mejor puede sopesar el drama que supone la negación de Dios. María ora los salmos de penitencia e intercede por los pecados de sus hermanos. De este modo inaugura su ministerio de intercesión en la Iglesia, «comunidad santa de pecadores».

María recibe a Cristo

En el seno de ese pueblo que la precede y la prepara, María proporciona al Verbo de Dios una humanidad real y concreta, marcada por una herencia, una historia y una cultura. Gracias a este enraizamiento de María en Israel, el Verbo encarnado no es ningún meteorito, sino «el Verbo que habita entre los suyos». Sería arriesgado presentar la Encarnación exclusivamente desde la perspectiva de un anonadamiento, de una impresionante zambullida en la nada. Ante todo, la criatura no es la nada; de lo contrario no sería posible decir palabra alguna acerca de ella. Por supuesto que en la Encarnación hay una innegable dimensión de abajamiento, puesto que la criatura se halla a una distancia infinita de Dios. Pero es preciso subrayar también el aspecto positivo de la Encarnación del Verbo, que es la venida de éste a los suyos, la asunción de los valores humanos y espirituales de un pueblo, aunque Aquel que los asume va a elevarlos a un nivel increíble de realización.

La flor verdaderamente única de la santidad de Cristo nace en plena tierra de Israel, en el tronco mismo de la descendencia de Abraham, que tiene su plena realización en la fe de María. Es evidente que no podemos atribuir necesidad alguna a Dios, el cual siempre podría realizar su designio de amor de otra manera. Pero ¿no nos es lícito emplear el «era necesario» de la Escritura para hablar de la preparación de la santidad de Jesús en el Antiguo Testamento?

En nombre de su pueblo, y en el nombre mucho más amplio de toda la humanidad, María acoge y recibe a ese Hijo eterno que «viene a los suyos». Es ella quien le da esa humanidad, que él recibe y acepta como un elemento desde el que tendrá que vivir y realizarse. Y sólo humanizándose hasta ese punto, sepultándose hasta el fondo en la tierra de los hombres, puede el Verbo realizar su vocación de «recapitulador». Hasta ahí debemos llegar sin vacilación para darle todo su sentido al aforismo de los Padres: «lo que no es asumido no es salvado». Si nosotros hemos sido creados «de la nada», no ocurre lo mismo con el Verbo, que vive desde toda la eternidad frente al Padre y encuentra asilo en un mundo ya existente y que tiene su consistencia. María, por lo tanto, tiene absoluta importancia como «tierra receptora» y, ante todo, como oyente de esa Palabra que va a poder resonar en el mundo con la voz humana que ella le da. No hay que olvidar, pues, ni la función de María como educadora de Jesús ni su función

formadora para con esta Palabra, llegada a su madurez gracias a ella.

María da a Jesús a Israel

Pero, como ocurre con toda mediación, también la de María entre Israel y Cristo funciona en el otro sentido. Si María inserta a Jesús en todas las riquezas humanas y espirituales de Israel, también es preciso subrayar cómo ella da a Jesús a ese pueblo que es el suyo.

El que este don sea casi absolutamente rechazado no debe hacernos olvidar ni su valor ni su sentido. A lo largo de estas páginas venimos insistiendo en el tema de la vocación, de la tarea a realizar. El pueblo de Israel está marcado, en su misma estructura, por su vocación específica. No ha sido escogido como el grupo exclusivo de los amigos de Dios o de los socios de la Alianza, sino como tierra receptora y germinadora en orden a la Alianza nueva y eterna.

María entrega a Jesús a Israel dándolo a luz, en medio de este pueblo, como la célula germinal del nuevo Pueblo. La acogida prestada por Jesús a aquellos a quienes rechazaba el Israel legalista desempeña, indudablemente, un importantísimo papel en su aparente fracaso y en su muerte. Ya desde mucho antes había topado el mensaje profético con la cicatería y el particularismo de sus oyentes. El pueblo de la antigua alianza rechaza la generosidad de la Alianza nueva, a pesar de que su vocación le orientaba por entero hacia ella. María se sitúa en el punto crítico en el que se verifica este misterio del rechazo y la aceptación: el Verbo acepta enterrarse en medio de los hombres, y la tierra de los hombres va a rechazar este tesoro, demasiado hermoso para ella; este tesoro con el que ni siquiera se habría atrevido a soñar.

En el marco de su misión eclesial, María tiene una tarea que realizar con relación al Israel de hoy. Son muchos los estudios realizados en nuestros días que recuerdan a la Iglesia todo cuanto ha recibido de Israel, tanto gracias a María como gracias al grupo apostólico. Y a ella, al igual que a María y a los Apóstoles, es la adhesión de fe de lo que la ha permitido pasar del antiguo Israel al Israel de la nueva Alianza. Pues bien, sólo en virtud de un salto en la fe, a imagen del salto que aceptaron dar María y Pablo, por ejemplo, podrá el Israel de la Ley acceder al misterio, incesantemente ofrecido, de dicha Alianza. De lo que se tratará siempre será de aceptar la desconcertante paradoja de la Encarnación del Señor de la Gloria; de aquel

que, sin perder nada de dicha Gloria, acepta libremente hacerse uno de nosotros «en un reducidísimo espacio», introduciéndonos, con este conmovedor gesto, en la comunión en el Espíritu con el Padre. Quien desee acceder a la Alianza irreversible deberá, un día u otro, dar el salto «mariano» de la fe: «que se haga como Dios quiera». El hecho de que la alianza prevista desde toda la eternidad por el Dios de Israel se realice por medio de un Hijo «resplandor de su gloria e impronta de su esencia» *(Heb 1,3)* y, sin embargo, simple hijo de una mujer, constituye una paradoja que únicamente puede ser aceptada en el absoluto despojo de la fe.

María enseña a la Iglesia

Por último, María tiene, en relación al nuevo Israel que es la Iglesia, una misión educadora. De momento, nos limitaremos a indicarlo someramente, porque ya se verá cómo todas nuestras reflexiones tienden a mostrar la importancia de la vinculación existente entre María y la Iglesia.

El nuevo Pueblo no puede renegar de todo cuanto le ha enseñado y aún le sigue enseñando el Pueblo antiguo, aunque ello no significa que deba renunciar a proclamar su diferencia y su carácter definitivo. Como cualquier Madre, María recuerda a la Iglesia los valores del Israel del pasado. La Madre de la Iglesia es hija de Israel, y no reniega en absoluto de las riquezas espirituales que ha obtenido de dicha tierra bendita. María recuerda a la Iglesia, hasta el término de su peregrinación, los verdaderos valores de Israel, y en concreto el absoluto predominio de la fe frente a las construcciones humanas. Ella impide a los pastores de la Iglesia planificar en exceso la misión. Ella les ayuda a remitirse a Aquel que sigue siendo el verdadero «maestro de obras»: «Haced lo que él os diga» *(Jn 2,5)*.

A esta Iglesia, que se debate por los caminos de la misión, cuya enorme importancia ha redescubierto gracias al Concilio Vaticano II, María le recuerda lo que es una fe bíblica valiente, que se pone en manos de Dios y que, al igual que Pablo, «pasa a Macedonia» *(Hech 16,9)* sin saber lo que allí le aguarda.

> «De la misma manera que Eva, al desobedecer, se convirtió en causa de muerte para sí misma y para el género humano, así también María, desposándose con quien le había sido destinado de antemano y, a pesar de ello, permaneciendo virgen, se convierte, al obedecer, en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano» (IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses* III.22,4).

6

Ella concibió del Espíritu Santo

Dios quiso que su Hijo encarnado fuese, milagrosamente, nacido de mujer. No se trata de ningún tipo de menosprecio de la sexualidad, sino del anuncio de nuestra adopción por gracia. La concepción virginal nos ayuda a comprender la maravilla de nuestro bautismo.

Es una obra realizada en la fe. María se adhiere a Dios y acepta sus caminos.

Es una obra que pone de manifiesto que la carne realiza su vocación poniéndose al servicio del Espíritu, y confirma a María en su vocación eclesial.

Es una obra que arroja luz sobre la maternidad de la Iglesia y estimula a ésta a ponerse en manos de Dios.

La concepción virginal de Jesús no pertenece al orden de los acontecimientos históricos. Por eso hablamos de ella desde ahora, ya en esta primera parte, cuando aún nos hallamos metidos de lleno en el tema de la concepción, por nuestra tierra y por Israel, de «la que debe darlo a luz».

Contemplar lo que conviene

Como ocurre siempre en teología, se trata de contemplar lo que conviene, no de una voluntad exagerada de extraer necesidades absolutas. Exagerada, en el sentido de que a Dios no se le pueden poner límites ni exigencias; en este sentido, significa indudablemente incurrir en el error de la «teología de los posibles» decir que Jesús no *podría* ser Hijo de Dios si al mismo tiempo fuera hijo de José. Dios lo puede todo. Pero es ciertamente muy conveniente que el Hijo de Dios, al hacerse «Emmanuel», sea únicamente hijo de la mujer. Y el teólogo tiene el deber de preguntarse cuidadosamente por el motivo de esta conveniencia. Ante todo, debe abstenerse de argumentos falsos y de callejones sin salida: el pecado original, por ejemplo, no puede transmitirse de generación en generación mediante el acto sexual, que en sí no está mancillado por el pecado y que incluso es portador de gracia para quienes lo viven en la comunión con Dios y en la generosidad del amor auténtico. Atribuir semejante fundamento a la concepción virginal conduciría necesariamente a un desprecio de la sexualidad; desprecio que no corresponde en absoluto a la visión bíblica y evangélica del amor humano.

El camino de solución y de reflexión que proponemos consiste en pensar la virginidad de María en relación con su vocación eclesial y con todo el misterio de la Iglesia.

● *Relación con la vocación eclesial de María.* Si María es llamada por el Padre a convertirse en Madre de Dios, es para que sea Madre de la Iglesia y de la humanidad nueva recapitulada en Cristo. Ambos misterios se iluminan mutuamente. En ambos casos actúa la gracia, y en ambos realiza Dios sus designios sin interferir ni determinar la acción humana. Esta es la novedad de la regeneración en Cristo, «una maravilla a nuestros ojos». Por supuesto que, como ya hemos dicho, hace falta el consentimiento libre de María. Pero, una vez dado dicho consentimiento, Dios Padre despliega, en la fuerza del Espíritu, la libertad de su amor victorioso. Y la concepción virginal del Primogénito puede y debe enseñarnos a comprender mejor la absoluta gratuidad de nuestra regeneración baustimal.

Del mismo modo que es por pura gracia por lo que somos salvados, «renacidos» («esto no viene de nosotros, sino que es don de Dios»: *Ef 2,8*), así también la concepción del Primogénito es pura gracia, manifestación desde el primer momento del poder de Dios. Lo que Dios realiza de tan poderosa manera en la concepción del Primogénito va a proseguirlo con la misma libertad en el engendramiento espiritual de todos los hermanos del Primogénito en la gracia. Y en adelante ya sabemos que el Padre será perfectamente capaz de engendrar un nuevo hijo, un hermano de Jesucristo, a partir del más perdido y del, aparentemente, más irrecuperable de los hijos de la tierra.

La soberana libertad de Dios, tal como se manifiesta en la concepción virginal, nos preserva de todo orgullo respecto de nuestra propia regeneración. Nosotros no tenemos nada que ver en ello; es un don de Dios, y no tenemos de qué enorgullecernos, como tan frecuentemente observa Pablo. Lo que se manifiesta, pues, en este misterio de la concepción virginal no es la impotencia o la inutilidad del hombre, sino el poder misericordioso del Padre. El milagro de la concepción virginal debe ayudarnos a contemplar mejor el misterio de nuestro bautismo.

● *Relación con el misterio de la Iglesia, anticipación del Reino.* La Iglesia, que ve cómo el Padre realiza su obra en María, no puede dudar del poder que en ella y a través de ella tiene el Espíritu. Ella es pobre; ella es incluso «comunidad santa de pecadores» —cosa que no es María— y, sin embargo, sobre sus hombros recae la enorme responsabilidad de la misión. Humanamente hablando, la Iglesia debería declararse incompetente y desistir de ello. Pero también ella está habitada por la fuerza del Espíritu, y por eso debe avanzar y reempren-

der la tarea. Esta certeza de la fe no proporciona a la Iglesia una tranquilidad idílica ni la dispensa de la reflexión y el esfuerzo. Pero en la fe, al igual que María, también la Iglesia encuentra su paz. Y al igual que María, que sabe de qué manera se ha formado Cristo en ella y ya no puede dudar de que el Padre lleva a cabo su obra, así tampoco duda la Iglesia de que la misión avanza y se realiza, a pesar de su debilidad.

Una obra realizada en la fe

La concepción virginal es una obra realizada en la fe.

María concibe al Emmanuel en su adhesión de fe a la voluntad del Padre. «Por su fe, más que por su cuerpo», dice Agustín en fórmula audaz. María reconoce que el Dios de la Alianza es capaz de todo, lo bastante fuerte para llevar a cabo su obra y lo bastante fiel para no cansarse de las reticencias del hombre. Y María se entrega confiadamente al poder del Espíritu.

Enseguida volveremos sobre la importancia de la virtud de la fe para María; pero conviene subrayar desde ahora la maravillosa sintonía que se produce entre la adhesión creyente de la criatura y el poder de Dios. Cuando el Creador encuentra en su obra tal consentimiento, entonces todo es posible. Y la concepción virginal no debe ser formulada tanto como un milagro fuera de lo común cuanto como un signo del Amor misericordioso del Padre a los hombres. María lleva a la perfección la fe de Abraham, que, por su parte, también creyó en la concepción de Isaac, a pesar de que su esposa Sara ya no tenía edad para ser madre. María anuncia la adhesión de fe de Jesús a la voluntad del Padre en los difíciles momentos de la tentación y del Calvario.

No hay otra actitud espiritual, en la adhesión de fe, que el consentimiento en que Dios sea al fin reconocido como Dios. No se trata de fatalismo ni de dejar a un lado los valores de la inteligencia, sino de asentir al misterio de Dios y aceptar que su caminos no siempre son nuestros caminos. La concepción virginal es manifestación del poder de Dios en el momento mismo en que parece que el hombre nada puede hacer. La encarnación del Emmanuel para la salvación no podía ser obra humana, porque el hombre es demasiado profundamente pecador para poder darse a sí mismo la salvación. Esta aceptación de la acción victoriosa de Dios no aniquila al hombre, sino que lo remite al poder de la gracia. En la concepción virginal queda de manifiesto

que «Dios nos amó primero» *(1 Jn 4,19)* y vino a nuestro encuentro cuando nosotros nos hallábamos sin fuerzas. Su verdadera omnipotencia consiste en la misericordia y la fidelidad.

La carne y el Espíritu

La concepción virginal manifiesta que la carne está al servicio del Espíritu.

La concepción virginal no supone menosprecio del cuerpo ni de la sexualidad. No es porque el acto sexual fuera indigno de María Inmaculada por lo que ella no lo realizó con José y por lo que ambos realizaron su auténtica vocación conyugal de otro modo. El hecho de que la Iglesia tenga empeño en celebrar en ellos el modelo de «familia santa» (o sagrada), aun cuando deba presentarse con toda delicadeza, manifiesta simplemente que no hay más que un camino para realizar la vocación santificadora de una pareja.

La afirmación de la concepción virginal recuerda que la carne está al servicio del Espíritu, y que no realiza su vocación si no es en dicho servicio. Es bastante lamentable que andemos siempre buscando exclusiones y negatividades allí donde lo que hay, por encima de todo, es la afirmación de una relación y de una dependencia. La carne no es menospreciada, sino resituada en su estricta vocación de «servidora». Y las parejas cristianas, que tienen necesariamente que realizar su vocación conyugal en el amor carnal, no deberían ver la concepción virginal como un reproche contra lo que ellos viven, que quedaría entonces convertido en una «concesión» a la debilidad de la carne. Deberían, por el contrario, alegrarse de ver cómo resplandece la figura de María virgen en el horizonte de su propia búsqueda espiritual. Deberían orar a María para que les ayude a no perder nunca de vista la grandeza del querer espiritual.

José no es menospreciado ni olvidado en esta acción de Dios. «No tengas reparo en llevar contigo a María, tu esposa» *(Mt 1,20)*. Su vacilación no se debe a que sospeche de la pureza de María, sino a su voluntad creyente de no poner ningún tipo de trabas a la obra de Dios. Y las palabras del ángel le confirman en la nueva orientación de su vocación, que sigue siendo una vocación paterna. José es instituido por Dios en un ministerio específico de protector y educador del Hijo hecho hombre. Es invitado a una superación del querer carnal que no condena dicho querer, sino que lo relativiza en función del Reino.

La concepción virginal, por otra parte, confirma a María en su vocación propia, y la sitúa como el único punto de inserción del Emmanuel entre nosotros. Su propio cuerpo recibe toda su misión de ser tabernáculo de la Presencia. Este misterio —pues de misterio se trata, más que de milagro— realza el valor de la mujer y su misión espiritual propia: recibir y adorar; ayudar a crecer. De este modo, la concepción virginal es preludio de la fecundidad espiritual por el Reino de aquellas mujeres que no engendran hijos y que, sin embargo, dan fruto. La concepción virginal es un signo precursor de la fecundidad de una virginidad aceptada por el Reino.

Su valor para la Iglesia

La concepción virginal tiene valor para la Iglesia.

La concecpción virginal arroja luz sobre la maternidad de la Iglesia, que no debe ceder al espejismo de las alianzas humanas, sino hacer que su eficacia misionera descanse en la fidelidad únicamente a Dios. Es grande para la Iglesia la tentación de transigir, con la mejor voluntad del mundo, entre el poder de Dios y los poderes humanos, y de hacer aparentemente más eficaz la misión apoyándose en las fuerzas mundanas.

La historia de la Iglesia nos enseña cuánto le cuesta resistir a este vértigo. Pero ello constituye, de algún modo, una especie de adulterio. Y, sin embargo, el Señor la reconduce pacientemente a una virginidad de corazón que debe seguir siendo su única fuerza. Esto es, indudablemente, lo que ha sucedido con el Vaticano II. Una Iglesia que tenía una cierta tendencia al triunfalismo se ha visto reconducida por el Señor a una mayor adhesión al solo misterio de la Palabra; y se ha afirmado, gozosamente, como «servidora y pobre», a imagen de María, su modelo. De este modo ha manifestado su fe en el Señor.

Virginidad de María y pureza de la fe

Los Padres de la Iglesia pusieron frecuentemente de relieve la analogía existente entre la virginidad de María y la pureza de la fe de la Iglesia. La Madre-Iglesia es virgen en la medida en que no se deja alcanzar por la seducción de la herejía. Y es perfectamente constatable que la actitud espiritual que puede conducir a la herejía nace muchas veces de una reflexión estrictamente lógica que no deja suficiente espacio al carácter de indefinibilidad del Misterio. La Iglesia debe

estar muy atenta a evitar toda búsqueda excesivamente intelectual que le exija recurrir en demasía a las construcciones de la razón. No se trata de menospreciar la inteligencia, sino de afirmar la supereminencia de la fe. Y se trata, sobre todo, de reconocer la humildad de la labor teológica, que no puede consistir sino en una aproximación humilde, y siempre revisable, al Misterio. Toda pretensión de una teología definitiva no puede apoyarse más que en la falsa idea de un poder absoluto de la mente. El estatuto del trabajo teológico es del mismo orden que el redescubrimiento de la Iglesia como servidora en medio del mundo.

Pero ¿no nos habremos alejado del problema de la concepción virginal? Nada de eso. De lo que se trata siempre, tanto respecto de María como respecto de la Iglesia, es de aceptar la prioridad de la acción de Dios y de aprender la obediencia de la fe. También el trabajo teológico es aceptación incesante de la virtud de la fe, confianza en Dios, luz de la inteligencia y del corazón a un tiempo. En el misterio de la concepción virginal, María muestra al creyente el camino de la confianza pacífica. La humilde joven de Nazaret también ha de ser invocada como patrona y modelo de los teólogos.

7

María, la creyente

«Dichosa tú, que has creído». Es la bienaventuranza propia de María y proclamada por Isabel. Como toda fe humana sincera, la de María le hace adherirse personalmente al amor del Padre, situándose en una prolongada tradición creyente. La fe de María realiza en plenitud la fe de los personajes de la Bilbia y conduce a la propia María a su perfección en su cooperación a la salvación de los hombres.

Al igual que María, su Madre, también la Iglesia debe adherirse a la Palabra de Dios en la liturgia y en los sacramentos. Y debe esforzarse sin cesar por expresar cada vez mejor lo que cree, a fin de que todos los hombres conozcan la Buena Nueva y se realicen plenamente en Dios.

María es destinataria de una sola bienaventuranza, la que proclama sobre ella su prima Isabel: «Dichosa tú, que has creído en las palabras que te han sido dichas de parte del Señor» *(Lc 1,45)*. Se adivina aquí hasta qué punto semejante acercamiento al misterio de la fe va mucho más allá de la simple adhesión de la mente a unas verdades, dilatándose en una confianza absoluta y en un ponerse incondicionalmente en las manos de Dios.

Vamos a reflexionar, naturalmente, acerca de la relación entre la fe de María y la fe de la Iglesia; y vamos a ver cómo la fe de María tiene su lugar propio en el corazón de la fe de la Iglesia y le permite caminar bajo una más intensa luz. Si María no es elegida como Madre del Hijo encarnado en su propio beneficio, sino en orden a la recapitulación de la humanidad en Cristo, así también su fe, sin dejar de significar su adhesión íntima al misterio de Dios que actúa sobre ella, se expande y alcanza su plenitud en el servicio a la Iglesia y a la humanidad salvada.

1. LA FE DE MARIA

La fe personal de María se realiza, al término de la larga andadura de la fe bíblica (y, en un sentido más amplio, al término de cuanto ha sido vivido por la humanidad con anterioridad a ella), como aceptación del absoluto de Dios. Pero hablando de María, como hablando de cualquier creyente, hay que tratar de conciliar dos órdenes de realidades aparentemente contradictorias:

Creer en un amor personal

La respuesta de fe a la propuesta de Dios, a su asombroso ofrecimiento de comunión en la vida divina, de la que toda criatura, aun la más pura, es absolutamente indigna.

En este sentido, el hombre que da su fe es siempre el primer creyente, del mismo modo que el hombre que ama tiene siempre la impresión de estar inventando el amor. El hombre que ama siente que su amor es único, y que nadie ha amado jamás como él. Este carácter único de la respuesta de fe es el equivalente humano de la unicidad del amor de Dios a cada hombre. El Padre no ama a «los hombres», de manera impersonal e indiferenciada. Por supuesto que el Padre ama a todos los hombres; pero es más exacto decir que ama a cada hombre. A cada cual lo mira con la misma y única mirada de amor con que mira a su Hijo Unico. Y toda insistencia en la comunión eclesial debería equilibrarse evocando la vocación única de cada ser humano. Es a cada ser humano a quien dice el Padre: «Tú eres mi hijo amado. En ti, al igual que en mi Hijo amado, me complazco». El espíritu de «infancia» exigido por Cristo y tan espléndidamente recordado por Teresa de Lisieux como condición imprescindible para acceder al Reino, encuentra en esta certeza su base más segura.

Este amor personal del Padre se manifiesta como relación íntima del Verbo encarnado con cada ser humano. Pablo, a quien no puede acusarse de «intimismo», se atreve a decir: «Cristo me amó y se entregó por mí» *(Gal 2,20)*. Y desearía el propio Pablo que cada uno de sus catecúmenos hiciera suyas estas palabras. El Hijo resucitado es «donador» del Espíritu; y también en esto (y sobre todo en esto, podríamos decir) se trata de una venida íntima y personal de Dios. Este Pentecostés íntimo del corazón es, siguiendo la imagen de la liturgia, «como el rocío que hace que cada tierra produzca sus mejores frutos». Cada creyente responde de manera personal a esta llamada de Dios.

Y en una tradición

● Y, sin embargo, inmediatamente hemos de afirmar también lo contrario. El creyente se sitúa en una tradición de fe que debe acoger para, a continuación, prolongarla y enriquecerla con su personal aportación. En este sentido, nadie es jamás el primer creyente. Toda respuesta personal de fe halla su lugar dentro de una tradición, en el seno de una historia de la fe que forma parte integrante de su propia

respuesta personal. Y hemos se subrayar que esta tradición no es sólo condición de posibilidad de la propia respuesta personal, sino que la constituye de alguna manera. En mi respuesta personal de fe siempre hay una cierta aceptación de la fe de mis padres. Yo no tengo ni la posibilidad ni el deseo de inventar cada día la totalidad de mi respuesta personal a la propuesta de Dios. Naturalmente que hay momentos en los que doy una respuesta más personal, y esta respuesta tiene entonces un contenido que puede expresarse en pocas palabras: «Sí, Señor, me entrego a ti. Confío en ti y acepto lo que me pides». Pero en la mayoría de las ocasiones mi confesión de fe se adhiere a la fe de mis padres, integrándola y alimentándose de ella.

¿Qué podemos decir ahora de la fe de María? Retomemos las dos dimensiones que hemos indicado, pero en orden inverso.

Resumen de la fe bíblica

1. La fe de María constituye la floración plena de la fe bíblica. Asume y resume la fe de Abraham. Para responder a la llamada de Dios, Abraham «salió sin saber adónde iba» *(Heb 11,8)*. Y aunque María, debido a su concepción inmaculada, es más lúcida que ninguna otra criatura acerca de la voluntad de Dios sobre ella, no nos está prohibido pensar que también ella «sale sin saber adónde va». Al igual que su padre Abraham, María se pone en manos de Dios, de quien sabe que es digno de la más absoluta confianza.

De este modo, María realiza su fe dentro del movimiento espiritual del profetismo bíblico, con toda su búsqueda de purificación de la entrega del hombre a Dios. Ella es la primera en superar las ofrendas sacrificiales con la donación del corazón, la única que agrada a Dios. Ella hace suya la oración del salmo que la Carta de los Hebreos pondrá en labios de Cristo al venir a este mundo:

«Sacrificio y oblación no quisiste (...)
Entonces dije: He aquí que vengo (...)
a hacer tu voluntad» (Ps 40,7-9; Heb 10,5-7).

Tal vez haya que subrayar, ante todo, cómo la fe de María se integra en la última etapa de la fe bíblica, «cuando ya no había profetas» y cuando el ideal espiritual de los «pobres de Yahvé» consistía en «mantener su alma en paz y en silencio» para que, sencillamente, Dios pudiera hacer su voluntad. María, de quien Lucas dirá dos veces en su Evangelio que «conservaba y meditaba todas estas cosas en su corazón» *(Lc 2,19; 2,51)*, se halla, pues, al término de la búsqueda

espiritual expresada en el salmo 130 como última etapa de la purificación de la fe. Nada de extraordinario se le pide ya a Dios.

El anuncio de la nueva Alianza propuesta por Jeremías en su capítulo 31 queda plenamente realizado en esta Creyente: la vida común propuesta por Dios se ha hecho camaradería cotidiana en el silencio y la confianza.

Y de toda fe humana

Pero resultaría difícil encerrar a María en el reducido espacio de la experiencia espiritual de su pueblo. O, dicho más exactamente: considerar esta experiencia como totalmente diferente de la de otros pueblos. Si el hombre ha sido hecho «capaz de Dios», la propuesta de vida común suscitará, en cualquier corazón humano que la acepte, el mismo movimiento de purificación y de entrega confiada de sí. Esta actitud será objeto de los matices culturales propios de las costumbres religiosas de la comunidad en la que sea vivida, pero siempre tenderá a la misma simplificación y al mismo equilibrio. Y es en este sentido como se resume en la fe de María. Sin renunciar a nada del particularismo judío, que hace de ella una fe verdaderamente humana al ser tan concreta, la fe de María aparece como la quintaesencia de todos los «sí» dichos al proyecto de Dios. El Emmanuel ya puede venir, porque, en María, la tierra de los hombres está lista para acogerlo.

2. Pero si la fe de María asume y sintetiza la fe de quienes la han precedido y de quienes la rodean, también hay que afirmar que la supera y la lleva a su perfección. Señalemos, pues, los cauces concretos en que se verifica esa perfecta y consumada superación.

María presta su adhesión total, y plenamente humana, a la Palabra de Dios. Dicha adhesión se realiza, a la vez, como cumplimiento pleno de la palabra bíblica y como aceptación del mensaje del ángel. Ambas cosas, por lo demás, han de separarse lo menos posible. Así como el creyente, llegado el momento, sólo estará en condiciones de prestar una aquiescencia personal a la Palabra íntima que el Señor le dirige, si es capaz de enraizar diariamente su fe en el corazón mismo del pueblo de los creyentes, así también María se va haciendo progresivamente capaz, mediante la escucha de la palabra bíblica, de aceptar acogedoramente la palabra del ángel y responder a ella con un «sí».

Esta adhesión es total y, a la vez, plenamente humana.

● Es total; y en este sentido, María se adhiere al mensaje bíblico mejor que ninguno de los personajes de la Biblia. Su plenitud de gracia produce aquí todo su fruto. Y la fe de María anuncia perfectamente, además, que es posible la adhesión a la voluntad del Padre que Jesús manifestará a lo largo de su vida. Del mismo modo que Jesús, en el desierto, responderá con las palabras del Deuteronomio a las solicitaciones del tentador, María ya está experimentando que ella «no vive de solo pan, sino de toda Palabra salida de la boca de Dios» *(Mt 4,4)*.

● Y, sin embargo, esta adhesión de fe es plenamente humana. Constantemente sentimos la tentación de deshumanizar a María, y ya hemos visto cómo hay quienes, aceptando la realidad de la humanidad de Cristo, no están dispuestos a hacer lo mismo tratándose de su Madre. Pero el pensar de este modo no supone darle gloria ni a María ni a Dios. La gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona. ¿Por qué habría que renunciar a este sabio axioma cuando se trata de la Madre de Emmanuel? La adhesión de fe de María es *humana* y pone de manifiesto cuán «capaz de Dios» es el ser humano cuando quiere de veras entregarse a la verdad de la Palabra.

Plenificada en su acogida

María vive con la absoluta certeza de estar plenificándose en una perfecta armonía entre la gloria de Dios y su propia felicidad. «La gloria de Dios es la vida del hombre», decía Ireneo de Lyon, uno de los primeros «trovadores» de María en la tradición cristiana. María vive y adivina todo esto, aunque no sea capaz de formularlo.

La plenitud de gracia se manifiesta en María como expansión y como alegría. La aceptación de la Palabra, la adhesión de fe a la verdad de dicha Palabra, produce en esta criatura todos sus frutos. Veneremos como es debido esta «conveniencia» querida por el Padre: que la obra de la gracia no resplandezca sólo en el rostro del Hijo Amado, sino también en el rostro feliz de su Madre, del mismo modo que habrá de resplandecer, salvando las distancias, en el rostro de todos nosotros, los «santos», a la espera de contemplar el Rostro del único Santo.

Los innumerables cuadros que representan a María llevando en brazos a su Hijo, la muestran llena de paz y de dicha. La alegría de su rostro traduce la felicidad interior de la que se ha entregado a Dios

sin resevas. María hace realidad el mensaje de tantos salmos que expresan la alegría del justo:

«Un día en tu casa vale más que mil» (Ps 84,11)

«La cuerda me asigna un recinto de delicias» (Ps 16,6).

No le faltan a María momentos de prueba. Pero la prueba no destruye la profunda alegría de la que se ha adherido plenamente a la voluntad de Dios.

Para la salvación de los hombres

Si María se adhiere de todo corazón a la obra de la salvación, lo hace para la felicidad de todos. No debemos ceder a un intimismo exagerado. Recordemos que nunca se recibe una misión exclusivamente para uno mismo, y que la adhesión de fe tiene siempre una componente comunitaria y misionera. María no es llamada a vivir la maternidad divina para sí sola, sino para la salvación de la humanidad; es preciso que, gracias a su cooperación, se realice al fin el proyecto del Padre de hacer entrar a la humanidad en comunión con el Amor Unico que él irradia sobre su Hijo. Con toda la serie de privilegios de María, de lo que se trata es de hacerla capaz de realizar una misión al servicio de todos. Basta con leer el Evangelio:

- Desde que el Hijo es anunciado, se le presenta como «el que salvará al pueblo de sus pecados».
- La escena de la Visitación, que sucede a la de la Anunciación, expresa la conciencia que tiene María de estar participando en un misterio de salvación para todos, así como el gozo que ello le proporciona.
- La presencia de María en Caná, al pie de la cruz y en el Cenáculo confirmará la dimensión misionera de su vocación y de su fe.

La fe de María se nos muestra, pues, como una aceptación gozosa y resuelta de lo que Dios quiere. El canto del Magnificat, su privilegiado empleo por la comunidad creyente desde sus orígenes y su incesante repetición a lo largo de los siglos sólo se comprenden a la luz de esa actitud de María. Es a la vez un canto de presente y una proclamación de esperanza. Ya se ha realizado en ese «mirar el Todopoderoso la humildad de su esclava», a quien su prima Isabel proclama ya dichosa por su fe. Pero ¡cuán necesario sigue siendo que los poderosos sean «derribados de sus tronos»! ¿No constituye acaso todo el sentido de la esperanza cristiana el afirmar la certeza de un «todavía no» desde el corazón mismo de un «ya» que apenas se deja adivinar?

¿No consiste el movimiento fundamental de la fe en expresarse en cántico de esperanza porque Dios es Fiel y no puede desentenderse de la total y plena realización de su obra? La fe de María está, pues, perfectamente integrada en la profesión de fe de la Iglesia. Vamos a tratar ahora de explicitarlo viendo cómo se expresan las características de la fe de María en la profesión de fe de la Iglesia.

2. FE DE MARIA Y PROFESION DE FE DE LA IGLESIA

Adhesión a la Palabra de Dios

a) La fe de María se expresa como adhesión inquebrantable a la Palabra de Dios.

Para la Iglesia, se trata de dar testimonio de su absoluta confianza en la Palabra. El poder de la Palabra se expresa en la proclamación de la misma y en el ministerio de los sacramentos, que también ellos (y sobre todo ellos) constituyen una actualización o puesta en práctica de la Palabra. Y como la Palabra es misterio y parece perfectamente impotente para convertir los corazones y transformar el mundo, la Iglesia siente la tentación de desentenderse de ella y confiar más bien en cualesquiera tácticas humanas que aseguren su expansión y su supervivencia.

- La Iglesia, como María, debe confiar en el poder de la Palabra meditada y proclamada. Y para ello debe volver una y otra vez a la Palabra como a algo siempre nuevo; debe intentar no acostumbrarse a escuchar la Palabra, y debe meditar sin cesar. Debe, además, estudiarla valiéndose de las seculares aportaciones de las ciencias humanas y, al mismo tiempo, volviendo una y otra vez a dicho Libro como a su más sagrado tesoro. Es así como la Iglesia actualiza la actitud espiritual de María, «conservando y meditando todas estas cosas en su corazón». Y al igual que María, tampoco la Iglesia debe renunciar a salir también ella «hacia la región montañosa» *(Lc 1,39)*, siguiendo el camino de la Visitación y de la misión. De este modo es como la Iglesia se asemeja a María, misionera para Isabel y para el pequeño Juan Bautista.
- La Iglesia, además, debe confiar en el poder de la Palabra en los sacramentos. Por supuesto que ha de salvaguardar el acceso a

ellos y no ofrecer inconsideradamente el tesoro que encierran; pero tampoco puede encerrarse en una confianza demasiado estricta en la preparación humana, hacerse excesivamente «catecumenal». Los obispos franceses lo recordaron en Lourdes en 1975: La Iglesia no puede contentarse con anunciar la Buena Nueva; debe también conducir, a aquellos a quienes evangeliza, hasta el tesoro sacramental no sólo anunciado, sino compartido y vivido. La Iglesia debe conducir hasta el umbral mismo del bautismo, y aún más hasta la participación eucarística.

Intentar expresar la fe

b) La fe de María se expresa como absoluta certeza de estar realizándose en una perfecta armonía entre la gloria de Dios y su felicidad personal. Este debe expresarlo la Iglesia de esta paradójica manera:

- Como certeza de la inadecuación entre sus expresiones de fe y el propio Misterio.
- Como búsqueda de una comprensión cada vez mayor de las «cosas de la fe», en orden a la visión perfecta.

Una Iglesia que diera la impresión de comprender enteramente el Misterio y de que en sus dogmas expresa toda la belleza del mismo, no podría dejar de caer en una tristeza infinita ante la pobreza de los logros de su labor. Ahora bien, la Iglesia sabe, por el contrario, que la belleza del Misterio excede con mucho las expresiones de la fe; a pesar de lo cual, reanuda cada mañana el trabajo y se sabe capaz de realizar nuevos progresos. Y el teólogo en la Iglesia no habrá de ser considerado como un sujeto molesto e inoportuno, sino como el encargado de despertar a los demás, como el portador de un dinamismo espiritual en orden a un mejor anuncio misionero. Suele afirmarse que las industrias que renuncian a la investigación de base, invirtiéndolo todo en la tecnología más inmediatista, se adormecen y acaban hundiéndose. ¡Con cuánta mayor razón puede decirse lo mismo de la Iglesia, que no es una empresa puramente humana y que debe remitirse al poder del Espíritu, jamás poseído y constantemente buscado con amor!

Al servicio del Amor universal

c) La fe de María se expresa como gozo y alegría por adherirse a la obra de la salvación, no sólo para sí, sino para la felicidad de to-

dos los hombres. Esto se traduce en una Iglesia capaz de reconocer su carácter secundario en relación al anuncio del Amor universal del Padre, manifestado en Cristo.

El Padre ama a todos los hombres, no sólo a los bautizados. Cristo es salvador de todos, no sólo de quienes creen en él. El Espíritu «sopla donde quiere» *(Jn 3,8)*, y nadie puede pretender ser su propietario. La aportación fundamental del Vaticano II a la reflexión teológica fue espléndidamente sintetizada por Pablo VI en la víspera de su clausura, el 7 de diciembre de 1965:

«La Iglesia ha reconocido durante este Concilio que no tiene su fin en sí misma, sino que está al servicio de la humanidad».

Una Iglesia que tiene el valor de afirmar tal cosa, de reconocer que ella es «segunda» —¡no secundaria!— con respecto al Dios que la envía y con respecto al mundo al que sirve, no puede dejar de reemprender una y otra vez la tarea, sin insistir constantemente en sus propias miserias y fracasos. Es la misma Iglesia.

— que se presenta como *servidora* de la humanidad.
— que habla de su jerarquía como *servicio* al Pueblo de Dios
— y que reinstaura el diaconado, ministerio del *servicio*, como ministerio de evocación y de referencia.

¿Y no es María —en unión del siervo Jesús, naturalmente; en dependencia de él y en sintonía con Aquel que, la víspera de su muerte, se hace *siervo* y lava los pies a sus amigos— la que enseña a la Iglesia que, para que pueda ser llamada bienaventurada, ha de ser de todo corazón servidora de Dios y de los hombres?

d) La fe de María se expresa como aceptación gozosa y resuelta de lo que Dios quiere, en orden a la plena y definitiva realización de todas las cosas. Esto se traduce, para la Iglesia, en aceptar valientemente vivir en la fe y trabajar sin desánimo en la obra de la salvación, no permitiéndose dudar jamás de que Dios sigue siendo el «maestro de obras» y el que conduce pacientemente todas las cosas a su plena realización.

Así aparece, por ejemplo, en la oración de la Iglesia por la Unidad: «la Unidad que Dios quiera y por los medios que él quiera». No se trata de ceder a la pereza; la oración no dispensa de todo tipo de encuentros y esfuerzos humanos. Pero esta oración ha de ser siempre pacífica, carente de toda angustia. La Iglesia está segura de Dios, del mismo modo que María estaba segura de Cristo en Caná: «Haced lo que él os diga». Volveremos más adelante sobre estas palabras, ver-

daderamente centrales para comprender la misión de María en la Iglesia. Exactamente igual que la Iglesia, de la que ella es Madre y modelo, María vive en la aceptación pacífica del proyecto de Dios. María abre a la Iglesia y a todos los creyentes, sus hijos, el camino de una fe más pura.

8

María y el Espíritu Santo

La doble maternidad de María se revela y se realiza en su relación verdaderamente única con el Espíritu Santo. Las dos ocasiones en que el Espíritu viene a María se iluminan recíprocamente: si en Nazaret recibe María al Espíritu, que «la cubre con su sombra», para hacerla capaz de dar a luz al Verbo de Dios, en Pentecostés es el propio Verbo glorificado quien da el Espíritu a su Madre para que ésta sea Madre de los hombres y coopere a que todo hombre acoja el amor trinitario.

La venida del Verbo en Jesús y la efusión del Espíritu sobre todo ser humano revelan, una y otra, el amor absoluto del Padre.

En este breve capítulo vamos a precisar una serie de puntos importantes de la relación entre María y el Espíritu Santo. Nos reservamos el volver sobre ello en el capítulo siguiente, cuando nos refiramos y contemplemos a María en el misterio trinitario, capítulo que constituirá la conclusión de nuestro itinerario sobre María como Flor de la Creación.

María existe en el Espíritu

1. Como cualquier otra criatura, María existe, vive y nace en el Espíritu Santo de Dios.

Como todas sus criaturas, María existe y vive bajo la moción del Espíritu. Su vida, aun en lo que pueda tener de más natural, es ya una manifestación del amor personal del Espíritu. El Espíritu es esa mirada amorosa del Padre al Hijo que hace surgir a éste ante él y establecer con él el diálogo eterno del amor:

«Tú eres mi Hijo, mi amado,
en quien me complazco».

Toda existencia creada participa de un misterioso modo de esta palabra de amor. La criatura recibe y acoge esta palabra como el origen primero de su existencia. Lo mismo debemos decir de María si queremos mostrar cómo sus privilegios personales no la separan de la comunidad de los hombres, sino que la hacen solidaria de esta manifestación del Amor trinitario, que significa la salvación plena de la humanidad y de todas las cosas creadas. Ya lo hemos dicho anteriormente, pero conviene no olvidarlo.

En una relación particular con El

2. Pero María tiene una relación particular con el Espíritu Santo.

Relación particular en un doble sentido, de los cuales sólo el segundo permite comprender toda la belleza que encierra el primero. El Espíritu viene en dos ocasiones sobre María: en la Anunciación y en el Cenáculo. Y esta última venida, la de Pentecostés, hace resaltar la belleza de la primera venida, la que tiene lugar en el silencio de Nazaret. La segunda venida se produce una vez que María ha sido ya constituida por su Hijo como Madre de la Iglesia y de los hombres, al pie de la cruz. Pentencostés ratifica y hace realidad efectiva esta maternidad respecto de todos los seres humanos.

El misterio del Cenáculo

En este sentido hay que entender debidamente lo que sucede el día de Pentecostés en el Cenáculo: el Espíritu no viene sobre María de la misma manera que viene sobre el grupo apostólico y sobre la comunidad de todos los que se encuentran reunidos. Por supuesto que es el mismo Espíritu el que viene sobre unos y otros; por supuesto que viene para encender los corazones de todos con el fuego de la Caridad que el Padre profesa hacia su Hijo; y por supuesto que viene para hacer a todos capaces de tributar al Padre un amor filial digno del que el Padre siente hacia todos ellos. Pero las vocaciones de unos y otros no dejan de ser diferentes; y es esta diferencia de las distintas vocaciones humanas la que nos permite comprender las diferentes misiones del Espíritu:

a) La comunidad de los creyentes recibe el Espíritu para que se realice en ella «el milagro de la fe». Se trata de que cada cual se adhiera a Jesucristo resucitado y lo reconozca como Señor de su propia vida. Se trata de que cada cual acepte a Jesús como el «Enviado en misión», a fin de que sea conocida la Buena Nueva y se haga realidad el Cuerpo místico. La realización concreta de este Cuerpo constituye la finalidad del Amor trinitario, la consumación de toda la obra de la salvación.

b) El grupo apostólico recibe el Espíritu para constituirse en el armazón de dicho Cuerpo hasta que el Señor vuelva, cuando el Padre lo quiera, y someta todas las cosas al amor del mencionado Padre. Los apóstoles reciben el Espíritu en orden a una tarea, a un ministerio: trabajar, en armonía con el Espíritu Santo, para que la Iglesia se edifique mediante la misión y, poco a poco, vaya formando ese Cuerpo, que sólo quedará plenamente constituido cuando el Señor regrese.

c) También María acoge esta nueva venida del Espíritu en orden a la realización de una tarea, de su nueva tarea. Su Hijo, glorificado junto al Padre, la vuelve a llenar del Espíritu para que ella participe, en lugar de él, en la construcción de ese Cuerpo eclesial. De este modo ratifica Jesús la palabra que ha pronunciado desde la cruz: la humanidad es tu hijo de un modo tan real como lo soy yo mismo, porque el Padre quiere, desde toda la eternidad, que esa humanidad se recapitule en mí y que desde este modo se realice su crecimiento espiritual. La Palabra pronunciada desde la cruz es confirmada por el don del Espíritu, recibiendo en el día de Pentecostés toda su fuerza creadora. Y nosotros podemos adivinar que en el corazón de María late la misma respuesta que en Nazaret: Sigo estando al servicio del Señor para esta nueva misión. Que todo se haga, para mí y para los hombres, como él lo quiera.

La primera venida del Espíritu

3. Es a la luz del cumplimiento que acabamos de referir como podemos comprender la relación que se establece entre el Espíritu y María en el momento más secreto de la Anunciación.

También entonces se trata de una venida del Espíritu, pero en una distinta relación trinitaria. En el momento de la Anunciación nos hallamos aún en la primera etapa de la revelación del amor del Padre: por entonces es el Espíritu el que se encuentra en misión, con el fin de dar al Hijo a los hombres. Será la Pascua de Jesús y su prolongación de Pentecostés la que invertirá esta relación: glorificado junto al Padre, será entonces el Hijo el que «ore al Padre» para que envíe de nuevo el Espíritu y para que, de este modo, se manifieste su amor en todo su esplendor.

Conviene que ni exageremos esta distinción ni atenuemos la realidad de la misma. Por supuesto que en ambos casos es el mismo Dios el que se entrega, y en ambos casos se trata de hacer conocer el Amor infinito del Padre. El Padre ha creado a los hombres para que, mediante el Espíritu, se conviertan en «hijos en el Hijo».

Pero cuando, el día de la Anunciación, actúa el Espíritu para que el Hijo se haga en María uno de nosotros, todavía nos hallamos en la primera vertiente de toda esta obra. En la obra de la salvación no está sino el Hijo, pero la encarnación redentora no tiene su fin en sí misma. No puede ser expresada, por tanto, como la única realidad del amor del Padre a los hombres. En Occidente tendemos a estre-

char peligrosamente esta obra, y nuestros hermanos de Oriente nos lo recuerdan insistentemente. San Anatanasio de Alejandría, en el siglo IV, daba decididamente en el clavo cuando resumía el misterio de la salvación con este maravilloso equilibrio:

«Fue para que nos hiciéramos portadores del Espíritu por lo que se hizo Cristo portador de nuestra carne».

«Para que...»: he ahí el sentido de la primera misión, la del Hijo. Todo converge en ese don del Espíritu que nos hace hijos en él.

La Anunciación en Nazaret constituye, por tanto, el momento de gracia en la eclosión de esta primera obra. La persona del Espíritu, quedándose de momento como retirada, hace que venga entre los hombres la persona del Hijo. Por supuesto que el Espíritu actúa, pero lo hace a su manera, con toda delicadeza; a tal extremo llega su deseo de que, ante todo, «tenga éxito» la Encarnación, colmando así el corazón del Padre. Y poco le importa al Espíritu que su discreta y oculta acción siga siendo discreta y oculta a lo largo de los siglos, con tal de que el amor del Padre sea conocido y correspondido en el Rostro de su Hijo primogénito.

Hasta ese punto es cierto que, en el misterio trinitario, ninguna Persona pretende destacar por encima de las otras. Y que no hay nada que proporcione al Espíritu y al Hijo tanta alegría como que se manifiesten la gloria y el amor de Aquel de quien ambos proceden. El Espíritu, por lo tanto, viene sobre María y la inviste de todo el poder de la Caridad de Dios, sin dejar de respetar maravillosamente su libertad creada. Es esta venida del Espíritu la que realiza la encarnación de la segunda Persona. Conviene prestar atención a la concatenación que establece el texto de Lucas:

«El Espíritu vendrá sobre ti...
por eso el que nazca será llamado Hijo» (Lc 1,35).

Es la coronación de la primera obra de Dios: el Espíritu, que presidió el nacimiento del mundo para que el mundo se lograra, actúa ahora para que ese mismo mundo sea la cuna de Emmanuel. El Espíritu habló después «por los profetas» para que al menos hubiera algunos que no se desanimaran durante la larga espera. Pues bien, ahora «está preparada la tierra» para acoger al que viene.

Contemplemos sin temor las «conveniencias» de esta acción.

María, tabernáculo del Amor

El Espíritu, amor del Padre y del Hijo con una reciprocidad absolutamente respetuosa de la originalidad de cada una de las Personas, es enviado por el Padre. Y le hace saber a María —esa criatura que por ahora recapitula en sí a la humanidad creada y a todo el universo— el amor creador de ese Padre que ama al mundo con el mismo amor con que ama a su Hijo único. Se lo hace saber, se lo dice... y ya existe. María se convierte en tabernáculo de la Presencia. El amor del Padre no queda sin efecto, y hace que exista en María el misterio del Amado. De este modo, mediante este acto de Dios, se manifiesta a la luz del día que el Padre no tiene dos amores, sino que ama a su creación con el mismo amor con que ama entrañablemente al Hijo eterno, hasta el punto de que ambas vertientes de su amor se hacen en el seno de María un solo ser. En este sentido, María es proclamada por el ángel «la amada de Dios», en nombre de todo cuanto ella recapitula y sintetiza.

Y María, en su fe, acepta esta conmovedora revelación del amor único e indivisible del Padre, permitiendo a Dios manifestar esplendorosamente su «loco Amor», ese Amor que es el Espíritu mismo. Jamás una adhesión humana al amor del Padre se había parecido tanto a la respuesta de amor que el Hijo da eternamente al Padre. En el instante mismo en que María acepta ser amada de este modo en nombre de toda la humanidad, la respuesta eterna de amor del Hijo al Padre comienza a expresarse humanamente, a impulsos del Espíritu, en lo más profundo del ser de María. Pero seamos aún más precisos: al decir: «expresarse» (el lenguaje humano no da para más), no quiero decir, en modo alguno, que la conciencia humana de Jesús goce necesariamente desde ese instante de la alegría beatífica. Unicamente deseo subrayar esta «revolucionaria» novedad: el «sí» de amor del Hijo al Padre, que desde siempre constituye el misterio de Dios, se expresa en adelante en medio de los hombres, otorgando valor eterno a toda invocación de la criatura a Dios. A partir de ese instante, y gracias a la oración de María, que más tarde educará pacientemente la propia oración de su Hijo, toda invocación humana al «Dios desconocido» no será ya tan sólo el grito de una criatura precaria y perdida en su noche, sino que se convierte para siempre en la exclamación de asombro del Hijo que descubre el amor del Padre:

«Sí, Padre, yo sé que Tú me amas,
y también yo te amo con un amor semejante».

Toda oración humana, por torpe y desmañada que sea, se convierte a partir de entonces, y para siempre, en la respuesta de amor del Hijo al Padre, con el poder del Espíritu. Ha nacido la oración cristiana.

La oración cristiana, pues, nace verdaderamente en la oración humana de María el día de la Anunciación. Su simplicísima respuesta a la solicitación del Espíritu —«aquí está la esclava del Señor»— se convierte en el insuperable modelo de oración humana del Hijo encarnado. Con muy agudo sentido teológico, la liturgia nos invita a leer, en la fiesta de la Anunciación, las palabras de Cristo al venir al mundo:

«¡Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad!» (Heb 10,7).

Se trata de la actitud fundamental de María y, a la vez, de Cristo: aceptar la deferencia del Padre, dejarse amar por él y responderle con una generosidad que sólo el Espíritu puede suscitar. Es la actitud de María, y habrá de ser la actitud de cualquier creyente hasta la consumación de los siglos. Pero es, sobre todo, la respuesta que desde toda la eternidad ha dado el Hijo al Padre; el segundo movimiento de la Caridad trinitaria, que se convierte en una realidad creada. Y resulta verdaderamente extraordinario el que la criatura, comenzando por María, no sea invitada a un amor distinto, a un amor derivado o inferior, sino que, sencillamente, sea capacitada para vivir aquello mismo que se vive en lo más íntimo de Dios. Ningún tipo de mística podría por sí misma llegar a intuir algo semejante.

Esta profunda transformación del ser y la oración de María, esta adaptación de su corazón para ser capaz de expresar el diálogo trinitario, es la obra que propiamente realiza en ella el Espíritu, que en ese momento lleva a cabo su obra más secreta. Y lo hace manteniéndose en la sombra, por la sola gloria del Padre. No se manifiesta a sí mismo, sino que realiza en aquella mujer, prototipo de la humanidad salvada, una configuración con el Hijo eterno que va mucho más allá de cualquier itinerario místico. Es la Persona misma del Hijo la que comienza a existir en el seno de una criatura. Y esta configuración filial va buscando, toda ella, la sola gloria del Padre, la incesante alabanza a su increíble amor.

De esto modo, la Anunciación se desvela como una de las grandes teofanías trinitarias de la historia de la salvación. Cada una de las Personas se encuentra allí presente y activa, pero con un desposeimiento de sí que permite conocer la Pobreza existencial de nuestro Dios. Evidentemente, «el Hijo no es el Padre», y es sólo el Hijo el que

se encarna; y naturalmente que también el Espíritu realiza su propia obra. Pero la especificidad de cada una de las Personas es asumida en el perfecto intercambio del amor. De este modo se manifiesta insuperablemente que el Dios de Jesucristo no es «el Dios de los filósofos y los sabios», sino el Dios que se complace en dar y en darse. El Dios que es Amor y que suscita en su criatura la generosidad del amor, para que todo se realice plenamente en la insuperable pobreza de su Caridad.

9

María y el misterio trinitario

Vamos a reflexionar sobre la relación de María con cada una de las tres Personas y cómo alcanza su plenitud en la relación que mantiene con el Padre:

- *Criatura de Dios, María se hace Madre de su Hijo creador para que al fin se haga realidad la nueva creación por la que todo suspira y florezca el mundo nuevo. Madre de Dios y, más concretamente, Madre del Hijo de Dios.*
- *Es el Espíritu creador el que, al venir sobre ella, hace posible su maternidad y le hace a ella, además, cooperar al engendramiento del mundo nuevo, en íntima relación con el ministerio de la Iglesia.*
- *Hija del Padre, María se halla unida, en la medida en que es posible, a su amor de Padre, y es en esta unión donde ella también pronuncia la palabra de amor: «Tú eres mi Hijo».*

«Las acciones 'ad extra' de la Trinidad son indivisibles». Habría que salvaguardar este antiguo axioma, porque nos impide ceder a la falsa idea de la existencia de tres dioses y nos preserva de admitir una excesiva «especialización» de las Personas dentro del misterio de un único Dios. Pero no deberíamos permitir que dicho axioma nos condujera a un impersonalismo teológico que tampoco respetara la vida íntima del Dios vivo, ese Dios trinitario que Jesús nos da a conocer. Por eso, y partiendo de la reflexión que hemos hecho acerca de María como criatura, llegado ahora el momento de reflexionar sobre su particular condición de Madre de su creador, vamos a ensanchar el debate y vamos a proponer ya desde ahora el estudio de lo que también podríamos haber puesto al final del libro: la relación propia de María con cada una de las Personas, en el seno del misterio trinitario. Y ante todo, se imponen dos breves observaciones:

1. El ensanchamiento del tema nos lleva a estudiar dicha relación por encima y más allá de la obra creadora de cada persona. Sin embargo, intentaremos conservar este punto de partida, porque estamos convencidos de que la obra teológica se elabora a partir de la consideración de la acción de Dios. No puede decirse una palabra válida sobre el ser de Dios más que a partir de la reflexión sobre lo que él hace; y Dios actúa para nosotros, ante todo, como creador.

2. No existe un orden ideal para presentar la acción de las Personas trinitarias. Es fácil sentir la tentación o el deseo de partir de la acción propia del Espíritu, que, en el Hijo encarnado, reconduce todas las cosas al Padre y las devuelve a la unidad de su Fuente originaria. Una preocupación más deductiva por el tema conduciría a hablar primero del Padre, como Origen absoluto. Pero el punto de partida de nuestra reflexión —María, Madre de su creador— nos invita a situar en primer lugar las consideraciones sobre la segunda persona.

No se trata de una opción obligada, pero sí tiene su justificación. De hecho, tan sólo se trata de una puerta de acceso. El Misterio en toda su belleza se halla situado en el interior de la Morada. Y ya sabemos cómo toda palabra teológica no es más que el balbuciente acercamiento, motivado por el solo Amor, a una Vida que no cesa.

1. LA MADRE DEL HIJO CREADOR

Ese Hijo en quien todo ha sido creado

A. Aun siendo criatura de Dios, María se convierte realmente en Madre del Hijo creador, igual al Padre y «en quien todo ha sido creado y todo subsiste» *(Col 1,16-17).* Es esencial comprender que María trae al mundo precisamente a ese Hijo en quien todo ha sido creado. El Hijo preside la creación del mundo, y la realiza concretamente de conformidad con la voluntad del Padre, delante de cuyo Rostro pone el mundo como una revelación de su amor generoso. Este es el Hijo que María trae al mundo, a quien ella da un arraigo concreto en este mundo, que es obra suya y al cual viene a vivir humanamente, porque como Creador providente del mismo ya habita en él desde siempre.

¿Qué podemos decir acerca de esta creación en el Hijo para iluminar aún mejor la función propia de María en su maternidad? ¿No podría sugerirse, sin incurrir en un excesivo anacronismo, que el Padre es el «arquitecto», y el Hijo el «contratista», por emplear los términos que podemos leer en los carteles de las obras de nuestras ciudades?

¿Es el Hijo el ejecutor concreto de la voluntad de amor del Padre invisible? Pero entonces, ¿dónde está la obra propia del Espíritu? Desde Ireneo de Lyon, los Padres han insistido en atribuirle una actividad armonizadora y estética. Lo que con ello desean subrayar, indudablemente, no es que no sepan demasiado bien qué decir acerca de la obra propia de la tercera Persona, ni que le atribuyan una labor superficial de simple «acabado», sino que el Hijo y el Espíritu juntos, como comunidad de Personas reveladoras, trabajan sin cesar y en plena armonía, no en beneficio propio, sino al objeto de dar a conocer a Dios como Padre que crea por amor y para bien del hombre.

Con toda razón, por lo tanto, puede llamarse al Hijo «creador», no en el sentido de que a él se deba propiamente la concepción origi-

nal del mundo, sino en el sentido de que toda obra buena, armoniosa y bella se realiza concretamente «en él»; que él es su Imagen de referencia. Y aun cuando exista una diferencia infinita entre el nacimiento eterno del Verbo en el seno del Padre y la venida temporal al «ser» de cualquier existencia creada, es preciso hacer ver inmediatamente, en orden al equilibrio de la fe, la profunda connivencia existente entre el misterio filial eterno y la existencia de la criatura.

Existe lo que podríamos llamar una «estructura filial de lo creado». Karl Rahner insistía mucho en este punto al reflexionar sobre el hombre, y conviene que le escuchemos. En cuanto criatura, hay en todo hombre, mucho antes de su posible consagración bautismal, una profunda capacidad de ser hijo. Es la consecuencia de la certeza de fe de que «todo ha sido creado en el Hijo».

Lo cual quiere decir que la creación jamás carece de finalidad, que no es «capricho de Dios», sino que en su misma realidad conlleva una vocación, un destino, un proyecto. Decir que la creación es «en el Hijo» significa, por tanto, recalcar de entrada su sentido. No olvidemos, pues, que María es, muy concretamente, Madre-del-Hijo, no Madre-de-Dios de una manera impersonal. Su vocación personal, su tarea, se halla, por lo tanto, en profunda armonía con una creación que tiene una finalidad y que se encamina «hacia el Padre en el Hijo». La criatura María es Madre del Hijo, en quien todo ha sido creado. Ella es la confluencia querida por el Padre, la mediación deseada por Dios, entre el Misterio inaccesible y cualesquiera realidades del mundo. Y María se hace Madre del Hijo para que se desvele y se realice la mencionada capacidad del hombre de ser hijo. No basta, por lo tanto, con decir que una criatura se hace Madre de Dios para que todos tengamos acceso a la vida divina. Hay que hablar con mayor precisión y afirmar que esa mujer se hace Madre del Hijo para que todos seamos hijos.

B. María se convierte en Madre de su Hijo creador en orden a la nueva creación.

El Emmanuel suscita el mundo nuevo

La maternidad de María se sitúa entre la antigua y la nueva creación y, consiguientemente, sólo puede comprenderse sobre el amplio horizonte de la segunda de tales creaciones. María va a dar a luz al Hijo creador para que éste, convertido en «Emmanuel», suscite la nueva creación, que es la única que ha de desvelar toda la belleza del

misterio de los orígenes. El hecho de que María dé a luz a su creador es, por tanto, una realidad que pertenece al orden de los «medios»: *para que* el Hijo hecho hombre pueda realizar el fin último de la obra creadora, que no es sino la Alianza plena de la humanidad con Dios y en Dios.

¿En qué consiste, pues, esta nueva creación? Consiste en la realización de la Alianza mediante la habitación de Dios en medio de los hombres y la inclusión de los hombres en Dios. Y en este sentido, la maternidad de María es modelo de la presencia de Dios en el corazón del creyente cuando éste acepta libremente la situación de Alianza.

- Por supuesto que no se trata más que de una analogía, porque el Hijo no va a habitar en el creyente de la misma manera que habita en María. Nosotros no reproducimos literalmente la experiencia única de María.
- Pero se trata de una analogía plenamente legítima. María es habitada por su Dios, y ese Dios que la habita no la arroja fuera de sí misma. Al contrario, se convierte en su más íntimo secreto. Es exactamente lo mismo que sucede en la experiencia espiritual de la gracia: «Ya no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí» *(Gal 2,20).*

Los místicos, cada cual a su manera, han intentado expresar la experiencia que ellos tienen de esta estremecedora Presencia. Y se trata siempre de una experiencia de la Presencia de Cristo que les arranca de sí mismos y les pone en manos del Padre; una experiencia de que ellos mismos se convierten en hijos en el Espíritu.

El teólogo puede cuestionar en ocasiones tal o cual formulación, como es el caso de la expresión «una humanidad más» de la oración de Isabel de la Trinidad, porque nosotros no somos «sumandos» con Cristo. Pero el teólogo no tiene derecho alguno a poner en duda la exactitud de la intuición espiritual:

> *«...que él se haga en mí* (y observemos que dice: *'bajo la acción del Espíritu') como una nueva Encarnación del Verbo. Que yo sea para él una humanidad más en la que renueve él todo su misterio».*

Es en este sentido en el que existe una analogía entre la maternidad de María y la inhabitación de la gracia: *«¡Oh Jesús, que vives en María, ven y vive en tus siervos!»*

Pero de todos los pensadores cristianos, es Pablo el que mejor puede iluminarnos acerca de esta nueva creación en Cristo: «Lo viejo ha pasado; mirad, existe algo nuevo» *(2 Cor 5,17).*

Esta realidad nueva es el propio Cristo, el Hijo hecho hombre, que va progresivamente sintetizando y recapitulando en sí a la humanidad nueva y, más allá de ésta, el propio cosmos, que «ansía su liberación» *(Rom 8,22)*, con el fin de presentarlo todo al Padre, sometiéndose incluso él mismo, «para que Dios (el Padre) sea todo en todos» *(1 Cor 15,28)*.

No se puede presentar el lugar de María, como madre de su creador, fuera del marco de esta creación nueva y definitiva, que será la única que desvele el sentido último de las cosas. La joven de Nazaret no es escogida como Madre del Hijo creador *porque* Dios pretenda arrebatársela al mundo y hacer de ella un ser extraño, lejano de nosotros e inaccesible, sino *para que*, mediante su servicio y su ministerio, se construya al fin el mundo nuevo, Morada del Amor absoluto de Dios.

Cuando Pablo habla de esta creación que «gime y sufre dolores de parto» *(Rom 8,22)*, no está cediendo a una ensoñación, sino afirmando su fe en el poder unificador del misterio pascual y de la venida del Espíritu. Pablo no yuxtapone como sucesivas ambas creaciones; lo que hace es mostrar su unidad, que reside en Cristo. Y es precisamente porque la primera creación es «en Cristo» por lo que puede decirse con toda verdad que lo que se realiza en su Pascua no constituye un hecho episódico ni la enmienda de un error o de un olvido, sino una verdadera creación querida desde toda la eternidad. Sin anular la primera creación, lo que sí hace es revelarla, a la vez que la consuma. Es de Cristo recapitulador de quien María es Madre.

C. María es, pues, la Madre de un Hijo que es Dios.

Madre de Dios

Subrayemos brevemente, pues, la importancia de este título de Madre-de-Dios, «Theotokos». Tal vez estemos en mejores condiciones que nuetros antepasados para apreciar en toda su importancia lo que se ventilaba en el concilio de Efeso, que en el año 431, bajo la autoritaria dirección del patriarca Cirilo de Alejandría, incluyó de manera irreversible esta palabra en el vocabulario de la confesión de fe.

No se trata ahora de rehabilitar a Nestorio y hacer de él, pura y simplemente, el héroe de una «tragedia» de la que él habría sido la única e inocente víctima. Indudablemente, Nestorio era un hombre bastante duro y muy poco abierto, y hay expresiones suyas que siguen siendo inaceptables para un creyente. Pero también hemos de

reconocer la santa manera en que vivió sus últimos años en el exilio, así como la sincera alegría que experimentó con ocasión del *acta de unión* del año 433. Y aun prestando sincero homenaje a la categoría teológica de Cirilo y al servicio que supo prestar a la salvaguarda de la fe, podemos perfectamente lamentar que el enfrentamiento entre aquellos dos hombres adoleciera, por un lado y por otro, de una enorme falta de caridad.

Parece, pues, que para mantener el necesario equilibrio en la denominación de María como Madre de Dios, es preciso establecer debidamente dos afirmaciones:

Madre de Cristo

1. Es justamente siendo Madre-de-Cristo como María es Madre-de-Dios. Así lo proclamaba Nestorio, cosa que Cirilo, con su sentido teológico, no habría podido negar. La criatura María es llamada a traer al mundo al Hijo, que, desde este modo, se hace hombre. Pero ese Hijo se hace hombre con una misión, una vocación y una tarea: «El salvará a su pueblo de sus pecados». Y en el acto de la elección de María y de su libre respuesta, el Hijo se hace Cristo, recapitulador de los hombres y del cosmos, para llevarlo todo al Padre.

Madre del Hijo de Dios

2. Al decir que María es Madre de Dios no hay que olvidar que lo que más concretamente se hace es Madre-del-Hijo-de-Dios. Hablando de nuestro Dios, debemos evitar a toda costa el impersonalismo. María trae al mundo a un hijo que es Dios, y quien resulta ser su hijo en el orden de la naturaleza humana ya es, en el ámbito del misterio trinitario, el Hijo. María no da a luz a una cualquiera de las Personas divinas, sino precisamente a la Persona del Hijo. Y en la misma medida en que debemos alegrarnos de poder invocar a una criatura hermana nuestra con el increíble título de «Madre de Dios», en esa misma medida hemos de tener el valor de ir aún más lejos en nuestra confesión de fe. Debemos ser capaces de ver la «conveniencia» de que sea precisamente el Hijo eterno el que se hace hijo de María.

Por supuesto que es «uno de la Trinidad», pero, más exactamente, es el Hijo de Dios quien pone su tienda entre los hombres con el fin de que éstos hagan realidad su vocación eterna y lleguen a ser «hijos en el Hijo». Se ha privado de gran parte de su contundencia a la Bue-

na Nueva cuando se ha presentado la inhabitación entre nosotros de la segunda Persona simplemente como si se tratara de la inhabitación de una cualquiera de las Personas del misterio trinitario. De este modo se ha evidenciado una impía pusilanimidad, al resistirse a contemplar la obra divina en todo su concreto y real despliegue. Es precisamente el Hijo el que se hace uno de nosotros, *porque* nosotros hemos sido creados «a imagen del Hijo» y *para que* lleguemos a ser hijos en El. María es la Madre del Hijo que nos hace hijos.

Y si nos preocupa fundamentalmente honrar a María como Madre de los hombres, es precisamente porque la obra de la salvación no se reduce a una divinización impersonal y abstracta, sino que atiende, mucho más exactamente, a una configuración con el Hijo, que será quien nos conduzca ante el Padre en la maravilla del Espíritu. La maternidad de María no se reduce, pues, a hacer presente a Dios entre los hombres, sino que tiene como finalidad y como función hacer posible y real una filiación adoptiva, que es por lo que todo hombre es querido por Dios desde toda la eternidad.

Pero reflexionemos sobre ello con mayor precisión, porque la acción del Espíritu no es anárquica o impersonal, sino que tiene por finalidad restaurar en nosotros la semejanza con el Hijo y, de este modo, y sólo de este modo, hacernos acceder a la intimidad trinitaria.

2. MARIA Y EL ESPIRITU CREADOR DE DIOS

Si dedicábamos el capítulo anterior a la relación que une a María con el Espíritu, no era por capricho ni por un exceso de imprecisión en nuestro plan, sino porque sabemos la importancia que el evangelista Lucas otorga a la acción del Espíritu en la encarnación del Hijo en María:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti,
y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra;
por eso...» (Lc 1,35).

Además, se trata para nosotros de una manera de hacer resaltar el convencimiento de que la fe cristiana no se detiene en Cristo, y de que nuestra inhabitación por el Espíritu constituye el término de la encarnación del Hijo. Lo que procede ahora, consiguientemente, es

examinar la vinculación que de ello resulta entre la tercera Persona como «Espíritu creador» y María, la criatura que da a luz al Hijo hecho hombre, para que mediante él —y mediante ella, por lo tanto— la humanidad entera se haga portadora de Dios.

A. El Espíritu que viene sobre María es el Espíritu de los orígenes que «aletea sobre las aguas y las hace fecundas».

Su acción creadora permite que el mundo exista ante Dios en diferencia absoluta de él y, a la vez, en total dependencia de él. Dependencia que, como ya hemos explicado, no significa detrimento del ser, sino fundamento del valor de ser creado, capaz de «estar en pie» frente al Dios fiel que propone una Alianza.

En el poder del Espíritu creador

María se hace Madre del Hijo en el poder del Espíritu creador. El mismo Espíritu que aletea sobre las aguas para hacerlas fecundas, pero también para que «surja el suelo firme» y preparar la tierra como Morada de los hombres y del «Emmanuel»; el mismo Espíritu que, desde los orígenes, prepara y realiza una primera Alianza. Ese mismo Espíritu viene ahora sobre Maria para hacerla Madre del Hijo en el marco de la Alianza definitiva.

Muchas veces tenemos una concepción demasiado estrecha de la Alianza o, mejor, de las dos Alianzas. El proyecto y la realización concreta de la Alianza se remonta mucho más allá de Abraham, por muy grande que sea nuestro padre en la fe. Ya con Noé, el «arco iris» constituye el sello de una alianza con todos los hombres. Y habrá que remontarse aún más atrás, hasta llegar a Adán, el padre común. Ireneo de Lyon habla de él con enorme ternura, porque fue él quien selló una alianza primordial con el Verbo, salido a su encuentro en las alamedas del Paraíso para «acostumbrarse» a vivir con los hombres y para acostumbrar a éstos a su dulce compañía.

El Espíritu creador es ya el Espíritu de la Alianza, y es siempre guiado por «intereses de alianza» como interviene en el mundo creado, dotándolo de belleza para hacerle digno de la inhabitación del Verbo. Y al igual que el mismo Verbo, tampoco el Espíritu actúa en provecho propio, sino que, quedándose misteriosamente a un lado, como consecuencia de su amor infinito, revela al Padre y orienta hacia él nuestra mirada.

De este Espíritu creador y sembrador de Alianza es María colaboradora activa, a la vez que discreta. Nuestros hermanos de la Re-

forma son bastantes proclives a subrayar este rostro «materno» del Espíritu. Temen a veces que nuestra devoción mariana nos vele de algún modo su suavidad y su belleza. Las tareas de ambos son conjuntas, se hallan en perfecta armonía. María no es elegida como Madre del Hijo creador para eclipsar la obra propia del Espíritu ni para ocupar indebidamente el lugar de éste. Lo que le ocurre a María es que el poder del Espíritu de Dios la alcanza en su libertad de mujer, y con su «sí» va a hacer posible una nueva obra del Espíritu creador en favor de la belleza de nuestro mundo y el bien de los hombres.

B. El Espíritu viene sobre María para engendrar el mundo nuevo.

Cooperadora de la Alianza

La acción creadora de Dios constituye una victoria sobre la amenaza de la nada. Se trata de la victoria del poder del Espíritu, que al fin encuentra una tierra para la Alianza proclamada por el Padre. Y evidentemente, esta victoria se despliega en dirección a Jesús, el Hombre Nuevo. Desde el instante de su Encarnación, será este Hombre Nuevo quien, en virtud del Espíritu, habite en María. Antes de nacer, de hablar y de actuar, el Verbo habita en su Madre, a la que renueva en el sentido de los nuevos tiempos.

María, acoge al Espíritu con toda la riqueza humana de su virginidad. Virginidad que, como ya hemos dicho con san Agustín, es, ante todo, espiritual. María presta su total adhesión de fe y responde en el Espíritu a la vivificante propuesta de Dios. A partir de entonces todo es posible, y el Espíritu puede actuar.

Pero el Espíritu no destruye nada, sino que lo dilata todo en dirección a esa nueva y definitiva Alianza que constituye la revelación del sentido y la belleza de cuantas la han precedido, empezando por la alianza inaugural del Paraíso. María, esposa del Espíritu creador, colabora con él a la gestación del mundo nuevo. Y recordemos que colabora a su propio nivel de responsabilidad y de acción, porque ella es criatura y lo sigue siendo. Por lo tanto, existe una distancia infinita entre la acción del Espíritu divino, consustancial al Padre, y la colaboración de una criatura, por pura y santa que sea.

Pero tampoco hemos de resignarnos a decir demasiado poco. Tanto las tradiciones orientales como las católicas han reflexionado abundantemente sobre la cooperación real del hombre con Dios en el orden de la gracia; al menos han reflexionado lo bastante como para

que no podamos decir de María menos que de los restantes seres humanos. Se trata, pues, de una cooperación auténtica. Al igual que el ser espiritual inhabitado por el Espíritu coopera al advenimiento de la salvación en él y para el mundo, así también María, «cubierta por la sombra del Espíritu», actúa con éste en orden al advenimiento del mundo nuevo. Ya lo poníamos de relieve cuando subrayábamos la libertad del «sí» de María. Es realmente este «sí» el que permite la llegada de la plenitud de los tiempos. Y semejante afirmación no menoscaba en absoluto la «suficiencia» de la acción de Dios, sino que hace el honor debido a la realidad de la cooperación de Dios con el hombre. El ser espiritual, a pesar de su fragilidad, es aceptado y querido por Dios como cooperador en su obra de amor.

C. La Virgen es portadora del Espíritu no sólo como Imagen de la creación venidera, sino como realización ya efectiva de esa nueva creación, mediante el ministerio de la Iglesia.

Primera célula de la Iglesia

En la medida en que acepta libremente dejarse habitar por el Espíritu y, de ese modo, cooperar a la obra de Dios, María es la Iglesia. Para poder afirmar esto, hemos de hacernos aún una idea exacta de la Iglesia, sin concederle demasiado ni demasiado poco.

a) La Iglesia no es el Reino ya realizado. No es más que la servidora de ese mundo nuevo en el que, mediante la unión con Cristo, se manifestará plenamente, al fin, la Caridad absoluta del Padre. La Iglesia no tiene, por lo tanto, la misión de predicarse ni de sobrevalorarse a sí misma. El Vaticano II y Pablo VI le recordaron con toda claridad la subsidiariedad de su misión. Oigamos una vez más las palabras del Papa en el discurso de clausura del Concilio, el 7 de diciembre de 1965:

«La Iglesia ha reconocido durante este Concilio que no tiene su fin en sí misma, sino que está al servicio de la humanidad».

Estamos aún muy lejos de haber tomado clara conciencia de la importancia de estas palabras, pronunciadas con la fuerza del Espíritu. Pero es de esa Iglesia de la que María, bajo la dependencia del Espíritu, es Madre. La palabra clave de la existencia de María —«he aquí la esclava del Señor»— constituye el código de acción de esa Iglesia que nace en ella a través del misterio del Cristo-Siervo.

b) Pero la Iglesia tampoco es el andamiaje provisional que debería desaparecer en el momento en que haga su aparición el Reino

definitivo. María es la Novia que prepara sus desposorios mientras espera que el Señor Jesús pueda «presentársela a sí mismo santa e inmaculada» *(Ef 5,27)*. La Esposa no será otra mujer totalmente distinta de la Novia, si bien su estatuto existencial será diferente. Hay una especie de doble envoltorio portador de vida que está pidiendo desplegarse bajo el poder del Espíritu: la Iglesia se halla como envuelta y enclaustrada en el personaje de María desde que ésta pronunció libremente su «sí», dejándose investir por el poder vivificante del Espíritu. Pero la Iglesia, a su vez, contiene en sí, como envuelta, la realidad dinámica y desconcertante del Reino.

María, la Madre inundada del poder del Espíritu, es la primera célula, apenas visible, de esa Iglesia, desconocida por sí misma y que no puede sino ignorar sus propios límites. De esa Iglesia que parte valientemente en misión con las primeras luces del alba y que sabe, en la fe, que, gracias a la acción del mismo Espíritu, se está inaugurando el mundo nuevo. María es la célula-madre del mundo de los últimos tiempos. Debería poder decirse de María lo mismo que se canta de María:

> *«Dichosa tú, que has creído que se cumplirán las palabras que te han sido dichas de parte del Señor»* (Lc 1,45).

3. MARIA EN SU RELACION CON EL PADRE

Siempre que se trata de abordar el misterio del Padre, sucede que la teología trinitaria se vuelve torpe y balbuciente. Y es bueno que así sea, porque el Hijo y el Espíritu son las dos Personas reveladoras, y ambas trabajan al servicio del conocimiento del Amor primigenio del Padre, el cual no puede dejar de ser el Misterio insondable. Y no porque el Padre, celosamente, desee ocultarse y mantenerse al margen de su obra, sino porque la última palabra de Dios no es accesible a nuestras inteligencias de hombres. La Fuente siempre tiene una faceta oculta que los meandros del río y la fuerza de la corriente no consiguen desvelar plenamente. Los Padres orientales eran muy aficionados a este simbolismo del Padre-Fuente, el Hijo-río y el Espíritu-corriente de agua viva.

Vamos a ser más breves, por tanto, al hablar de esta relación de María con el Padre. Sin embargo, parece necesario establecer dos afirmaciones con las que abrir sendos caminos de reflexión.

A. María es la hija del Padre creador.

Hija del Padre

Hay una verdadera analogía entre su propia filiación de criatura y la eterna relación filial de la segunda Persona con el Padre. Del mismo modo que el Hijo es el «maestro de obras« amorosamente sometido al Padre, así también, y con mayor motivo, María recibe la tarea de dar a luz al Hijo creador únicamente en la coherencia del designio de amor del Padre y en orden a la revelación de dicho amor. Evidentemente, se trata de servicio y de ministerio. El Hijo es eternamente servidor del Padre, pero no en una penosa sumisión, sino en un amor absoluto y totalmente desposeído de sí. Y en lo que se refiere a María, también hay que hablar de servicio y de ministerio. Su maternidad está al servicio de la realización del designio de amor, cuyo origen está en el Padre. De nada sirve, por tanto, insistir en el carácter de privilegio de la maternidad divina si al mismo tiempo no se pone de relieve cómo esa maternidad está al servicio del designio de amor del Padre.

B. María da a luz al Hijo en privilegiada comunión con el amor del Padre.

También ella dice: «Tú eres mi Hijo»

María es la única de las criaturas que puede decirle al Hijo lo mismo que le dice el Padre: «Tú eres mi hijo». El Hijo del Padre se hace Hijo de María. Por supuesto que la similitud entre ambas formas de emplear la palabra «hijo» es únicamente analógica. En el primer caso, cuando se trata de la afiliación eterna, aun afirmando que la palabra no carece de significación, nos reconocemos incapaces de explicar lo que quiere decir exactamente la palabra «hijo» cuando se aplica a la «filiación» divina. Por el contrario, cuando se trata de la filiación del Verbo con relación a María, hablamos de filiación en sentido estricto. María es verdaderamente Madre de aquel a quien puede decir: «Te he dado la vida, y eres mi hijo, aunque seas mi creador».

Así pues, María participa de un modo misterioso, pero real, en el primer quehacer trinitario, en ese amor «fontal» que va del Padre al

Hijo y que, procedente del Padre, «salta» desde el Hijo a todas las criaturas. Mientras todas las demás criaturas espirituales son llamadas por gracia a participar, en el Espíritu, en el otro movimiento trinitario (en el amor maravillado del Hijo que «se recibe» del Padre), María —que, como criatura, participa igualmente en dicho movimiento— también penetra en aquel primer movimiento de amor: el movimiento primordial de la Caridad trinitaria. Aunque no estemos en condiciones de deducir exactamente lo que esta participación supone para la propia María, y aun cuando en este asunto debamos ser muy cautos, hemos de comprender que la afirmación creyente de María como Madre de Dios y la certeza de la unidad de Cristo nos invitan a hacer tal afirmación, la cual no es ninguna especulación teórica, sino que es fuente de oración. Contemplemos a María, mejor integrada que cualquier otra criatura en la Caridad trinitaria, y orémosle confiadamente como a aquella de nosotros que ha logrado una más perfecta unión con la hoguera ardiente de la Caridad de nuestro Dios.

III

UNA MUJER EN NUESTRA HISTORIA

10
Cristo y María

Nos planteamos dos problemas en este capítulo:

1.º: Cómo se encuentra Cristo con María, criatura, aunque sin pecado alguno, para conducirla a la perfecta aceptación de Dios. Madre en toda la plenitud de su femineidad, volcada hacia Dios y entregada a los hombres.

2.º: Cómo asume María su encuentro con Cristo. Y con qué honestidad desempeña su papel de educadora junto a Jesús. Educadora de la libertad espiritual de éste, como lo será de la nuestra.

Es en este contexto en el que es menester hablar de José y de su misión educadora con respecto a Jesús y a la Iglesia.

Abordamos ahora la historia concreta de María en medio de los hombres para hacer realidad su doble y, a la vez, única vocación. Y aunque ya hemos hecho una serie de reflexiones acerca de la relación de María con las tres Personas del misterio trinitario, es importante que veamos ahora la relación de María con Cristo, porque, de hecho, se trata de la relación privilegiada del Verbo hecho hombre con una de sus criaturas.

Aun cuando María sea única como Madre de Dios, no por ello deja de ser una criatura que se encuentra con el misterio divino. Y la manera que ella tiene de vivir ese encuentro resulta de un valor inestimable para nosotros, a quienes, por una parte, Dios habla mediante signos, y que, por otra, nos esforzamos en vivir de la manera menos mala posible la inhabitación de Dios en nosotros. Ya hemos reflexionado, en anteriores capítulos, acerca de tal o cual aspecto de dicho encuentro: hemos hablado, por ejemplo, de la Fe de María y de su encuentro con el misterio trinitario. Pero queremos intentar ahora llegar a una pequeña síntesis, antes de contemplar determinados momentos concretos de la vida de María entre los hombres.

Resulta instructivo estudiar esta relación de María con Cristo en su doble sentido:

1. Cómo encuentra el Verbo a María. La encuentra como criatura, es decir, marcada por la irreductible diferencia que existe siempre entre el creador y su criatura, por muy santa que ésta pueda ser. Pero hay que tener también en cuenta el carácter único de esta relación, en la medida en que la Virgen María es la única criatura a la que Cristo no tiene que asumir para colmarla de la misericordia del Padre y, de ese modo, perdonarle sus pecados. Cristo puede unirse a ella en una perfecta comunión de inocencia; y es preciso que consideremos, a la vez,

- cómo este misterio nos resulta impenetrable e inaccesible; cómo debemos respetarlo, porque nos supera y porque no tenemos de él ninguna experiencia personal;
- y cómo, sin embargo, sirve para iluminar nuestra propia relación de pecadores con Cristo, en la medida en que sepamos contemplar en María lo que Dios quiere y puede hacer cuando no se le ponen obstáculos.

María, educadora de Jesús

2. Estudiaremos también cómo asume la Virgen María su encuentro personal con el Verbo de Dios. María educa a aquel que se hace para ella «dócil y educable», como lo ha sido siempre para el Padre. Es importante darle su debido lugar a esta función educadora de María para con Jesús. María asume todos los componentes del misterio maternal en su dimensión educadora. No se trataba únicamente de que diera a luz al Verbo de Dios, sino de que, además, lo guiara pacientemente hasta alcanzar su plena estatura humana. El Verbo de Dios se hace hombre, no sólo niño. Y es una humanidad plenamente desarrollada y culturalmente apta la que se convierte en el tabernáculo del Verbo de Dios.

Y la educación forma parte de esa realización cultural del hombre, que es lo que permite la existencia del hombre integral. Y al decir «hombre integral», no estamos soñando en una imagen teórica y nunca realizada del hombre, sino que estamos hablando de lo que concretamente puede realizarse en un medio cultural determinado, sin especiales intervenciones providenciales. Estamos convencidos, en la fe, de que el hombre Jesús posee todo cuanto le es humanamente indispensable para realizar su vocación de Salvador. A María le incumbe —¡y también a JOSE!— cumplir una real misión educadora respecto de ese Verbo de Dios que va haciéndose hombre. La educabilidad del Verbo de Dios por su familia humana no es una ensoñación piadosa, sino un condicionamiento muy concreto de la verdad de la Encarnación.

Podemos, pues, admirar a la vez

- la sinceridad con la que el Verbo se hace hombre
- y la seriedad con que María asume su tarea educadora.

En uno y otro caso se trata de la contemplación de las armoniosas relaciones entre la naturaleza y la gracia. Para nosotros, esta armonía se realiza siempre mejor o peor, y mucha veces peor que me-

jor. En el caso de María, observamos la respetuosa manera en que Dios puede tener en cuenta la acción de su criatura, sin dejar de llevar a cabo su propia acción salvífica.

Al decir esto, la teología mariana cumple una importante parte de su tarea, porque ilumina desde arriba nuestra propia relación de gracia con Cristo en el Espíritu, revelando con ello su utilidad para la reflexión espiritual y para la vida eclesial. Con tal de que mantenga debidamente todos sus lazos con el misterio de la Alianza, la teología mariana desempeña su papel de teología de referencia, verdaderamente inestimable a la hora de iluminar numerosos aspectos de la confesión de fe.

1. CRISTO SE ENCUENTRA CON MARIA

Este encuentro entre el Verbo y una criatura tiene algo de verdaderamente único, en la medida en que el Verbo no asume en su Madre pecado alguno y, consiguientemente, no tiene que adoptar respecto de ella una actitud redentora. Sabemos perfectamente que nos hallamos ante el único caso concreto de semejante encuentro. El Cordero de Dios no viene a «llevar y quitar» el pecado de su Madre. Y aunque no podamos decir gran cosa acerca de este encuentro entre Dios y una criatura sin pecado, porque el relato evangélico no da pie para ello, sin embargo, abre ante nosotros algunas pistas de reflexión.

El hombre, «capaz de Dios»

Ni en el caso de María ni en el de los demás santos hay el menor rastro de una especie de divinización mágica que no respetaría los normales procesos del crecimiento espiritual. El abismo entre el Creador y la criatura sigue existiendo, y la palabra «divinización» ha de ser usada, por lo tanto, con enorme prudencia. «Excepto la identidad de naturaleza», nos dirán con insistencia Máximo el Confesor y todos los Padres orientales. Si tuviéramos la tentación de creer que es únicamente el pecado el que impide que la vida humana se vea invadida por la Presencia de Dios, fácilmente comprobaríamos que no se trata de eso en absoluto. Dios no tiene el proyecto de «invadir», sino de «habitar».

Por supuesto que el pecado personal hace más difícil esta inhabitación de Dios en el hombre; pero incluso en el caso del encuentro entre el Hijo de Dios y María, su Madre sin pecado, puede afirmarse que no se violenta la naturaleza. La criatura es respetada, y lo que hace la gracia es perfeccionar la naturaleza, haciéndole dar sus mejores frutos. Y, supuesto que el problema de la relación entre naturaleza y gracia es uno de los más difíciles e importantes de la reflexión teológica, la consideración del caso de María se revela como especialmente valiosa.

Incluso es, en algún sentido, más valiosa aún que en el caso del propio Jesús, porque la unión del Verbo y de la naturaleza humana de Jesús plantea un cierto número de problemas específicos que no pueden ser fácilmente traspuestos al estudio de la unión entre naturaleza y gracia. Es verdad que también los problemas marianos son específicos, pero, aun así, María sigue siendo «una de nosotros», por lo que su caso nos resulta más cercano. Gracias a ella se nos muestra claramente que, cuando Dios desea hacerse el «Emmanuel», no pretende en modo alguno violentar al ser humano, a quien respeta profundamente, sino que se ofrece a él con un amor que llega increíblemente lejor y que revela las aptitudes que el ser creado tiene para lo sobrenatural. Durante largos años, y con enorme entusiasmo, el cardenal Henri de Lubac ha llevado a cabo la inmensa tarea de mostrar cómo eso de la «naturaleza pura» no pasa de ser una especulación académica, y cómo no es necesario, en modo alguno, asimilar el contenido de dos términos como «sobrenatural» y «sobreañadido». Mucho antes de que el Vaticano II dijera que «la vocación última del hombre es única, a saber, la vocación divina» *(Gaudium et Spes,* 22,5), ya lo había dicho él, añadiendo que ello no equivale en absoluto a restringir la libertad que Dios tiene de darse. El ejemplo de María es sumamente ilustrador al respecto: María no opone ningún obstáculo a la gracia, sino que se deja realmente conducir y, sin embargo, Dios la respeta al máximo y apela a su libertad para realizar, en ella y mediante ella, su obra.

Gracias a María se nos manifiesta, aún más que en los restantes santos, hasta qué punto es el hombre «apto para lo divino». Gracias a ella comprendemos cuán conveniente es escuchar a Tomás de Aquino cuando nos dice que el hombre es «capaz de Dios», sin que por ello deje de estar a salvo la absoluta libertad de Dios para dársenos. Teología derivada la teología mariana, sí, debido a su absoluta dependencia de Cristo y su misterio de salvación; pero teología también

de referencia, porque permite al teólogo aclarar muchos otros problemas en el universo de la fe. Y por ello, teología importante, y de cuya falta se resentiría gravemente la Iglesia si renunciara a proseguir su elaboración con los recursos propios de cada época.

El camino de la fe

Para ceñirnos al caso concreto de María, ¿podemos decir algo de su perfecta armonía con la acción de Dios? Naturalmente que cuanto digamos no debe excluir ni la fe de María ni su progreso en la misma fe, aun cuando nos resulte imposible, a partir de los meros relatos evangélicos, determinar las etapas de ese «progreso». Pero no tiene nada de irrespetuoso el pensar que María, que ya había dado un «sí» incondicional a la propuesta de alianza el día de la Anunciación, haya tenido que dar nuevos pasos en la fe, desde Belén al Cenáculo, pasando por Caná y el Calvario. Afirmar que este progreso en la fe es imposible, debido a la plenitud de gracia, sería deshumanizar a María y privarla de esos momentos en que los humanos tomamos conciencia más clara de la llamada de Dios y que constituyen una de las satisfacciones de nuestra vida de fe. Y significaría privarla también del gozo de corroborar de nuevo, y cada vez de manera más decidida, su asentimiento a la voluntad del Señor.

La comunión con Dios debe expresarse mediante un perfecto desarrollo de lo humano en su consistencia propia; en el caso de María se trataría de los valores de su femineidad, su ternura, su armonioso equilibrio entre persona y comunidad, entre oración y vida fraterna, etc. La iconografía mariana nos presenta casi siempre a María en actitud de oración en el momento de la visita del ángel. Con ello se intenta subrayar la fundamental actitud de acogida respecto de la voluntad de Dios. Pero la sensibilidad moderna subraya preferentemente, tanto en María como en Cristo, los valores de la preocupación por los demás y la vida de caridad. Convendría buscar el equilibrio entre ambos componentes de la vida teologal: la atención a Dios por sí mismo y la atención a los hermanos, imagen de Dios. Si tal o cual santo puede destacar por su carisma de oración o por su propensión a una vida de dedicación a los demás, tratándose de María, que representa de algún modo la perfección de la vida cristiana, sería un error valorar exclusivamente cualquiera de los dos aspectos.

2. MARIA ASUME SU ENCUENTRO CON CRISTO

Y lo hace en el sentido de la vocación materna, desempeñando su papel formador y educador con respecto a Jesús. Cuando se habla de María, no hay que olvidar algo que constituye un dato fundamental de la experiencia humana: que el hijo del hombre es la criatura más lentamente «educable» de todos los seres vivos, y que la función materna dista mucho de reducirse al hecho puntual de traerlo al mundo. Decir que María es Madre de Cristo no puede circunscribirse al hecho de su alumbramiento. Respetar al hombre en Jesús y respetar la acción de la gracia en su Madre significa tomar en serio la educación de Jesús por María y la importancia de la función educadora de ésta para el pleno desarrollo de su Hijo.

El camino de la fe de Jesús

Reconozco que, en este punto, hago una opción teológica con respecto a la fe de Jesús hasta su plena realización en la mañana de Pascua. Sé que no puede tratarse más que de una opción; pero tengo para mí que se trata de una opción legítima. Por una parte, no puede decirse que olvide la divinidad de Jesús y, por otra, es sumamente respetuosa de la consustancialidad del Hijo encarnado con el Padre. En modo alguno pretende poner en cuestión el equilibrio del Misterio: no se trata en absoluto de hacer de Jesús alguien «tan humano que acabaría siendo Dios». El hombre Jesús es plenamente Dios desde el primer instante de la unión; pero esta divinidad es vivida en el corazón mismo de una auténtica humanidad, «consustancial a la nuestra en todo, salvo en el pecado». Y no acierto a ver cómo esa consustancialidad con nosotros podría vivirse sin un progreso y una andadura en la toma de conciencia y en la adhesión de fe.

En el marco de esta opción legítima, insistiremos en la tarea educadora de María en relación a su Hijo: educación de la libertad espiritual de Jesús, de su vida de fe y de su oración, de su relación filial con el Padre, en la medida en que tal relación eterna es vivida por un hombre. La presencia del Verbo en Jesús no puede ir en detrimento de su equilibrio de hombre ni suprimir su proceso humano de relación con Dios; y María desempeña su papel educador en la maduración humana de tal proceso. Significa ciertamente concederle una

gran importancia a María el reconocerle el lugar que ocupa en la educación de la fe y la oración de Jesús. Y, por otra parte, tampoco hay que alejar a JOSE de esta tarea, con sus cosas hermosas y su riesgos, aun cuando su vocación propia sea en parte diferente.

También hay que decir que la tarea educadora no se vive en una única dirección, sino que llega muy pronto el momento en que la presencia y la acción del niño repercute en sus padres, modelándolos y transformándolos. Si esto puede afirmarse de toda educación humana, ¡con cuánta mayor razón habrá que afirmarlo tratándose de la relación de Jesús con su Madre! Sin caer en sentimentalismos de mal gusto, podemos contemplar esa fase de su vida en que la santa María, tras haber guiado debidamente por el camino de la fe y de la oración a Aquel que el Padre le había confiado, se deja enseñar por quien, en definitiva, es el único Santo.

El camino de nuestra fe

María, por lo tanto, se halla en inmejorables condiciones para seguir desempeñando con cada uno de nosotros esta tarea educadora. Y en el marco de nuestro proyecto global, que pretende mostrar cómo el título de «Madre de Dios» se dilata y perfecciona en el de «Madre de los hombres», concederemos una gran importancia a este otro título de «Educadora de los creyentes». Indudablemente, la piedad cristiana sigue ignorando en exceso este componente de la acción eclesial de María, precisamente por aferrarse demasiado exclusivamente a su título de «Madre de Dios». Madre de los hombres y Madre de la Iglesia, María es la educadora solícita de cada creyente: «hasta ver a Cristo formado en vosotros» *(Gal 4,19)*. Esta solicitud maternal que observamos en Pablo con respecto a sus convertidos y a sus comunidades y que le mueve a velar celosamente por su crecimiento en Cristo, es —y de un modo todavía mucho más intenso— la actividad *actual* de María. La educadora de la fe y la oración de Cristo es realmente la educadora de nuestra vida de fe en Cristo. Para ella se trata siempre de la misma tarea al servicio del Padre: propiciar el advenimiento de Cristo como encuentro perfectamente realizado de Dios con el hombre. Es en este Espíritu como debemos orar a María.

¿Y si hablamos de José?

Ha llegado el momento de hacer una breve reflexión a propósito de José. Reflexión que, naturalmente, tiene su lugar propio en un trabajo de teología mariana. Y podemos replantear, a propósito de José, algunas de las cuestiones que hemos evocado al hablar de María y de su relación con Cristo.

Ciertamente, José no gozó del privilegio de la plenitud de gracia, y su santidad, por muy grande que sea, es la santidad de un pecador perdonado. Su relación con Cristo, por lo tanto, no puede ser definida exactamente de la misma manera que la de María. Como en todos los santos, también en él se da el misterio del pecado personal, del rechazo más o menos dedidido del proyecto de Alianza; rechazo que supone un lastre en la marcha del hombre pecador hacia Dios. En José, como en los demás, esta marcha debe adoptar el aspecto de un humilde retorno, de un volver a empezar, tras el reconocimiento de la falta. En María, por el contrario, como ya hemos dicho, no se da sino esa su afortunada «camaradería» con Cristo en el camino de la Alianza y de los mandamientos. Pero, aunque este hecho matice de manera diferente la relación de José con Cristo, ello no impide que también a él le incumba una tarea educadora para con Cristo y su Iglesia.

1. Tarea educadora para con el Verbo hecho hombre.

También José acoge al Verbo en el momento de la Encarnación; también él lo recibe. También él le toma de la mano para hacerle entrar en una comunidad humana que tiene su genealogía. El P. Xavier Léon-Dufour ha mostrado perfectamente, en sus «Estudios sobre el Evangelio», que así es como hay que entender los sentimientos de José en el momento de su propia «anunciación», que es relatada por Mateo. No puede tratarse, por su parte, de un deseo de despedir de su lado a María como sospecha de mala conducta, sino de una voluntad de «no sobresalir por encima de Dios» ni dar la impresión de querer ocupar en la historia de la salvación un lugar desproporcionado. El mensaje del ángel introduce a José, sin forzar las cosas en lo más mínimo, en su tarea humana y educadora. En adelante, el justo José asume la carga que Dios le confía. Y es, en parte, gracias a él como es acogido Jesús en el seno de la comunidad humana, de la misma manera que, doce años más tarde, tomará a Jesús por la mano y le hará entrar en el «atrio de los hombres», adonde la propia María, como mujer que era, no tenía acceso, y sólo él podía introducirlo.

2. Tarea educadora para con la Iglesia, Cuerpo de Cristo.

Indudablemente, no hay que atribuirle en este punto una importancia desmesurada; pero lo cierto es que el magisterio de la Iglesia ha insistido en ello en diversas ocasiones a lo largo de este siglo. Lo cual es otra manera de expresar la profunda unión existente entre María y José. Y es, sobre todo, una manera de formular la continuidad que se da entre el misterio de Cristo y el de la Iglesia. Y aunque no pueda definirse como una encarnación continuada, sí debe ser presentada como la progresiva edificación del Cuerpo de Cristo. La misión celeste de José para con la Iglesia debe ser definida, pues, como una verdadera misión en orden al progresivo crecimiento del Cuerpo de Cristo, a fin de que la Buena Nueva de la salvación se realice en plenitud.

11

María en el misterio de Navidad

El misterio de Navidad es el misterio de una manifestación, de una epifanía.

Lo que se manifiesta es que esta mujer es realmente la Madre del «Emmanuel». Y, en la discreción del pesebre, María «celebra» este misterio. Pero ella es, justamente, la Madre del Unico, del Hermano Mayor, de Aquel que, desde el principio, tiene la vocación de recapitular en sí a la humanidad salvada. El nacimiento de Jesús anuncia nuestro bautismo.

Y si María permanece virgen tras este alumbramiento, es para preparar y realizar su vocación de Madre de los hombres. Siempre virgen, por ser siempre Madre.

Ante todo, debemos hacer tres observaciones:

1. Pretendemos ofrecer una obra de reflexión teológica. Por eso no hemos de detallar cada uno de los «misterios» de la vida terrena de María, sino que, más bien, queremos preguntarnos acerca de las cuestiones teológicas que afloran por debajo de tales «misterios» como rocas difíciles de descubrir al ras del paisaje, pero sin cuyo conocimiento no sería posible hacer una descripción exacta y rigurosa.

2. Ello no quiere decir, sin embargo, que la consideración de los «misterios» de la vida de María carezca de importancia para la reflexión teológica. El P. Christian Duquoc lo ha mostrado perfectamente en su «Cristología» al hacer ver cómo la reflexión dogmática y la consideración de tal aspecto de la vida de Cristo se iluminan recíprocamente.

3. Por lo que respecta al misterio de Navidad, al que consideramos útil dedicar un capítulo, pretendemos considerarlo en relación con la totalidad de la vocación de María y con su misión de Madre de los hombres.

María, manifestada como Madre del «Emmanuel

La noche de Navidad constituye el momento privilegiado de la manifestación de María como Madre de Dios, es decir, del fundamento de su vocación y su tarea. Si en la Anunciación y en la Visitación aparece María, sobre todo, como la Creyente, como la que confía en el Señor y le permite realizar su obra de salvación; en la noche de Belén se manifiesta que, en virtud de esa fe, María se ha convertido en la Madre del «Emmanuel». Y hay que hablar de «manifestación», evidentemente, y no de «nueva realidad», porque es a partir del «sí» de la Anunciación cuando María se hace Madre. (El empeño de

las Iglesias en defender la vida del no-nacido se apoya, en parte, en esta certeza de que el hijo que María lleva en su seno es el mismo Hijo de Dios desde el instante de su concepción).

Se trata, por tanto, de manifestación, de aparición en el mundo, de salida a plena luz: ahora que este niño ha emitido su primer grito en el mundo de los hombres, la que le ha dado a luz ha quedado manifestada como Madre de Dios. Ella es la que ha traído al mundo al Hijo de Dios.

Pero, leyendo los textos evangélicos, lo que parece a propósito del nacimiento de Cristo y lo que debe intrigarnos teológicamente es la extrema discreción de esta mujer que da a luz al Verbo encarnado. Hay como una inmensa desproporción entre la importancia de lo que acontece y la discreta manera como María vive este misterio que, sin embargo, la sitúa en un lugar privilegiado de la historia de la salvación. Observemos cómo volvemos a encontrar esta desproporción en todo el obrar de la Iglesia, concretamente en su obrar sacramental, y cómo también en esto es María educadora de la Iglesia:

- ¡Qué extraordinaria desproporción entre las escasas gotas de agua derramadas sobre la cabeza de un niño por un ministro pecador, en un templo apenas concurrido por el pueblo cristiano (al que, sin embargo, concierne directamente este gesto), y el misterio de la inclusión del nuevo ser en el Cuerpo de Cristo!
- ¡Y aún más extraordinaria la desproporción que se da en la celebración eucarística, en la que una pequeña comunidad, con tan sólo un poco de pan y de vino, renueva, en medio de su pobre oración, la Pascua del Señor glorioso!

Sin embargo, no se trata totalmente de la misma desproporción. María no es indigna del misterio que está viviendo, del misterio —diría yo— que está «celebrando». Ella está llena de gracia y en absoluta sintonía espiritual con lo que en ella y por ella se está viviendo. Pero, en cualquier caso, es preciso acoger su manera de vivirlo y dejarse instruir por ella.

No es María quien recibe el anuncio evangélico: «Os anuncio una gran alegría para todo el pueblo» *(Lc 2,10)*. Quienes reciben la Buena Nueva son los pastores, esos marginados. Y serán ellos los que «evangelicen» a María y le aclaren, por parte de Dios, lo que ella está viviendo. No es menester, en modo alguno, pensar que María lo sabe todo de antemano o que acoja el mensaje de aquellos pobres hombres con condescendencia, como si no pudiera esperar nada de ellos. Ella

se deja instruir por aquellos indignos mensajeros que Dios le envía, y esta Buena Nueva enriquece su oración.

¿Cómo María, la Madre de Dios, se convierte en el mismo instante en Madre de la Iglesia y de los hombres?

Madre del Unico, del Hermano Mayor

María no se hace Madre de cualquier hombre insignificante, sino de la persona del Unico, de quien está llamado a recapitular en sí a la humanidad. Toda madre es grande ya de por sí, no porque dé a luz a una criatura y perpetúe la raza, como cualquier hembra del reino animal, sino porque propicia la venida al mundo de un nuevo hombre, con una vocación propia. Un nuevo hombre que marcará la historia de la humanidad con unas obras de las que el mundo tiene necesidad o que, desgraciadamente, sólo servirán para obstaculizar su marcha. Lo que constituye la grandeza de la madre es la vocación siempre única del hijo. Pues bien, esto puede afirmarse de modo eminente a propósito de María, y es con relación a la vocación única del Hijo como podemos comprender la misión propia de la Madre.

Todo depende, pues, de la vocación que reconozcamos a Cristo. Si hacemos de él únicamente el «reparador del pecado», entonces la vocación de María es relativamente breve: una vez que ha dado a luz a Aquel que debe salvarnos del pecado, María puede quedar perfectamente en la sombra y, en cierto modo, hasta desaparecer. Tal vez sea éste uno de los puntos débiles de la visión que el protestantismo tiene de María, que a veces se detiene demasiado exclusivamente en su relación humana con el Jesús de la historia. Pero la raíz de semejante estrechez de perspectiva —que, por lo demás, digámoslo claramente, no es exclusiva de determinados hermanos de la Reforma— no es mariológica, sino eclesiológica. Y tenemos motivos para pensar que es en este punto concreto de la eclesiología y de la edificación del Cuerpo de Cristo donde debe hoy inscribirse fundamentalmente el diálogo con nuestros hermanos de la Reforma.

Por el contrario, si se considera la vocación de Jesús en una perspectiva más amplia, como es la de su carácter de Recapitulador de la humanidad salvada, de ser la célula inicial del Cuerpo del Cristo Total, entonces la misión de María, a partir de Belén, adquiere una dimensión totalmente distinta. Entonces María es, efectivamente, la Madre de un hijo, llamado «Jesús, que salvará al pueblo de sus pecados» *(Mt 1,21)*, pero es también, a través de esto, mucho más que es-

to. Es la Madre del Primogénito, y es a causa de esta misión recapituladora por lo que «su nacimiento constituirá una gran alegría para todo el pueblo», es decir, para la incontable multitud del Israel de la fe. Si hemos sido «escogidos en él antes de la creación del mundo» *(Ef 1,4)*, entonces, evidentemente, comenzamos a nacer en él a partir de su propio nacimiento. Por eso la Iglesia, en la noche de Navidad, festeja ya el bautismo de todos sus hijos. Esto ha sabido verlo perfectamente la liturgia católica, que propone la lectura del siguiente pasaje en la «misa de la aurora» del día de Navidad:

> *«Ha aparecido la Bondad de Dios y su Amor al hombre (...) nos ha salvado con el baño del segundo nacimiento y con la renovación del Espíritu Santo»* (Tito 3,4-5).

«¡Reconoce, oh cristiano, tu dignidad!», clamaba el papa León en esa noche santa. Para él no eran separables el nacimiento carnal de nuestro Dios y nuestro nacimiento espiritual en él y gracias a él. El que viene al mundo no nace por nacer, sino para cumplir una misión. Por lo demás, ningún hombre nace por nacer, sino para crecer y desempeñar una tarea. Pero en el caso del Verbo es aún más claro: nace «para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» *(Jn 11,52)* y presentarlos al Padre en la unidad de su Cuerpo, tras haberlos liberado del pecado mediante su ofrenda filial. Lo cual no significa ignorar u olvidar la redención, sino ponerla en su auténtico lugar; y en teología, el orden en que se dicen las cosas es más importante que la fría lista de verdades. Jesús libera a los hombres del pecado, sí, pero agrupándolos en la unidad de su Cuerpo en virtud del poder unificador del Espíritu para presentarlos al Padre como su nuevo y definitivo Hijo único, antes de someterse él mismos «a Aquel que ha sometido a él todas las cosas» *(1 Cor 15,28)*.

Siempre virgen, por ser siempre Madre

La vocación única del Hijo, además, ilumina por sí sola la maternidad de María, su Madre. Ella no puede tener más «hijos según la carne», porque ha sido destinada desde siempre a tenerlos todos; porque desde Belén, y hasta el final de los tiempos, se ha convertido en la Madre de todos los hombres. Habría que estudiar si la afirmación que hacen los Padres de la virginidad de María «después del parto» no se basa más en una velada comprensión de la maternidad eclesial de María que en un menosprecio de la sexualidad. María da a luz en

Belén a Aquel que debe convertirse en «el mayor de muchos hermanos» *(Rom 8,29)*.

Fuere cual fuere la conciencia que en aquel momento haya podido tener María de la infinita amplitud de su maternidad eclesial y humana, la reflexión teológica debe referirla precisamente a ese momento y decir que, al mismo tiempo que a Jesús, ya nos trae a nosotros al mundo. Y es debido a su plena realización futura por lo que el silencioso momento de Belén es tan intenso y tan grande. Aparentemente, lo que ocurre es algo muy sencillo: una mujer da a luz (y no es la primera vez que una mujer tiene que dar a luz en un pesebre). Pero, «sacramentalmente», la realidad de lo que ocurre es inmensa: el que nace es el «Emmanuel», el que ha de recapitular a la humanidad entera en el misterio de su Cuerpo. Y por eso, la que da a luz se convierte automáticamente en Madre de la Iglesia y de los hombres.

Los pastores lamentan en ocasiones que las comunidades cristianas a ellos confiadas sigan festejando la Navidad con una cierta preparación sacramental, mientras que dejan vacías las iglesias en las fiestas de Pascua, sobre todo en nuestras ciudades. En lugar de repetir una y otra vez que la Pascua es una fiesta infinitamente superior a la Navidad, tal vez fuera mejor esforzarse por descubrir y hacer ver el valor sacramental y eclesiológico de este misterio de la Navidad, a lo cual nos invita la liturgia, como ya hemos dicho. Entonces aparecería la maternidad de María en su verdadera dimensión: no sólo como la maternidad de una joven mujer de Nazaret que da humildemente a luz a un pobre niño, sino como la de la Madre universal que propicia el advenimiento a este mundo del Primogénito del mundo nuevo.

12

María y el Reino

«Os aseguro que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los cielos es mayor que él» (Mt 11,11).

Juan Bautista es grande porque acepta la paradoja de la Encarnación y la desconcertante predicación de Jesús. Vive la valentía de la fe frente a la novedad del Reino; pero se encuentra situado con anterioridad a la Pascua, momento fundante del Reino.

María inaugura la pobreza espiritual propia del Reino. Consiente en convertirse en tabernáculo de Aquel que habrá de configurarla con su Pascua de un modo progresivo, hasta llegar al Cenáculo, donde recibirá el Espíritu para su segunda misión.

De este modo, María inaugura la Iglesia.

«Os aseguro que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los cielos es mayor que él» (Mt 11,11).

Hay que tener el valor de darle toda su importancia y toda su radicalidad a esta sentencia del Señor. Prescindiendo ahora de su contexto y de las posibles incidencias concretas con unos discípulos del Bautista, lo cierto es que nos hallamos ante un «logion» integrado en el canon de nuestras Escrituras y, consiguientemente, válido. Válido no sólo para el momento en que fue pronunciado, sino también para toda reflexión creyente sobre las condiciones de acceso al Reino.

Elogio de Juan Bautista

La mencionada frase comienza con un excepcional elogio del Bautista: «entre los nacidos de mujer no lo habido más grande». Toda la experiencia del Antiguo Testamento, toda su formidable granazón en el profetismo, todo ello queda relativizado en comparación con la persona de este hombre del desierto. Y que no se hable de exageración retórica. La comunidad que elabora el texto mateano conoce perfectamente el Antiguo Testamento y su pertinencia con respecto a la «fe nueva», por lo que está en condiciones de medir la enormidad de lo que deja escrito. Y en lo que deja escrito son enjuiciados y postergados, con relación al Bautista, David y todos los profetas, y hasta el propio Moisés.

¿Qué es lo que puede proporcionar a este hombre del desierto tan preeminente lugar? No puede ser otra cosa más que su absoluta y voluntaria autopostergación con respecto a Aquel a quien anuncia y a quien tiene el privilegio de señalar con el dedo:

«He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo y a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia. Es preciso que él crezca y que yo disminuya» (Jn 1,29; 1-27; 3,30).

Lo que confiere al Bautista su extraordinaria grandeza es su sincera aceptación de la Encarnación, con toda la paradoja que encierra. El es el amigo del Esposo, y he aquí que el Esposo se presenta y comienzan las bodas, que se consumarán en el lecho nupcial de la cruz. Y la tensión es extrema, porque el Esposo, al que realmente conviene dar el nombre de «Emmanuel», no se presenta en absoluto de la manera que se esperaba, ni de la manera como podía esperarlo Juan Bautista, indudablemente. Resulta que viene de Nazaret y que no tiene un glorioso origen. Además, su predicación congrega preferentemente a los pobres y a los marginados. Y aunque realiza algunos signos notables (cosa que no es el único en hacer), los realiza casi siempre con discreción, casi se podría decir que con timidez.

¿Es posible que sea él —Aquel a quien se esperaba desde hacía tantos siglos— y que tenga tan poco aspecto de «venir de otra parte»? Esta es la razón por la que el acto de fe de Juan es verdaderamente extremado, rayano en lo imposible. David, Isaías y los demás habían anunciado con fe a Dios y a su Enviado, pero no habían tenido ante sus ojos su rostro de hombre. ¿Habría resistido su fe a la desconcertante humanidad de aquel Rostro? En su fe, y a pesar de las apariencias en contra y de su lamentable fracaso personal, Juan no vacila.

Al contrario: prueba con sus obras lo que dirá el otro Juan, el discípulo: «lo único que consigue la victoria sobre el mundo es nuestra fe» *(1 Jn 5,4).*

El Bautista vive ya aquello sobre lo que el converso Pablo fundará toda su predicación de la novedad del Reino. Juan Bautista es testigo de fe. Lleva a término, junto con María, su pariente, la profundización de fe de toda la antigua alianza. Por eso es por lo que, en la cúspide de dicha alianza, él es el más grande. El más grande de la antigua alianza, incluso en comparación con María. Y atrevámonos a decirlo, porque las palabras del Señor no hacen constar ninguna restricción. Entre los nacidos de mujer, no lo hay mayor que él.

La novedad del Reino

Pero hay que escuchar la sentencia hasta el final:
«...sin embargo, el más pequeño en el Reino de los cielos es mayor que él».

Evidentemente, no se trata de una condena de Juan, sino de una proclamación de la absoluta novedad del Reino. Juan se encuentra justamente en el momento anterior a la cesura de los tiempos. Cumple una misión, y la cumple insuperablemente. Pero aún forma parte de la antigua alianza, pues morirá antes de que tenga lugar la Pascua salvadora, lo cual no obsta para que la Iglesia lo reconozca, con razón, como uno de los más grandes de los suyos. Le ocurre algo parecido a lo que le ocurre a Moisés, que se ve detenido al borde mismo de la tierra prometida. Juan saluda una aurora.

Pero, según Ireneo de Lyon, «al venir Cristo, trae consigo toda novedad». Y la novedad del Reino se inaugura en su Pascua, en esa Paz absoluta que instaura de parte del Padre y que irradia esplendorosamente desde su Corazón traspasado. Y también María forma parte del Reino, de esas «cosas nuevas» instauradas por la Pascua de Cristo y que, de un modo misterioso, anteceden a dicha Pascua, aunque lo reciben todo de ella. La diferencia entre Juan Bautista y María —diferencia que no pone en entredicho a ninguno de los dos— radica en que la cesura de los tiempos no se produce en Belén, sino en el Calvario. Y en el Calvario estará presente María, viviendo su Pascua en comunión con la del Primogénito. María forma verdaderamente parte del mundo nuevo. Se encuentra mucho más cerca todavía que Juan de la cesura de los tiempos, del punto en que se unen la humanidad en búsqueda y la humanidad «acogida». Ella ha vivido las últimas horas de la espera, y por eso es, como ya hemos dicho, la flor más granada de Israel. Ella ve no sólo cómo se levanta la aurora, sino también la incandescencia pascual de la salvación, y es en este sentido en el que ella participa de lleno en la novedad del Reino. Su plenitud de gracia y la pureza resplandeciente de su fe, ya desde la Anunciación en Nazaret, no deben velar la importancia que también para ella tiene la Pascua de su Hijo.

María, pobre de corazón

María ocupa un lugar privilegiado en el Reino, en el sentido de que integra mejor que nadie, a imagen del Hijo, todos los valores fundamentales de dicho Reino. Independientemente de las fechas en que se redactaron los textos, es preciso subrayar la profunda sintonía existente entre el Sermón del Monte y el Magnificat. María integra de un modo particular ese valor fundamental que es la pobreza de corazón, que hace dichosos a los sujetos del Reino. Cuando Jesús pro-

clama: «Dichosos los pobres», está haciendo eco a la respuesta de su Madre en el día de la Anunciación: «He aquí la esclava del Señor».

Esta pobreza de corazón no significa dejación o pasividad, sino compromiso de la voluntad para la acción, en sintonía con la voluntad salvífica de Dios. Pero la pobreza de corazón es, ante todo, reconocimiento de una procedencia, de una anterioridad: es Dios quien desea, antes que nadie, la perfecta realización y la salvación, y es él quien las lleva a término. Ahora bien, Dios no quiere hacer nada sin la adhesión de corazón de los hombres; lo que quiere (y puede hacerlo) es reinar como Señor de los corazones. Y si quiere y puede hacerlo, es porque él mismo vive íntimamente esa pobreza radical que propone. Nosotros, pues, debemos vivir y obrar como pobres, porque existimos a imagen del Dios pobre. La manera que tiene Dios de presentarse, a través de la voz del ángel, como el que viene a habitar en medio de los hombres empequeñeciéndose al extremo de anidar en el seno de la mujer, es la revelación insuperable de dicha pobreza. Si Dios es capaz de hacer a su Hijo tan *minúsculo, tan «perdido» entre* los hombres, es porque él no es el Dios imaginario de majestuoso poder, sino el Dios real de la pobreza y el don.

Y la pobreza espiritual no es ante todo una actitud moral; es más bien dejar que Dios sea lo que verdaderamente es. María de Nazaret entra en contacto con este misterio y lo acepta. No accede al Reino como quien accede a una recompensa, sino que, desde su fe, acepta esta paradójica visión del Dios salvador, a lo cual contribuye en gran medida, ciertamente, su plenitud de gracia, pero también su adhesión personal a la revelación del Dios de los profetas.

Es en Nazaret, por tanto, y como anticipación del misterio pascual y del don del Espíritu, donde se incoa ese nuevo Reino de la gracia, que jamás será abolido o superado. Y no es que lo incoe María en virtud de su personal iniciativa, sino porque su aceptación de ser el tabernáculo del «Emmanuel» propicia efectivamente el amanecer de la salvación. El Espíritu, que desde el primer instante la cubre con su sombra, vendrá sobre todos y cada uno de los ciudadanos del Reino para abrirles al misterio de la pobreza de corazón, que es el misterio mismo de Dios.

El Dios pobre inhabita los corazones pobres. Es aceptado tal como es, y es únicamente así como se revela su gloria.

Ciudadana del Reino

María, consiguientemente, puede ser llamada «ciudadana» del nuevo Reino; y ciudadana «grande» y «dichosa», gracias a su unión sin igual con Cristo, que es el Rey en persona del Reino que anuncia.

Jesús no es investido como Señor y Rey en virtud de una decisión exterior a él y fortuita, sino a causa de «los sentimientos que hubo en él» *(Flp 2,5)*. Se hace Rey por su aceptación humana y libre de la paradójica voluntad del Padre. Si el Padre «ha puesto en sus manos todo juicio» *(Jn 5,22)*, no ha sido por capricho, sino justamente porque él es el que no juzga, «ni apaga la mecha humeante» *(Mt 12,20)*. Evidentemente, no habría que decir que Jesús «merece» su investidura como Rey y Señor gracias a las virtudes de su vida santa. A lo que sí hay que conceder la debida importancia en el advenimiento de la plenitud de los tiempos es a su libertad de hombre, y no habría que hacer de dicha libertad humana una marioneta del Espíritu Santo. Dios no gana nada con la negación o la supresión de la libertad del hombre. Y si ya hay que conceder toda su real importancia al «sí» libre de María que propicia el advenimiento de la plenitud de los tiempos, con mucha más razón es menester integrar la libertad humana de Jesús en el hecho real del advenimiento del Reino. La nueva Alianza nos viene de Dios sin mérito alguno de nuestra parte; pero nos viene gracias a la humanidad de uno de los nuestros, «en todo semejante a nosotros, menos en el pecado».

Y María es integrada en el nuevo Reino en la medida en que acepta ser el tabernáculo de Aquel que la guía y la configura con su Pascua. Por eso no hay que apresurarse a decir que todo se ha ventilado a partir del «sí» de Nazaret y que, en adelante, todo va a desarrollarse de acuerdo con un plan infalible. Enseguida hablaremos de la importancia que tiene la Pascua de María, que ella vive en comunión con la de su Hijo. Y la importancia que tiene también la nueva venida del Espíritu sobre ella, en el Cenáculo, para confiarle una nueva misión, tan importante como la primera.

Dejemos que se conviertan nuestros corazones

Pero no basta, ni para María ni para nosotros, con aceptar; es preciso, además, vivir, día a día, las difíciles y progresivas opciones de nuestra libertad. Es preciso esforzarse por armonizarlo todo, sin sobrevalorar nada.

1. El Reino hay que acogerlo, recibirlo como una gracia. Jamás es merecida la venida del Espíritu: ni en su primer gesto, como lo es sin duda nuestra misma creación, ni en esas «gracias actuales» que nunca nos son denegadas. Y aunque el Señor diga que «el Reino sufre violencia, y son los violentos quienes lo conquistan» *(Mt 11,12)*, no entiende ciertamente tal violencia en un sentido voluntarista y orgulloso. Ya desde la era apostólica proclamaba Pablo a las Iglesias la gratuidad de la salvación, y siempre ha habido voces inspiradas que repitieron este mensaje, frente a la permanente tentación del orgullo humano. El «fiat» de la joven María debe preservarnos de este peligro a quienes tenemos siempre más o menos ganas de merecer a Dios.

2. Pero ese Reino hay que vivirlo. Hay que dejarse habitar e invadir por su mensaje y por la conversión que exige. Hablábamos hace poco de la transformación de nuestra concepción de Dios. Le creíamos todopoderoso y, efectivamente, él es el «el Poderoso que hace maravillas» *(Lc 1,49)*; pero es preciso aceptar la paradoja de un poder que se manifiesta en la pobreza del Amor y el don. No era ése el rostro de Dios que esperábamos y, sin embargo, ése es el rostro que se impone, porque «Dios es Amor». Lo cual tiene muy amplias consecuencias, ante todo y sobre todo para él.

Pero, para entrar en el Reino, también es menester la misma conversión de la concepción del hombre y de uno mismo. Yo me descubro libre y me aferro, con razón, a esa libertad. Pero necesito convertir mi pensamiento acerca del sentido exacto de la misma. Esa libertad no se realiza a base de crispación ni a base de la incesante afirmación de la propia auto-posesión. No puede vivirse más que en el don, en la caridad pobre y en el perdón sincero. Para encontrarse hay que perderse.

Y María es, en el Reino de la gracia, el modelo que nos enseña los caminos de la verdadera libertad del hombre. De un modo casi instintivo, ella se sitúa en el punto exacto de la verdad:

- ni autosuficiencia («el Señor ha puesto sus ojos en la pequeñez de su esclava»)
- ni falsa humildad («me llamarán 'dichosa' todas las generaciones»).

3. Este Reino, por último, hay que vivirlo día día, en esas opciones cotidianas, cada una de las cuales constituye una Pascua, que nos conducen hacia la Pascua. María, dejándose guiar por Cristo, vivió la dinámica del Reino. Esto fue lo que la llevó a experimentar tanto el gélido viento del Calvario como el reconfortante calor del Ce-

náculo, en orden a una nueva acogida del Espíritu. El ciudadano del Reino vive al mismo tiempo el «ya» y la espera del «todavía no». Se sabe no instalado, no llegado al término, siempre en camino. Al igual que Pablo, «sigue su carrera, tratando de alcanzar a Aquel que primero le ha alcanzado a él» *(Flp 3,12)*. Esta incómoda situación de éxodo no le entrega en manos de la angustia y la inseguridad, sino que le preserva del sueño mortal de la satisfacción. Sólo en esta fecunda tensión es posible la vida cristiana.

Anticipemos, para finalizar, algo que intentaremos decir con mayor claridad en nuestra última parte.

Si María es grande en el ámbito del Reino, es porque en ella se inaugura el misterio de la Iglesia. La relación exacta entre la Iglesia y el Reino es muy difícil de definir, tanto más cuanto que Cristo habló muy poco de la Iglesia, que sólo comienza a definir claramente sus contornos con Pablo. Sería erróneo y de fatales consecuencias el asimilar ambas cosas sin ningún tipo de matización, como si ya nada pudiera acontecer, dado que la Pascua ya se ha producido y el Espíritu se ha difundido. Pero también sería erróneo pensar que la Iglesia no es más que el andamiaje que se emplea para la construcción de un edificio totalmente distinto. La Iglesia es, mucho más exactamente, la Novia, cuidadosamente preparada por el Señor para convertirla en su Esposa y «presentársela a sí mismo pura y sin mancha» *(Ef 5,27)* llegado el momento.

En esa Iglesia, acogedora para con la novedad de Cristo y el poder de la gracia, vive María. Y es en esa unión con su Hijo como ella es ciudadana del Reino, un Reino que Cristo reúne para presentárselo al Padre; un Reino que se edifica, día a día, bajo la guía del Espíritu.

13

María y el misterio de las bodas

Caná es, para el evangelista Juan, la «obertura» del ministerio de Jesús, que se consumará en el Calvario. En ambas ocasiones está presente María. Unida a su Hijo en la alegría de los convidados, se lo presenta a la humanidad con ocasión de unos esponsales, aceptando lo que en adelante va a separarla de Aquél a quien ama. Las bodas de Caná inauguran la ruptura y la novedad del sacramento cristiano.

Caná anuncia la Pascua en el simbolismo del vino que corre en abundancia. María nos enseña a acoger el don de Dios en lo que de increíble encierra dicho don, del mismo modo que conduce hacia Jesús a la comunidad naciente: «Haced todo lo que él os diga».

El autor del cuarto evangelio enmarca su presentación del ministerio público de Jesús y la consumación pascual del mismo entre dos menciones de María que no dejan de tener relación entre sí. Este capítulo y el siguiente no deberían, por tanto, verse por separado. Y advirtamos que, sin aspirar a ningún tipo de tecnicismo, tan sólo deseamos esbozar lo que la presencia de María en Caná y en el Calvario puede tener de iluminador para el conjunto de nuestro intento.

Presencia de Dios en la alegría de los hombres

Caná significa, en primer lugar, la presencia de la Madre y del Hijo (y también la presencia de los discípulos, célula inicial de la Iglesia) en el corazón mismo de una alegría perfectamente humana y de una verdadera fiesta comunitaria. Prescindiendo ahora de las motivaciones de tal presencia, tenemos perfecto derecho a interpretarla como una de las formas del anuncio de la Buena Nueva. El «Emmanuel» se encuentra a gusto en medio de los hijos de los hombres, y la manifestación de la alegría que Dios siente en residir entre nosotros hará que Jesús se deje considerar como un bebedor y un glotón. La presencia de Jesús y de su Madre en la fiesta de los hombres es una invitación a la Iglesia a celebrar sus propias fiestas, aun cuando en la celebración se echa en falta con demasiada frecuencia la expresión justa de la fe. No pretendemos dar alas al relativismo doctrinal ni a una acción pastoral excesivamente poco exigente; tan sólo deseamos insistir en la cotidianeidad de la acción eclesial y sacramental. La Buena Nueva se enraiza de un modo perfectamente concreto en el corazón mismo de la comunidad de los hombres, y no sólo en sus trabajos y en sus penalidades. En su tiempo, Dietrich Bonhoeffer insistió en la necesidad de anunciar la presencia de Dios no sólo en los espa-

cios dolorosos de la vida de los hombres, sino también en el centro mismo de sus éxitos y sus alegrías. El Dios de Jesucristo no debe aparecer vinculado con excesiva exclusividad a su carácter de apoyo en los momentos difíciles. También debe irradiar su Presencia en medio de la alegría de los hombres.

Misterio nupcial

Pero Caná debe ser interpretado, además, a un mayor nivel de profundidad. Se trata de una ceremonia nupcial y, hasta cierto punto, del gesto iniciático con el que la Madre presenta a su Hijo a la humanidad con ocasión de unos esponsales. Ella ha cumplido cuidadosamente su tarea educadora, y llega el momento en que debe dejar partir a su Hijo para que realice su propia tarea, para que salga al encuentro de la humanidad a la que debe unirse para que se convierta en su Cuerpo. Entonces recibirá María su segunda misión: la de Madre y educadora del Cuerpo eclesial. Pero es preciso que primero acepte ella un momento de ruptura: esa Pascua que la priva de Aquél a quien ella ama, el cual no ha venido para ella, sino para todos los hombres. Ella le ha dado abrigo, primero en su cuerpo y más tarde en su casa, no para conservarlo para sí, sino para que él, a través de ella, establezca su Morada en el seno de la humanidad. Es menester, pues, que María se halle presente en esta fiesta nupcial en la que se anuncia el misterio de la Pascua mediante el vino profusamente derramado, como profusamente se derramará la sangre en la cruz. Misterio de superabundancia y de aparente derroche; pero único misterio capaz de revelar «el desmedido amor» con que ama Dios a los hombres. Como cualquier madre, pero mejor que ninguna, María renuncia a poseer a su Hijo, para permitir que realice su vocación. Y su presencia en Caná inaugura la celebración del Calvario, en la que también tomará parte.

Estas bodas son presididas por el Hijo, que da un paso más en su actitud de Esposo de la humanidad; que toma consigo y en sí a la humanidad para una Alianza irrevocable. Se trata del primero de sus signos, «y sus discípulos creyeron en él» *(Jn 2,11)*. No sólo reconocen su poder, sino que dan un paso más hacia el descubrimiento de su misterio. Y es para hacer que se reconozca su Alianza con los hombres por lo que él emplea el argumento siempre ambiguo del milagro, que él realiza como «signo», únicamente legible desde la fe. Jesús es el maestro de ceremonias de la fiesta que da a estas bodas humanas un

valor sacramental mediante su propio compromiso. A través del regalo del vino, se entrega a sí mismo y se compromete a verter su propia sangre.

Nace el sacramento

El sacramento de la Iglesia, como celebración litúrgica de la alianza entre Dios y los hombres, se encuentra ya, por tanto, secretamente presente en esta boda popular, a un tiempo alegre y solemne:

- el sacramento del matrimonio, donde los esponsales entre creyentes se convertirán en signo del compromiso definitivo de Dios con los hombres;
- y el sacramento eucarístico, donde se beberá el vino que sella la Alianza e inaugura el Reino.

María está allí como testigo de un misterio que la sobrepasa y que ella no puede comprender aún en toda su profundidad. Pero, por lo que puede comprender de dicho misterio, se adhiere a él en la fe y participa en esta ceremonia de alianza. Y es también su vocación la que se realiza: ella ha sido escogida para ser Madre del realizador de la Alianza nueva. Es de esta misma manera como se hallará presente y será nombrada en toda Eucaristía de la Iglesia y en toda unión conyugal cristiana, para reivindicar ambas celebraciones como creyente en el nombre de Cristo.

María no se halla presente en el obrar de la Iglesia para cobijar a ésta y protegerla con una especie de pusilámine ternura. Lo que hace es arraigarla en su propia adhesión de fe y proclamar la misteriosa eficacia de la misma: que todo suceda como Dios quiere. La presencia de María en la acción eclesial no pertenece, indudablemente, al orden de la mediación de gracia, de la que conviene hablar con suma prudencia; pero sí contribuye, ciertamente, a expresar su riqueza y su valor salvífico; la que creyó, en el momento del anuncio de la salvación, que todo era para bien; la que aceptó una vocación al servicio de todos, es la que hace saber a la Iglesia y al creyente cuán importante es creer que Dios es bueno y actúa para la dicha y la salvación.

Caná y el misterio pascual

Caná constituye, pues, una ceremonia anunciadora del ministerio pascual. El vino que corre abundante sólo puede desvelar toda la riqueza de su simbolismo en relación con la celebración del Calvario. No hay que olvidar que el misterio pascual forma un todo, y que la

invención de la Eucaristía se halla presente tanto en el Gólgota como en la intimidad del Cenáculo. Siempre se trata de un don y un ofrecimiento que serán actualizados, para la Iglesia y para el mundo, en el gesto eucarístico. El Cristo-Esposo se ofrece generosamente a la comunidad de quienes desean alimentarse de él para unirse a él con una intimidad de la que es imagen la unión conyugal. Unión que no sueña con fusiones imposibles, porque el creyente sigue siendo un hombre que se encuentra con su Dios. Es parecido a lo que ocurre en el matrimonio, donde la esposa debe aceptar la inevitable diferencia entre ella y su marido, incluso en el momento en que ambos no son sino una sola carne. La mística cristiana es decididamente dualista en este sentido. No hay que alimentar el sueño de «perderse» en Dios, porque Dios nos respeta al máximo y quiere que nos realicemos plenamente en nuestra libertad de hombres y de mujeres. Comulgar con Cristo significa verdaderamente «hacerse Cristo»; pero significa, a la vez, hacerse uno mismo y permanecer tal, en Cristo, ante el Padre, aceptando una diferencia que no ha de suscitar celos ni angustias. Sabemos que la aceptación de esta diferencia constituye toda la belleza de nuestra plena realización como hijos, porque esta diferencia entre el Padre y el Hijo subsiste en el propio Dios.

Caná y la Eucaristía

La invención eucarística constituirá, en el momento de la consumación, la clave de lectura de todo este misterio de la Alianza entre Dios y el hombre. Juan no habría podido comprender ni desvelar todo el valor simbólico del sencillo gesto de Caná si no hubiera gozado de una profunda experiencia eclesial y eucarística. Es el papel que desempeña el vino en la Eucaristía, como imagen de la sangre «derramada por muchos». Estos «muchos» que celebran el misterio no saben ni comprenden la clase de amor con que son amados, del mismo modo que la multitud de los salvados jamás sabrá todo el valor de la sangre derramada. Es el misterio de una alianza que nunca es entre iguales, en la que el don de Dios es inconmensurable en relación a la acogida que le presta el hombre, y que, por consiguiente, no puede dejar de ser espontáneamente despilfarrada. Francisco de Asís gritaba entre lágrimas: «¡El Amor no es amado!» ¡Pensemos en la amplitud del perdón que Dios ofrece y en la absurda cicatería de nuestras súplicas de ser perdonados!

Mientras, en Caná, se esboza esta paradójica y desconcertante Alianza, María se halla presente como educadora de nuestra fe. Ella nos enseña a acoger el don de Dios con todo lo que dicho don tiene de increíble; nos enseña a que no nos habituemos a semejante don. En el momento mismo en que, como Madre, entrega a su Hijo en manos de los hombres, María acepta libremente quedarse, en adelante, en un segundo plano, porque sabe hasta qué punto es superior el don que el Padre hace de su Hijo al mundo. La aceptación por María, en Caná, de la realización pascual de su tarea no es más que una humana y pálida imagen del amor del Padre a los hombres. Pero lo que resulta especialmente valioso para nosotros es el hecho de que ambas realidades, ambos gestos, van en el mismo sentido y se iluminan mutuamente:

- el Padre entrega a su Hijo Unico para que cada uno de nosotros se haga para él único e irremplazable. Desea que los viñadores homicidas accedan a la herencia, a partes iguales, con Aquél al que han asesinado;
- María renuncia a poseer a su Hijo; pero lo hace para convertirse en la Madre universal, para hacer realidad su vocación de Madre de Cristo haciéndose Madre de los hombres, ensanchando su corazón de Madre a la medida del Corazón de Dios.

Haced todo lo que él os diga

Antes de que llegue a su plena realización esta maternidad universal, María ya es en Caná la educadora de la comunidad eclesial naciente. Y hay en esta función educadora de María en Caná dos elementos teológicamente relacionados:

1. María reconoce al grupo apostólico como célula de la Iglesia, aunque sus palabras abren a dicho grupo a la universalidad, porque es a los desconocidos sirvientes a quienes se dirige: «Haced todo lo que él os diga». Sin embargo, estas palabras resuenan en el corazón de los discípulos y contribuyen a hacerles estar atentos a la voz de Aquél que conoce todo el misterio.

2. María dice a los discípulos, y a la Iglesia, las insuperables palabras que constituyen un verdadero testamento de quien ya no volverá a hablar en lo sucesivo: «Haced todo lo que él os diga». Es decir, no os contentéis con escuchar, sino «haced»; no seáis meros oyentes, sino discípulos, porque «el que obra la verdad va a la luz» *(Jn 3,21)*. No basta con la escucha de la Palabra si no hay además conversión

de la vida. Es preciso «guardar» el mandamiento que se ha oído, y esto lo sabe perfectamente María, que «conservaba todas las cosas en su corazón» *(Lc 2,19)*. María, pues, presenta a Jesús a los discípulos en su verdadera dimensión: como el que enseña, pero también como el que es maestro de vida nueva.

¡Si los discípulos lo hubieran recordado con ocasión de la subida al calvario, cuyo difícil y austero camino comienza a perfilarse nada más salir de la sala donde se ha celebrado el banquete de bodas...!

14

La pascua de María

Para María se trata de un auténtico paso a una nueva misión, en profunda comunión con su Hijo que muere. Ella se ofrece junto con Jesús, aceptando la Hora de las tinieblas. Es en este sentido concreto, y haciendo uso de una gran prudencia, como se la puede denominar «corredentora».

Misteriosamente configurada con el Padre en la donación que éste hace de su Hijo a los hombres, María da su asentimiento a una nueva venida del Espíritu sobre ella, aceptando así convertirse en la Madre universal, puesto que Jesús nos representa a todos, y en la Imagen de la Misericordia.

Una verdadera Pascua

Se trata de una verdadera Pascua, de una verdadera consumación a través del misterio de una muerte. La plenitud de gracia y la perfección de la respuesta de fe, con ocasión de la Anunciación, no deben hacernos olvidar esta realización pascual. Quien dice «vida de fe» dice «camino» y «crecimiento». El hecho de que María sea desde el principio la Creyente, y que lo sea a un elevadísimo nivel de perfección, no nos impide hablar también, refiriéndonos a ella, de itinerario y de progreso. Aun cuando no se dé progreso en la fe a nivel de virtud teologal, sí puede perfectamente haberlo a nivel de la expresión de dicha fe.

En ese sentido, sucede con María lo mismo que con Jesús. Jesús no ama «más» al Padre durante las horas de su Pasión que a lo largo del resto de su existencia; pero las horas de su Pascua sí tienen para nosotros un más alto valor revelador, porque nos manifiestan mejor ese amor que él profesa al Padre, esa «pasión» por su Gloria que le habita, al extremo de morir de amor por ella. No es en Cristo donde las cosas cambian, sino en nosotros, que contemplamos esta vida, en su totalidad, como una revelación del Amor sin límites. Por eso, al iniciar solemnemente su relato del misterio pascual, puede decir Juan:

> *«Jesús, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo»* (Jn 13,1).

Nosotros tenemos necesidad de esas horas que manifiestan mejor que otras el carácter absoluto de un amor, aunque sepamos que todas las horas, incluidas las más banales y cotidianas, son ya portadoras de revelación.

Lo mismo sucede con María. A lo largo de toda su vida se ha adherido sin reservas al proyecto del Padre y ha ofrecido su libre cooperación a dicho proyecto. Pero, para manifestar inequívocamente esa

adhesión total, es preciso que también ella suba al Calvario y viva la pobreza de su Pascua. Tal vez ello no signifique una «plusvalía» en María, pero sí hace que quede más de manifiesto, en beneficio de nuestras propias existencias creyentes, cuanto en ella hay de fe y de aceptación espiritual. De este modo quedará plenamente revelado que una criatura puede adherirse plenamente al proyecto del Padre, a pesar del aspecto paradójico y desconcertante que pueda tener la realización concreta de dicho proyecto. Los límites de la fe como virtud teologal no se ampliarán, pero sí se revelarán aún más amplios de cuanto nosotros hayamos podido creer. Porque no hay que suponer que María tuviera una revelación excepcional que atenuara la dolorosa paradoja de la muerte de su Hijo. Creer semejante cosa sería hacer una injuria a su condición de criatura y a la pedagogía misericordiosa del Padre en favor de los demás seres humanos. María sufre su Calvario en el silencio de Dios, y no le resulta fácil aceptar las oscuridades de su corazón y las esperanzas del camino. A cada paso tiene que renovar su adhesión de fe; a cada paso tiene que repetir su «sí» primordial para poder llegar hasta el final, mantenerse firme y permanecer «de pie» al pie de la cruz.

En comunión con Jesús, que muere

Y es que la Pascua de María es absolutamente inseparable de la de su Hijo que muere. Podríamos hacer innumerables glosas acerca de si los sufrimientos de Aquél que muere son mayores o menores que los sufrimientos de aquella que lo ama y le ve morir. Pero sería una falta de respeto para con el misterio del sufrimiento humano. María vive su propia Pascua, no la de su Hijo. El cáliz que le es ofrecido a ella no es el mismo que se le ofrece al Hijo Amado; y a pesar de todo su amor, ella no puede ocupar el lugar de éste. Por más que una madre se una de todo corazón al sufrimiento de su hijo enfermo y desahuciado, jamás podrá ocupar su lugar, ni morir en vez de él. Y María, efectivamente, no morirá en el Calvario, sino que descenderá de él, acompañada de las demás mujeres, en dirección al sepulcro.

María, sencillamente, está allí y vive en la fe lo que debe vivir. Y si nuestra incorporación bautismal a Cristo nos exige vivir lo que él vivió, contamos para ello con la ayuda de la Pascua de María, salvo en el caso excepcional de que debamos vivir personalmente la Pascua del martirio. Al pie de la cruz volvemos a descubrir esa función eclesial de María como educadora. Ella nos enseña a vivir nuestra unión

con Cristo de la manera en que se nos pide que la vivamos, no soñando con otra Pascua distinta de la que se nos propone ni con ocupar un lugar distinto del que nos corresponde.

¿Puede llamarse a María «corredentora»?

¿Merece María, al pie de la cruz, el título de «corredentora»? Es absolutamente indudable que sí, a condición de que no se olviden las siguientes consideraciones teológicas:

1. Sólo Cristo merece plenamente el título de «Redentor», porque sólo él es el Hijo único que ha recibido la vocación de recapitular en sí a la humanidad fraterna y hacerla acceder, mediante su ofrenda, a la alianza nueva y a la vida en presencia del Padre.

Su pasión «cumple toda justicia», y ninguna participación humana podría añadirle absolutamente nada, como si le faltara algo. Constituye una exigencia absoluta de nuestra fe en la encarnación del Hijo eterno preservar el carácter único de su muerte dolorosa y reafirmar insistentemente esta verdad frente a cualesquiera exageraciones de la piedad y de todo cuanto pueda decirse acerca de la com-pasión. Las actuales traducciones de la Carta a los Colosenses precisan, muy acertadamente que, cuando Pablo afirma «completar en su carne lo que falta al sufrimiento de Cristo» *(Col 1,24),* no puede referirse a que esté completando la Pasión redentora, sino a que asume la parte de «sufrimiento» que le corresponde en el ministerio apostólico. Cristo no pudo ni quiso difundir personalmente la Buena Nueva en el mundo entero. Por eso, en su ministerio, el apóstol une su propio sufrimiento al agotamiento que Jesús experimentó en su ministerio en Palestina. A este nivel de la afirmación creyente, sucede con María lo mismo que con cada uno de nosotros: que no añade nada a la Pasión de Cristo, la cual es perfecta en su orden, porque es la Pascua única del Hijo Amado.

2. No es únicamente en el Calvario donde María coopera a la ofrenda sacrificial de su Hijo. Del mismo modo que la vida entera de Cristo efectúa la salvación del mundo manifestando su amor incondicional al Padre, así también es toda la vida de María la que coopera activamente a la obra salvífica de su Hijo. Y conviene evitar aquí cuidadosamente todo «dolorismo»: el Padre no es ningún tirano sediento de sangre, y las horas de extremado sufrimiento no son más de su agrado que los momentos de ofrenda silenciosa. Lo que él quiere y espera de su Hijo hecho hombre, de María y de cada uno de noso-

tros no es, en modo alguno, que suframos por el placer de sufrir, sino que en todas las cosas manifestemos una verdadera búsqueda de su Gloria. Es a lo largo de toda su sencilla vida donde María, en íntima comunión con su Hijo, manifiesta su interés por la Gloria divina y su deseo de que se realice concretamente la salvación. La presencia de María en el Calvario no inaugura una actitud nueva, sino que manifiesta de modo inequívoco su constante amor; no es que recupere la adhesión de fe que manifestó en Nazaret, sino que la reafirma en esta Hora tenebrosa, desvelando así su original veracidad.

3. María no es la única en ser corredentora de este modo. También nosotros lo somos con ella, en la medida de nuestra adhesión creyente y bautismal a la Pascua de Jesús. Ella nos precede, pero no de tal modo que desaparezca de nuestra vista. Acabamos de recordar cómo Pablo puede decir que él completa, en lo que le concierne, lo que aún le falta a los padecimientos de Cristo. Y ya hemos dicho, y lo repetimos, que no se trata de añadirle nada a la Pasión. Pero sabemos que al bautizado se le ofrece una misteriosa participación en la ofrenda pascual de Cristo, «a fin de que no vivamos ya para nosotros mismos».

María vive su Pascua en activa cooperación con la Pascua única del Hijo Amado. Por supuesto que la vive mejor que nosotros; pero, con ello, lo que hace es abrir ante nosotros un camino de compromiso y de responsabilidad. Tanto para ella como para nosotros, se trata de aceptar vivir la Pascua en nuestro propio lugar, a partir de lo que concretamente se nos pide.

Establecidas estas precisiones, podemos ahora reflexionar acerca de las condiciones concretas de la Pascua de María. Y para ello, partamos de la más sencilla de todas, de la que indudablemente pudo María comprender.

María realiza su gesto de fe

María realiza plenamente la fe de su padre Abraham en el monte Moria, aceptando la muerte de su Hijo amado. La figura del padre de los creyentes subiendo la montaña en compañía de su hijo único domina toda la trayectoria de la fe de Israel, convocado por su Dios a la aventura. María llega al final de dicha trayectoria y, curiosamente, se le pide el mismo gesto: desprenderse de aquel a quien ama, aun sabiendo que se trata del Unico y que sólo él puede «reunir a los hijos de Dios dispersos» *(Jn 11,52)*. Si muere de ese modo, en la soledad y

el sufrimiento, ¿cómo va a completar su obra, para la que ella le ha preparado con tanto esmero? ¿No es su predicación un lamentable fracaso, siendo así que había sido anunciada como «una inmensa alegría para todo el pueblo» *(Lc 2,10)?* De modo que ahora va a morir este nuevo Isaac, y no hay ningún carnero que se haya trabado los cuernos en el zarzal y pueda librarle del trance en el último instante... No, en el Calvario no hay ni un miserable matorral, a diferencia del monte Moria.

Es el comienzo de la realización plena de la fe de María, sumida en las tinieblas. «Dios proveerá, hijo mío». Es preciso contar con el Padre, sobre todo en el momento en que su voluntad parece a la vez ilógica e inhumana. No imaginemos demasiado fácilmente a María ascendiendo la cuesta del Calvario con la cómoda e íntima certeza de que al final todo va a solucionarse. También María debe vivir su Pascua, y ciertamente no se le ha ahorrado la prueba de Getsemaní, aunque deba vivirla de otra manera: a su propia manera, bastante más parecida a la nuestra. Se trata de resistir y no dudar. Ni del amor del Padre, que parece ausente, ni de la misión del Hijo, que parece un fracaso absoluto.

María inaugura en aquel momento todo ese largo tiempo en el que la Iglesia andará buscando su camino sin saber ya cómo arreglárselas para permanecer fiel a la misión. María recuerda a cada cristiano que la fe es algo más grande, algo más profundamente arraigado, en medio de todos los acontecimientos que parecen tratar de destruirla. María revela al creyente que la prueba, sin ser querida como tal por Dios, siempre puede constituir un camino para el crecimiento en la fe.

Configurada con el propio Padre

Y es aquí donde, misteriosamente, se invierte la imagen. María ya no es tan sólo la hija de Abraham que acepta la voluntad del Padre y se adhiere a ella obedientemente. De un modo misterioso, se ha configurado con el propio Padre en la ofrenda de su Hijo a los hombres. Y no hay ninguna duda de que es debido a este aspecto de su vocación por lo que parece escapársenos de entre las manos y se nos antoja muy por encima de nosotros. Aunque ya hayamos hecho una serie de reflexiones sobre María y el misterio del Padre, hemos de reconocer que es únicamente en el Calvario donde tales reflexiones alcanzan su cumbre y dan fruto.

Al aceptar en su corazón la dolorosa muerte del Hijo Amado, María es imagen del Padre. En nuestros días se habla profusamente del sufrimiento de Dios, y una de las misiones de la teología consiste, indudablemente, en insistir en la prudencia del lenguaje y en los límites de la analogía. Pero ese modo de hablar tiene para nosotros la ventaja de que nos permite no imaginarnos ya al Padre como un soberano impasible que se despreocupa de lo que ocurre aquí abajo, en la tierra, porque él vive feliz y sabe cuándo será el final de la historia. Por supuesto que es pura analogía decir que Dios sufre, pero ¿acaso no hay también analogía en decir que Dios ama, a pesar de lo cual no dejamos de repetirlo, basándonos en la propia Escritura?

Ciertamente, tenemos el innegable derecho a contemplar la analogía entre María y el Padre. En la hora del Calvario, el Padre acepta que la recapitulación en Cristo de la humanidad amada y salvada se realice por ese paradójico medio de la muerte, entre terribles sufrimientos, del Hijo Amado. El Padre acepta una victoria bastante singular de su amor infinito. Porque de una victoria se trata verdaderamente, y de esto nuestra fe no nos permite siquiera dudar. En este momento, el Amor absoluto triunfa, revelándose sin límites y capaz de perdonar hasta el extremo. Se manifiesta que el mal uso de la libertad, por el contrario, no es sino algo humano y limitado, porque no puede llegar al extremo de la Misericordia absoluta. El amor del Padre tendrá la última palabra no para matar al pecador, que sería la constatación de un espantoso fracaso, sino porque dicho Amor sigue siendo más grande que el mayor de los pecados, puesto que es siempre capaz de perdonarlo.

Los viñadores homicidas van a acceder a la herencia de Aquél a quien están a punto de asesinar junto al cercado de la viña. El poder mortífero del pecado se agota, porque a Dios no se le ocurre la idea de hacer daño.

Y es justamente a esto, a esta paradójica imagen de su Dios, a lo que María se adhiere al pie de la cruz. Ella, que conoce y recita los salmos de venganza, tiene necesidad, indudablemente, de dar un gran paso en la fe para aceptar que ese Dios «inactivo» sea, a pesar de todo, «el bueno». No olvidemos, por otra parte, que no escasean los textos bíblicos que la ayuden a realizar este descubrimiento. Los Cantos del Siervo constituyen ya, realmente, los poemas de la aparente impotencia de Dios. Pero en esta hora tremenda hay que comprender que el Padre pueda dejar morir a Aquel a quien ama por encima de todo, sin dejar de amarlo. Sí, Dios es verdaderamente el Pobre. Y es éste el

Dios que la humilde esclava de Nazaret acepta y con el que se configura.

María acepta una nueva venida del Espíritu...

Para ello, María ha de aceptar, en su Pascua, una nueva venida del Espíritu sobre ella.

Ella nunca ha dejado de estar bajo la dependencia del Espíritu; pero el Espíritu viene en todo momento con la gracia específica que nos hace falta. Y en aquel preciso momento se revela como la capacidad que hay en Dios de amor sacrificial, como fuego de amor que parece destruirlo todo y que, sin embargo, no se extingue. Es el fuego del Espíritu el que arde en el corazón de la Madre y le permite mantenerse en pie, mientras los soldados permanecen indiferentes y los fariseos se burlan sarcásticamente.

Los acontecimientos de la Pascua nos permiten, sin duda, efectuar una nueva aproximación al misterio del Espíritu. Como ya hemos dicho, el Espíritu no es algo sobreañadido a la doble relación de amor entre el Padre y el Hijo, como si fuera «un tercero» con el que, en última instancia, no supiéramos qué hacer. No, el Espíritu es la expresión concreta y personal, la fuerza y el dinamismo siempre nuevo de ese doble movimiento de amor. Ahora bien, si el Padre es el que, en una aparente impotencia, deja morir a su Hijo, ¿no será el propio Espíritu una fuerza de amor sacrificial? Así lo ha expresado frecuentemente el P. Serge Boulgakov, con palabras infinitamente más convincentes que las mías, pero que yo no estaría dispuesto a aceptar en su totalidad sin algunas reservas.

El Espíritu es la fuerza de Dios, y en esta hora tremenda es el Don que el Padre hace de su propio Hijo a los hombres, para que éstos hagan de él «lo que buenamente les plazca», con la certeza absoluta de que el Padre no va a vengarse ni va a tratar de recuperar a ese Hijo que les ha entregado para siempre. ¡Fuerza inconmensurable de amor sacrificial que infunde valor al Hijo para aceptar su dolorosa Pasión y resistir la tentación de anticipar la hora de manifestación de su Gloria! Y es este mismo Espíritu el que permite al Padre vivir, también él, el amor sacrificial. Amor sacrificial al Hijo y a los hombres a un tiempo. Porque de lo que realmente se trata, en el misterio de esta muerte, es de unirlos en uno solo, en una alianza definitiva ante él, el Padre.

...que la convierte en Madre universal...

En su Pascua, María se convierte, de un modo aún más profundo, en la portadora del Espíritu, en la «Virgen Pneumatófora», como dicen nuestros hermanos Orientales. Esta mujer, que desde el primer momento aceptó dejarse conducir por el Espíritu, es llevada ahora por éste «al lugar llamado 'la Calavera'», donde ella habrá de manifestar al Espíritu como la fuerza de la paradójica omnipotencia que se deja ver en el despojo y en la pobreza. María se ve ahora despojada de todo, y en primer lugar de su estrecha vinculación humana con el Hijo de su amor. En cierta manera, tiene que «perder a Jesús», con el que más tarde habrá de encontrarse de otro modo: como si, al igual que a Magdalena, también a ella le dijera: «No me toques». El Espíritu, Padre de los pobres, manifiesta la radicalidad de su obra de despojamiento, a fin de adaptar a la criatura a la austeridad del Dios pobre. Y no es que destruya; lo que hace es purificar al máximo, como el oro en el crisol. Y la Virgen del Calvario puede enseñarnos a reconocer y aceptar las maneras de actuar del Espíritu. En lo sucesivo, quien desee dejarse conducir por el Espíritu deberá saber que tiene que entrar por el estrecho sendero de la pobreza «espiritual». El Espíritu del Dios Pobre tiende siempre a hacer atravesar una Pascua, tanto en el caso del Hijo como en el de María o en el de cada uno de nosotros.

En este sentido, la prueba suprema que María tiene que pasar en el Calvario no es tanto la de ver sufrir y morir al que ella ama, sino la de oírle decir, desde lo alto de esa cruz que es como la cátedra desde donde imparte su última lección: *«Ahí tienes a tu hijo».*

De todos los Padres, fue Orígenes quien mejor percibió la densidad teológica de esta fórmula «de investidura». Al mostrarse a Juan, Jesús no dice a María: «éste es *también* tu hijo», como si la humanidad pecadora y salvada viniera a añadirse a la filiación del Unico como un sumando más. En la noche de la fe, María debe, de alguna manera, renunciar al propio Jesús y aceptar, como *en su lugar,* la carga de la humanidad representada por Juan.

Así pues, Jesús dice a María: «es a esta humanidad a la que en adelante deberás considerar tu hijo y cuyas preocupaciones habrás de llevar ante el Padre». La prueba es ahora infinitamente más temible que la de Nazaret o la de Belén. Entonces se trataba de acoger al intachable, al Inocente, y dejarse habitar por una Presencia santa y carente de toda aspereza. Ahora se trata de algo muy distinto: no

sólo de hacerse cargo del «discípulo amado», sino de aceptar, con él, a la humanidad entera. Aceptar a Juan es aceptar, con él, a todos los hombres, con todo su pecado y su horror. Aceptar a Juan es aceptar como hijos a esos soldados que se están jugando a los dados la túnica de Jesús, a esos fariseos que no dejan de burlarse... También ellos son presentados a María, por el Jesús agonizante, como sus hijos, como su Hijo; y ella no puede sustraerse a su nueva tarea. Se trata, sin ninguna duda, del paso más doloroso de la Pascua de María. Se trata del último esfuerzo que le exige el Espíritu de pobreza. Se trata de la manera como verdaderamente se convierte en portadora del Espíritu y en revelación del amor sacrificial de dicho Espíritu.

...e Imagen de la Misericordia

De este modo queda María configurada, en la medida de lo posible, con la paternidad sacrificial de Aquel que acoge a todos los pecadores en el amor único que profesa hacia el Hijo Amado, mientras éste muere por el pecado de todos ellos. Del mismo modo que Dios mira a todos los pecadores con el mismo amor que siente hacia su Hijo Unico, así también se convierte en la Madre universal y en la imagen perfecta de la Misericordia absoluta.

Por supuesto que se trata de un misterio «último», del que no podemos hablar si no es con enorme discreción, dado que todo él se halla envuelto en la paradoja de ese Amor pobre del que ni siquiera podemos hacernos una mínima idea. En este sentido, la parábola de los viñadores homicidas constituye una de las cumbres de la enseñanza teológica de Jesús Hijo: el Padre ha enviado a los profetas, a quienes los hombres pecadores han tratado con toda la ciega violencia de su pecado. Entonces decide enviar a su Hijo; y, al decir de Jesús, parece que el propio Dios abriga la secreta esperanza de que con ello bastará y de que, al fin, el pecado de los hombres será vencido por esta sobreabundancia de amor: «¡Respetarán a mi Hijo...!» *(Mt 21,37).*

Es un hermoso libro *(Dieu sans idée du mal),* J. M. Garrigues nos ha recordado que Dios «no tiene la idea del mal» y que, de alguna manera, el pecado es la única realidad que le desconcierta. Tal vez se diga que es éste un lenguaje excesivamente antropomórfico, pero ¿cómo, si no es con palabras humanas, balbucir siquiera algo acerca de Dios y, sobre todo, acerca del abismo de su amor?

Pero hete aquí que, lejos de extenuarse, el pecado redobla sus esfuerzos frente a la sobreabundancia del amor. Todos nosotros hemos

tenido la experiencia de cómo ese amor, que se ofrece derrochando generosidad y perdón, en lugar de restablecer la concordia suscita un acrecentamiento del odio: «¡Este es el heredero. Matémoslo y quedémonos con la herencia!» *(Mt 21,38).*

¡Insensata pretensión! ¿O acaso el asesinato del Hijo inocente no va a hacer que estalle la cólera del Padre? Pues no. En cierto modo, Dios se deja instruir por los pecadores y accede a su insensata pretensión.

A través del asesinato del Hijo, el Padre hace acceder a sus asesinos a la herencia, sellando en la sangre del Inocente la alianza definitiva con los pecadores. Es el momento de decir, con san Agustín, que «sería locura de orgullo, si no fuera el don de su amor».

No creo dejarme engañar por el peligroso antropomorfismo de estas líneas. Pero me parecen, sin duda, la mejor forma de renunciar a ceder al vértigo del juridicismo y dar cuenta del carácter salvífico de la muerte de Jesús, el Hijo. Tal vez nos falte el suficiente valor para creer que la misericordia carece de límites. ¿Acaso no es, como Juan Pablo II lo ha recordado en una espléndida encíclica, el nombre menos impropio de nuestro Dios?

Al pie de la cruz, María, la Madre, queda misteriosamente configurada con este misterio. Ella acoge con el mismo derroche de ternura y de perdón a esa innumerable comunidad de pecadores que se convierten en hijos suyos por mandato de Jesús. En adelante, todos y cada uno de ellos serán su Hijo, lo mismo que Jesús. María vuelve a echar sobre sus hombros la pesada carga de ser madre y reemprende el camino para llevar a cabo una nueva misión. Ya he dicho que fue para poner de relieve el carácter absoluto de esta segunda tarea por lo que decidí escribir este libro. Y es que, por no haber dado toda su importancia a esta segunda misión de María, Madre de los hombres, es por lo que se ha encerrado a la mujer, Madre de Jesús, en una serie de privilegios que no hacen sino asfixiarla, rodeándola de unas formas de devoción que, indudablemente, no le hacen la debida justicia.

María es Madre de Jesús *para* hacerse Madre de los hombres.

Madre y educadora de todos y cada uno de nosotros en la larga andadura de nuestra configuración con Cristo. Las apacibles horas de Belén y Nazaret se perfeccionan, paradójicamente, en el sangriento crepúsculo del Calvario. Pero ¿acaso no es ésta la única manera que tiene de darse a conocer el insensato Amor de nuestro Dios?

15

La Pietà

Jesús había dicho: «Es el Espíritu el que da vida; la carne no sirve para nada» (Jn 6,63). Y esto lo comprende María cuando recibe en sus brazos a su Hijo muerto.

Esta carne es santa, y es la que vamos a contemplar.

Esta carne es vivificante, y es la que alimentará nuestros propios cuerpos en la Eucaristía.

Esta carne está toda ella llena del Espíritu que da vida.

* * *

María inaugura su nueva Espera, hasta Pentecostés. Transcurrida la Pascua de Jesús, es ella quien da comienzo a la Pascua de la Iglesia. Aceptando el paso del Jesús de la historia a su Iglesia-en-el-Espíritu, María se convierte en educadora de esta Iglesia a punto de nacer.

Tal vez resulte sorprendente el que dediquemos un capítulo a la «Pietà», además del que acabamos de consagrar a la Pascua de María. Pero ¿acaso la Madre no lleva al límite su fe cuando recibe sobre sus rodillas el cuerpo muerto de su Hijo?

No debemos olvidar, naturalmente, que no poseemos ningún testimonio evangélico acerca de la deposición del cuerpo de Cristo en brazos de María mientras se prepara su enterramiento; lo único que se menciona es el embalsamamiento por parte del grupo de las mujeres, de las que muy bien pudo formar parte María, su Madre.

Pero es que nuestra intención no es exegética, sino teológica y espiritual, y la larguísima tradición eclesial de la «Pietà» incita a la reflexión. De lo que en este capítulo se trata es, sobre todo, de proseguir nuestra reflexión sobre la vocación eclesial de María. Pretendo mostrar cómo esta escena, prescindiendo ahora de su historicidad, nos permite dar un paso más en nuestra comprensión de la maternidad de María respecto de la Iglesia y de todos los hombres.

«Es el Espíritu el que da vida;
la carne no sirve para nada» (Jn 6,63).

¿No podemos poner esta enseñanza de Jesús en labios de su Madre, mientras ésta tiene su último contacto con el cuerpo material de su Hijo y lo presenta a la comunidad creyente, para expresar a un tiempo la permanente realidad de dicha enseñanza y su indispensable superación? A la Iglesia le gusta contemplar a María al pie de la cruz, sosteniendo en sus brazos el cuerpo de su Hijo, esa carne torturada que, como toda carne humana, va a ser depositada en el sepulcro, pero que resurgirá en la mañana de Pascua, a instancias del Espíritu, para convertirse en la célula donde va a tener inicio la renovación de toda carne. Debemos, pues, contemplar esta imagen de María en íntima relación con la inhabitación de nuestros cuerpos por la car-

ne vivificante de Cristo Resucitado y en la perspectiva de esa resurrección final de toda carne, en la que creemos.

Una carne santa

No hay en las mencionadas palabras de Jesús que van a servirnos de guía el menor desprecio hacia la carne. Por lo demás, la actitud de María sosteniendo entre sus brazos el cuerpo de su Hijo bastaría para exorcizar en nosotros todo menosprecio del cuerpo.

Y es que es esta carne la que salva al mundo. El Hijo de Dios se había unido libremente a la realidad de un hombre, y es su cuerpo de hombre el que, transfigurado y renacido por el poder del Espíritu, va a dar vida al mundo. Esta carne la recibió Jesús de María; y de María aprendió a considerarla como un beneficio.

«¡Qué maravilla es el hombre!
¡Grandes y maravillosas son tus obras!»

El Hijo de Dios jamás «se desencarnará», e incluso en el esplendor del «cara a cara» será la carne glorificada (previamente crucificada) del Hijo Amado la que habremos de contemplar y por la que tendremos acceso a la gloria del Padre invisible. Es gracias a esta Carne santa por lo que la vida de comunión con Dios, fin último de la creación y de toda existencia humana en la carne, se difundirá, poco a poco, en el universo entero. No sabe uno qué admirar más: si la amplitud del proyecto del Padre o su paradójica manera de realizarse. El poder santificador de Dios desea inmortalizar lo que ha creado por amor, pero lo hace valiéndose del humilde y concreto medio de la humanidad creada del Hijo, mediación única de la gracia.

Una carne que da vida en la Eucaristía

No se requiere esfuerzo alguno para dar el paso, del poder vivificante de esta Carne, a la suprema importancia del acto eucarístico no sólo para quienes se alimentan de sus frutos, dejándose inhabitar por el poder vivificador del Cuerpo glorioso, sino también, mucho más ampliamente, para el resto de los hombres, para quienes no han conocido en esta tierra su poder; y aún más ampliamente, para el Cosmos en su totalidad. Este universo es, efectivamente, connatural a toda carne humana, formado por los mismos átomos y, consiguientemente, connatural de alguna manera a la Carne del Hijo hecho hombre.

La Iglesia católica, incluso en su liturgia actual, habla de la comunión eucarística como «alimento de nuestros cuerpos y almas», y no deberíamos silenciar en exceso esta perspectiva vitalista a la hora de proceder a la presentación catequética del Misterio. Debemos incluso enseñar al creyente a vivir la celebración eucarística como una «Misa sobre el Mundo», como una acción que, de un modo misterioso pero real, es beneficiosa para el mundo entero. Y aun cuando el tema de la Virgen-Sacerdote sea especialmente delicado y no deba ser desarrollado inconsideradamente, la imagen de la «Pietà» podría ser, no obstante, uno de sus fundamentos. A condición, eso sí, de que no se separe dicha imagen de la presencia de María en el Cenáculo, recibiendo nuevamente el Espíritu en íntima comunión con el grupo apostólico y en orden a la misión, que sigue siendo la justificación más profunda de la existencia de la Iglesia.

Una carne irradiada por el Espíritu

Pero esta Carne del mismo Cristo no tiene valor por su sola materialidad, sino en la medida en que se encuentra ya irradiada por la fuerza del Espíritu.

La Pascua se precede a sí misma en una irrupción anticipada del Espíritu, «entregado» por el Verbo al morir *(Jn 19,30)*. María sostiene sobre sus rodillas esta carne muerta de su Hijo no sólo para manifestarle una vez más su amor humano y llorarlo, sino para ofrecerlo en holocausto al poder del Espíritu de Dios. María se ha ofrecido siempre a sí misma, en cuerpo y alma, para que el poder del Espíritu hiciera con ella lo que quisiera. No deja nunca de ponerse en sus manos. Pues bien, la «Pietà» consuma en su maternidad sacrificial la actitud de la joven de Nazaret.

Se trata, una y otra vez, de la aceptación de una presencia de la Gloria en medio de los hombres mediante el paradójico instrumento de la carne humana:

- primero, la carne de la Creyente, que va a convertirse en tabernáculo de esta misteriosa Presencia;
- más tarde, la Carne nacida de ella, que recorre hasta el final con toda honradez su itinerario humano, con su proceso de crecimiento y todas sus dificultades, y también con todos los valores positivos de su plena realización, porque la carne no es sólo decrepitud. Y, por último, con esta muerte, que no es «querida» por el Padre, sino provocada por el pecado de los hom-

bres, y que parece poner un irremediable punto final a la utilidad de esta Carne.

Y es en este punto donde tiene María que renovar su acto de fe y aceptar que muera el grano para que pueda dar fruto. Es la Virgen de la segunda y nueva espera, la segunda Virgen encinta, que se abre una vez más al Espíritu y le deja actuar. Es únicamente en este acto de fe donde puede nacer la Iglesia, del mismo modo que fue el acto de fe de Nazaret el que hizo posible que naciera Jesús. La Iglesia va a nacer del poder del Espíritu, gracias al acto de fe de María en el Calvario. Y nacerá de ella como el Cuerpo de Cristo, etapa esencial de la alianza de Dios con los hombres. La importancia de lo que estaba en juego bien valía el sufrimiento de este nuevo parto.

María consuma su Pascua

María, además, da el último salto de la fe en otro sentido. Al igual que María Magdalena en la mañana de Pascua, pero anticipándose a ella, María «pasa de la carne al Espíritu». Ella es la primera a quien el Crucificado, que descansa en sus brazos, da la orden de pasar irreversiblemente al ámbito de la fe: «¡No me toques!» *(Jn 20,17).*

María consuma de este modo su propia Pascua en el interior mismo de la Pascua de su Hijo, pero, en cierto modo, más allá de ésta, porque ella sufre, mientras que su Hijo ya ha dejado de sufrir. Es en la prolongación de este sufrimiento donde se convierte María en «Reina de los Mártires», en el modelo de cuantos sufren en Cristo, de la manera que sea, una vez que Cristo ya ha dejado de sufrir. Aunque será en ellos donde, según el creyente Pascal, siga Cristo «en agonía hasta el fin del mundo».

María inaugura, además, la Pascua de la Iglesia. Una Pascua que se prolongará a lo largo de los siglos, hasta que el Hijo regrese y entregue al Padre todo ese sufrimiento como si fuera el suyo propio. Pero, mucho más allá de las fronteras visibles de la Iglesia, María consagra en Cristo todo sufrimiento, que ahora ya puede dar fruto. María consuma su Pascua aceptando en la fe que el Hijo nacido de su carne desaparezca en la oscuridad del sepulcro para convertirse en Cuerpo espiritual. Y es que no puede haber Pascua íntegramente realizada sin que muera la carne. Incluso tratándose del Hijo, es preciso que la carne muera y sea sepultada, a fin de que se abran las puertas al poder del Espíritu. Sólo este Espíritu hará que se transforme en Cuerpo espiritual, gracias a una acción aún más poderosa que la de

la Encarnación, aunque en plena coherencia con su dinamismo creador desde los orígenes.

María acepta a la Iglesia

María acepta de antemano esta nueva Presencia de Dios entre los hombres, más misteriosa aún que aquella primera, oculta y secreta Presencia en su propio seno. Acepta el misterio de una Iglesia que es en verdad el Cuerpo de Cristo, a pesar del pecado y la indignidad de los hombres que la componen. Ella es la primera de los creyentes en aceptar ese misterioso paso del Jesús de la historia a su Iglesia-en-el-Espíritu. Y no es que esta Iglesia suceda a un Cristo que se ha ausentado, sino que lo consuma y lo realiza, haciendo que resplandezca absolutamente en el espacio y en el tiempo —de un modo «católico», es decir, universal— «el poder que salía de él y curaba a todos» *(Lc 6,19).*

> *Es María la que, a la puerta misma del sepulcro sellado, nos dice: «Aunque en otro tiempo conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así»* (2 Cor 5,16).

María inaugura la fe pascual y sacramental de la Iglesia. María es la primera —antes incluso que el grupo apostólico, al que en cierta manera engendra ella mediante la fe— en aceptar que el poder de curar y reconciliar permanece siempre activamente en Jesús, si bien de distinta manera que durante su vida terrena. Se trata de una fuerza aún más enterrada en la miseria de los hombres, que en lo sucesivo van a llevar este maravilloso poder «en vasijas de barro» *(2 Cor 4,7).*

María educa a la Iglesia

La «Pietà» es, pues, la primera manifestación concreta de María como Madre de la Iglesia, antes incluso del Pentecostés que habrá de producirse en el Cenáculo.

A la puerta del sepulcro, María es ya la educadora de la Iglesia que va a nacer. A partir de ese momento comienza su nueva misión. Es exactamente como si, al sostener entre sus brazos el Cuerpo del Hijo, pero dejando que las mujeres lo embalsamen y se lo lleven para depositarlo sobre la fría piedra, estuviera María enseñando a la Iglesia a no pretender apoderarse de Cristo. Porque la Iglesia también siente, muy humanamente, la tentación de mantener «secuestrado» a Cristo, creyendo poder encerrarlo en definiciones dogmáticas. Es

preciso que la Iglesia acepte la pobreza y la limitación de su labor teológica, a la vez que de sus definiciones dogmáticas, que no pasan de ser meras aproximaciones a un misterio que es inaccesible, por ser espiritual. La Iglesia, a pesar de las definiciones que la carne crea poder hacer, no debe olvidar que «la carne no sirve para nada», y que «sólo el Espíritu da vida», ese Espíritu que es en sí mismo inaprehensible y siempre desconcertante.

Tenemos en este punto un ejemplo concreto de la manera en que se realiza la misión de María respecto de la comunidad eclesial. En aquellos momentos, María vive personalmente, en una especie de apretada síntesis, lo que habrá de ser vivido por la Iglesia a todo lo largo de su ministerio entre los hombres. María capta de un solo golpe lo que constituirá la larga andadura de la Iglesia en el transcurso de su historia. Nadie posee a Cristo en propiedad, y la «Pietà» enseña a la Iglesia a no creerse la única responsable de Cristo.

Se trata de que la Iglesia acepte que la irradiación de la Presencia no es totalmente planificable y resulta siempre desconcertante, porque depende únicamente de la libertad del Espíritu. Lo cual no significa que la Iglesia deba renunciar a proseguir valientemente con su acción misionera, pero sí que debe remitirse al Espíritu para dejarse llevar, como Pedro, «adonde no quiera» *(Jn 21,18)*. A semejanza del apóstol, que ya no se ciñe él mismo, la Iglesia se deja interpelar por ese mundo al que ha sido enviada. Se trata, consiguientemente, de que la Iglesia acepte su doble, a la vez que único, carácter secundario:

- Secundario respecto del Dios al que ella anuncia, que es el Dios del poder del Espíritu, incluso en el misterio de la Carne destrozada y santificadora del Salvador.
- Y secundario también respecto del mundo, al que la Iglesia sirve anunciándole la buena Nueva de la restauración de todas las cosas en Cristo muerto y resucitado.

Se trata, pues (tanto para María como para la Iglesia), de aceptar valientemente vivir en la fe y no en la visión «clara y distinta». Y se trata de dejar que el Espíritu ocupe su propio lugar en el corazón mismo de la nueva alianza, en la que, al fin, «la tierra será colmada del conocimiento de Dios».

La «Pietà», consumación de la andadura espiritual de la joven de Nazaret, está anunciando el Pentecostés del Cenáculo, donde María recibirá el Espíritu para su nueva misión.

IV

MADRE DE LA IGLESIA Y DE LOS HOMBRES

16

María en el Cenáculo

Enviado de junto al Padre por el Hijo glorificado, el Espíritu participa, desempeñando un papel específico, en el advenimiento del mundo nuevo.

María ya había recibido el Espíritu el día de la Anunciación, pero ahora lo recibe de nuevo, en el Cenáculo, en orden a realizar su nueva misión. Se trata de que, mediante el ministerio de María en la Iglesia, se cumpla plenamente la Alianza. Se trata de que, mediante el don del Espíritu, habite Dios dentro de todos. Se trata de que María realice su servicio de Madre de la Iglesia y de los hombres.

La reflexión teológica y espiritual acerca de la presencia de María en el Cenáculo sólo puede hacerse en íntima relación con la comprensión de la tarea específica del Espíritu en orden a la realización de la Alianza.

El Padre es la fuente

Todo procede del Padre de las luces, que es quien da vida a todo cuanto existe, tanto en el seno de misterio trinitario como en todo el desarrollo de la salvación. Se trata siempre de encontrarse con él y de comulgar con su Amor vivificante. El Hijo y el Espíritu se reciben mutua y eternamente de él, devolviéndole amor por amor. Lo verdaderamente maravilloso es el carácter de esta respuesta de amor, en la que ha sido graciosamente invitado a participar el mundo creado, como consumación perfecta de su finalidad profunda, infinitamente más allá de cuanto podría esperar y desear naturalmente. El acto creador forma parte ya de esta llamada a la Alianza; y en cuanto tal, dícho acto es la obra del Padre, que da origen a todo cuanto existe en la sobreabundancia de su amor.

Con todo, es preciso repetir el antiguo axioma: «las obras de la Trinidad, al exterior de sí misma, son comunes a las tres Personas». Y entre esas obras se cuenta la de la creación.

Lo que acabamos de decir, es cierto, en el sentido de que la existencia de la criatura constituye una determinada participación, limitada pero real, en la vida trinitaria. No hay en esta idea de participación, tan del agrado de Tomás de Aquino, ningún resabio de panteísmo. Sólo Dios es Dios, y sólo las tres Personas participan —y eternamente— en ese flujo y reflujo de amor que constituye la Vida divina. A pesar de lo cual, es el mismo movimiento de caridad el que lo dirige todo:

– el surgimiento eterno, ante el Padre, del Hijo y del Espíritu
– y la presencia ante él de los seres creados, que permanecen eternamente diferentes de él, a la vez que lo reciben todo de él.

Esta analogía es particularmente verdadera en el caso de la criatura humana, que en el acto mismo de su creación recibe una configuración filial, una cierta aptitud «natural» para ser configurada con *el Hijo eterno mediante la acción del Espíritu.*

Se da, pues, una aptitud recíproca:
– aptitud del Hijo para revestirse de humanidad y revelar en ella el misterio del Amor absoluto;
– y aptitud del hombre para alcanzar su pleno desarrollo en un cara a cara filial en presencia del Padre.

El Verbo y el Espíritu tienen el encargo conjunto de traer al mundo creado esta revelación del amor absoluto del Padre. No es posible, sin ocasionar un grave perjuicio al equilibrio del misterio, reducir la noción de revelación exclusivamente a la encarnación del Verbo y a su palabra hablada entre los hombres. También el Espíritu es, a su propia manera, revelador; y la revelación misma del Verbo se realiza «en él». Y aun cuando no haga sino «recordar todo lo que ha dicho el Hijo» *(Jn 14,26),* sólo su presencia permite «acceder a la Verdad completa» *(Jn 16,13).*

Tanto uno como otro actúan incesantemente para que el Padre sea conducido en su Amor y para que el universo creado, recapitulado en el Hijo lleno de Espíritu, alcance su pleno desarrollo retornando a su Fuente.

Espíritu de Pentecostés

La venida del Espíritu Santo en la mañana de Pentecostés constituye, pues, la consumación perfecta y necesaria (y en modo alguno ocasional) de la Pascua del Hijo.

Es preciso recordar con idéntica insistencia:
– cómo únicamente la resurrección realiza plenamente y manifiesta el valor salvífico de la muerte;
– y cómo únicamente la efusión del Espíritu en Pentecostés realiza también plenamente la resurrección.

El gesto pascual del Hijo, que se ofrece al Padre en su amor eterno a los hombres, no puede tener término en el misterio de muerte que se consuma en la cruz. Pero tampoco puede culminar en la resurrección únicamente del Hijo, en la medida en que esta resurrección

es tan sólo el comienzo de esas «cosas nuevas» que deben irradiar sobre el mundo y que son las obras propias del Espíritu. Jesús resucita como investido por el Padre de su vocación de «Primogénito»; consiguientemente, tiene que «enviar de junto al Padre» *(Jn 16,7)* el Espíritu de la comunión trinitaria para, de ese modo, permitir a sus hermanos consumar también ellos su propia Pascua. Tenemos que decir, con Juan, que el Espíritu es concedido por el Padre, pero también que es enviado por el Hijo, porque es éste quien nos hace acceder a la comunión trinitaria, finalidad última de todo el proceso de la Alianza.

La nueva venida del Espíritu sobre María

¿Qué decir de la presencia de María en el Cenáculo mientras se prepara y se verifica la nueva venida del Espíritu? La que ya había recibido el Espíritu Santo el día de la Anunciación vuelve a recibirlo, aunque de una manera nueva, el día de Pentecostés, en orden al desempeño de su nueva misión materna. El itinerario pascual de María se asemeja al de su Hijo. Evoquemos primero sus etapas:

1. En el momento en que muere su Hijo en el Calvario, muere también la propia María a su maternidad física respecto del único Jesús de la historia, para renacer en la mañana de Pascua con una fe renovada en la función recapituladora de su Hijo resucitado. Jesús no le es arrebatado para despojarla a ella, sino para serle dado al mundo.

2. En este sentido, el gesto creyente de María en la mañana de Pascua no se reduce únicamente a reconocer el poder del Padre en el hecho de que su Hijo Jesús no haya quedado prisionero de la muerte; consiste también, y sobre todo, en que acepta la vocación recapituladora de Aquél que vino para llevar a cabo la salvación. Jesús no le pertenece a María, sino que es dado por el Padre a todos los hombres. Y María no habría podido desarrollar plenamente su fe pascual si hubiera creído que iba a recuperar para sí a su Hijo, que le habría sido arrebatado tan sólo de manera provisional. Por consiguiente, para María significa una misma cosa aceptar su nueva maternidad eclesial y reconocer a su Hijo como «Primogénito de entre los muertos» *(Col 1,18)*.

3. Este acto de fe de la mañana de Pascua culmina, para María antes que para nadie, en el Cenáculo, en forma de súplica al Espíritu Santo para que venga y realice su propia obra. Y la obra del Espíritu en Pentecostés consiste, a la vez,

– en entregar al Hijo el pueblo de hermanos, que ahora queda a su cargo como pastor y primogénito;
– y en mostrar a María el camino de su nueva misión materna para con la Iglesia y la humanidad.

La oración de María en el Cenáculo, por lo tanto, es a la vez aceptación de la nueva imagen de su Hijo resucitado y aceptación de su nueva misión materna.

Anunciación y Pentecostés

Conviene, pues, considerar a un tiempo la semejanza y la diferencia entre ambas venidas del Espíritu sobre María, y aproximar, como ya lo hizo el Vaticano II, la Anunciación y Pentecostés.

1. Se da una verdadera semejanza, en la medida en que cada vez que el Espíritu es enviado de junto al Padre, es en orden a la realización de una tarea. En ambos casos se trata de que se realice la obra de la salvación y se haga efectiva la comunión entre Dios y los hombres. Si María es escogida como Madre de Cristo y, más tarde, como Madre de la Iglesia y de los hombres, no es para su propio provecho ni para su glorificación. Lo que hace el Espíritu es encargarle una misión y dotarla de cuanto necesita para llevar a cabo una tarea.

2. Pero se da también una verdadera diferencia, porque la primera misión del Espíritu está al servicio de la segunda. Cuando el Espíritu viene por primera vez sobre María, el día de la Anunciación, y le permite convertirse en la Madre del Hijo, es para que éste, una vez muerto y resucitado, envíe el Espíritu, de junto al Padre, sobre todos los hombres como el «Dios que habita en lo más íntimo del corazón». Repitamos una vez más las palabras de Atanasio:

«Fue para que nos hiciéramos portadores del Espíritu por lo que se hizo Cristo portador de nuestra carne».

La primera venida del Espíritu pertenece, pues, al orden de los «medios», porque realiza la salvación en su aspecto purificador y redentor, es decir, en su dimensión de inacabamiento y de espera. La segunda misión, por el contrario, es la única que pertenece al orden de los «fines», porque es la consumación de la Alianza como santificación eficaz, íntima y plenaria a la vez. Y el orden de los «fines» es superior al orden de los «medios», del mismo modo que únicamente la santificación realiza plenamente la redención.

3. Pero aún hay otra diferencia más importante. En su primera misión, el Espíritu no viene sobre María para hacer santo al «Emma-

nuel», que ya es Santo desde siempre. Lo que hace el Espíritu es preparar un ámbito de acogida, pero permaneciendo como sometido al Hijo, que realiza por sí mismo la presencia de su Persona divina en el seno de una humanidad creada. El Espíritu es el «maestro de obras», pero en beneficio del Hijo.

Sin embargo, en la segunda misión —que, evidentemente, no es opuesta a la primera, sino complementaria de ella— es el Hijo glorificado quien envía el Espíritu de junto al Padre, devolviendo al Espíritu, por así decirlo, el servicio ministerial que éste le había prestado a él anteriormente. El Hijo da el Espíritu a la humanidad para que ésta se convierta en su propio Cuerpo (de Cristo), se sacie de la plenitud del Resucitado y, de este modo, efectúe su retorno al Padre.

Entonces, y sólo entonces, tiene lugar la consumación de todo el proceso de la salvación, cuyo punto de llegada no era la reconciliación, sino la transfiguración de todas las cosas mediante la irrupción del Espíritu y la integración en el amor filial. Es el tiempo de la plena acogida del amor paterno y la acción de gracias infinita por la sobreabundancia de dicho amor. Es el tiempo de la «Alabanza de Gloria», tan estimada por Pablo y por Isabel de la Trinidad. La humanidad y, a través de ella, el cosmos se inmortalizan en la acogida de este amor del Padre, realizando así su vocación.

No hay encarnación de la tercara Persona, como la hubo de la segunda, sino que se trata de algo aún mejor, si se nos permite decirlo. Se trata del tiempo de la Presencia íntima de Dios en todos. El Espíritu no asume una humanidad individual, sino que «diviniza» a la humanidad entera. De este modo, la creación entera llega a su plenitud: ser Morada de Dios.

Maternidad divina y maternidad eclesial

Pasando a la teología mariana, es menester sacar las conclusiones de este encadenamiento de misiones del Espíritu. Y hemos de decir que también para María su primera misión pertenece al orden de los «medios», y la segunda al orden de los «fines». María es escogida por el Padre y colmada del Espíritu para convertirse en Madre de Cristo, pero a fin de poder llegar, mediante ello, a ser Madre de la Iglesia y Madre de los hombres. Es evidente, pues, que el privilegio de la maternidad divina de María está en función de su maternidad eclesial.

Lo cual no significa en modo alguno desdeñar la maternidad divina, sino situarla en el dinamismo general de la salvación y hacer que resplandezca con todo su auténtico brillo. La plena realización del designio de la Alianza no consiste en la mera redención, sino en la santificación en virtud del don personal y eclesial de la tercera Persona. Y el misterio de María no puede desvelarse realmente si no es presentado en este marco. Con lo cual hemos llegado a una especie de anticipación de la conclusión de nuestro trabajo de búsqueda. María —y éste es su privilegio y su gloria— es ciertamente Madre de Dios; pero lo es con el fin de llevar a cabo su segunda y más plenaria vocación: la de ser Madre de la Iglesia y de los hombres. El Padre, en su amor universal, quiere positivamente esta sucesión de tareas para María. Y es él quien propicia una y otra mediante sendas donaciones específicas del Espíritu.

María, pues, no se halla presente en el Cenáculo, en medio de los discípulos, por casualidad. Está allí para acoger esta nueva venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia y sobre ella misma, que le es absolutamente necesaria para desempeñar hasta el final la tarea que le corresponde en el misterio de la salvación. La venida del Espíritu Santo en el clima de recogimiento del Cenáculo no tiene utilidad, por lo tanto, únicamente para la Iglesia, sino, ante todo, para María, que recibe una nueva misión y es capacitada para llevarla a cabo.

En nuestra conclusión, volveremos de nuevo sobre la íntima relación existente entre la oración de María y la misión de la Iglesia. Los apostóles no se quedaron pusilánimemente encerrados en el Cenáculo para manifestarse mutuamente su asombro ante la venida del Espíritu, sino que salieron afuera y marcharon mucho más allá de Jerusalén para «anunciar la Buena Nueva a toda criatura».

Pero María no puso punto final a su obra en el Cenáculo, sino que echó sobre sus animosos hombros la carga de una nueva misión. Claramente conscientes, por tanto, de la estrecha vinculación existente entre la nueva tarea de María y la misión de la Iglesia, vamos ahora a presentar una serie de facetas de su siempre actual acción entre nosotros.

17

Asunción de María y resurrección de la carne

Hemos sido creados para resucitar en Cristo. Sólo esta afirmación de la fe expresa adecuadamente el valor del cuerpo y la realidad de nuestra comunión integral en el misterio de Cristo. Sólo así conocemos verdaderamente al hombre y su maravillosa vocación a partir del acto creador.

La Asunción de María arroja una nueva luz sobre todo ello. Una mujer de nuestra raza ha sido glorificada junto a Cristo y nos expresa toda la belleza de nuestra vocación.

---

1. La afirmación dogmática de la Asunción corporal de María no puede hacerse ni ser mantenida al margen de una reflexión sobre la resurrección de nuestros cuerpos.

2. Tanto una como otra pueden brotar de la persona de Cristo glorificado, que se dejó ver en la mañana de Pascua con un verdadero cuerpo, si bien esta realidad concreta del «Cuerpo espiritual» sigue siendo para nosotros absolutamente irrepresentable.

3. El dogma de la resurrección de la carne es esencial a la concepción cristiana del hombre. Dicho dogma presenta al hombre como enteramente salvado y «salvable», porque es amado por su Creador en la originalidad de su propio misterio, a la vez carnal y espiritual. Pero esta afirmación dogmática no arroja absolutamente ninguna luz sobre el modo en que podrá tener lugar la mencionada resurrección. Y nosotros, en la fe, debemos respetar este silencio.

4. Tampoco debemos dejarnos engañar acerca de los límites de la enseñanza que nos proporciona el dogma mariano de la Asunción, que afirma positivamente dos cosas:

— que María ha sido totalmente salvada, en cuerpo y alma, con lo que ha quedado plenamente asociada a la gloria de su Hijo. Afirma, por tanto, que la obra salvífica de Jesús ya ha prosperado plenamente, no sólo en la glorificación de su propia humanidad creada, sino también, cuando menos, en esa criatura que es su Madre. Lo cual implica que la obra salvífica del «Emmanuel» apunta a todo el hombre, al hombre en su totalidad, incluido su cuerpo. Por lo tanto, se trata realmente de esa salvación plenaria, respetuosa de todo el hombre, que es deseada por la experiencia humana y anunciada por la Biblia;

— y que María no goza del privilegio de la Asunción a título personal, como recompensa a su santidad de vida, sino en su con-

dición de Madre de los hombres y como anuncio de la salvación universal. Tal vez este aspecto quedara subrayado por el hecho de que el Papa Pío XII no promulgara este dogma el 15 de agosto, fiesta de la Asunción, sino el día de Todos los Santos, el 1 de noviembre de 1950. Cosa que, por otra parte, ha sido debidamente subrayada por la teología mariana del Vaticano II. El tema es importante, consiguientemente, a la hora de concretar la incidencia eclesial y humana de la vocación de María hasta llegar a su perfecta y definitiva realización.

5. Pero no conviene olvidar aquellas otras cosas que el dogma sigue dejando en penumbra:

– Por una parte, el tema del desenlace de la vida terrena de María. ¿Desembocó en la Pascua de la muerte, al igual que sucedió con la vida de su Hijo y de los demás creyentes? Aunque el texto de la promulgación dogmática no se define sobre este controvertido punto, parece haber un consenso cada vez más amplio en el sentido de una respuesta afirmativa a esta pregunta. Y cuanto más se insiste en la consumación pascual del destino humano en el misterio de la muerte corporal, tanto más se siente la necesidad de no excluir a María de semejante trance humano y espiritual.

– Por otra parte, el dogma deja también en una penumbra que hay que respetar el modo concreto de la glorificación final de la criatura. Y, si bien afirma nuestra fe en la resurrección de nuestros cuerpos en Cristo, observa una total discreción, sin embargo, acerca del «como» de dicha resurrección y del «estado» del cuerpo glorificado. Por eso debemos esperar del dogma de la Asunción de María que garantice nuestra fe en la resurrección de la carne; pero, al mismo tiempo, no debemos esperar de él lo que, indudablemente, no puede ni quiere decirnos.

Es así como aprenderemos a caminar en la penumbra de la fe, con la absoluta certeza de nuestra glorificación final y con los ojos puestos en María, cuyo rostro glorificado resplandece en el horizonte de nuestras vidas, iluminado a su vez por el Rostro humano y glorificado de su Hijo.

Gloria del cuerpo salvado

Veamos este conjunto de «tesis» de un modo algo más elaborado.

La afirmación dogmática de la Asunción corporal de María brilla, en el centro mismo de nuestro siglo, frente al redescubrimiento del

valor del cuerpo, y no precisamente para condenarlo, sino para iluminarlo con el esplendor del proyecto de Dios sobre el hombre en su totalidad, incluido su cuerpo, y para permitirle expandirse y superarse a sí mismo a la luz de una claridad digna de Dios.

La misma afirmación dogmática brilla en el corazón mismo de una reflexión teológica occidental que ahora hunde mejor sus raíces en el pensamiento bíblico y que está reexplorando los caminos de la reflexión teológica de las Iglesias orientales. Este nuevo enfoque se atreve ya a criticar la desafortunada división entre alma y cuerpo, rechazándola como incapaz de expresar la verdad del hombre.

Y brilla, por último, en estas postrimerías de nuestro siglo, frente a un pensamiento científico que duda cada vez más de la posibilidad misma de una resurrección de la carne. Este pensamiento contemporáneo tiene urgente necesidad de una nueva palabra de la Iglesia, no para renunciar a esta afirmación tradicional y esencial de la fe, sino para expresar con mayor claridad lo que el dogma afirma y lo que el mismo dogma deja en la penunbra.

Rostro de Cristo

Lo que brilla en el centro de la reflexión eclesial acerca del misterio del hombre, incluso en lo que se refiere a María, es, evidentemente, el Rostro de Cristo glorificado. Es el «Este es el Hombre» —tal vez irónico, tal vez desalentado— de Pilato lo que resuena de nuevo en la mañana de Pascua como confesión de la Iglesia ante su Señor glorificado. El Señor es un hombre, uno de nosotros, «en todo semejante a nosotros, menos en el pecado»; y su resurrección en el Espíritu no ha suprimido en lo más mínimo, sino que ha perfeccionado todas sus riquezas de hombre. Resucita como hombre-para-el-Padre y como hombre verdadero. Resucita, en fin, y sobre todo, como hombre definitivo, y por eso es tan importante distinguir su resurrección de cualquier reanimación de un cadáver. Porque una reanimación, un retorno a la vida anterior a la Pascua, significaría la más radical decepción de nuestra espera, y entonces podríamos decir con los discípulos de Emaús: «Nosotros esperábamos que sería él..., ¡pero no ha pasado nada!» *(Lc 24,21)*.

Nosotros esperábamos que sería él, el Salvador, quien trajera a los hombres el futuro absoluto con el que sueñan y para el que intuyen borrosamente que han sido hechos. Pero he aquí que la presencia

de su cadáver reanimado entre nosotros nos condena a seguir buscando sin rumbo fijo y nos encierra con él en un enorme engaño...

Es preciso reconocer que la perspectiva de la fe en lo que se refiere a la resurrección de Jesús y, consiguientemente, a nuestra propia resurrección, es un tanto estrecha:

- Evidentemente, debe tratarse de una resurrección verdadera y total, es decir, corporal, para que uno de nosotros acceda al lado del Padre en la plenitud de su humanidad glorificada y, de este modo, nos abra el camino de un futuro absoluto que no concierna exclusivamente a nuestros espíritus y a nuestras «almas». Es el hombre entero el que tiene necesidad de salvación; y si Cristo es Salvador, ha de serlo del hombre entero. No puede olvidarse que el argumento de la tumba vacía no es utilizado jamás por Pablo en su anuncio de la resurrección. Pero hemos de hacer honor a la posibilidad de lo que dicho argumento subraya.
- Ahora bien, tampoco hay que olvidar la enseñanza del mismo Pablo acerca de la resurrección, tanto la de Cristo como la nuestra: «se siembra corrupción y resucita incorrupción» *(1 Cor 15,44)*.

De una cosa a la otra, de la corrupción a la incorrupción, se produce la ruptura de una auténtica metamorfosis. Y si, en la fe, debemos afirmar la realidad y la consistencia de ese «cuerpo espiritual» (incorrupción), también debemos afirmar, al mismo tiempo, nuestro absoluto desconocimiento de sus «propiedades». Tal vez sea este reconocimiento de un «no-saber» lo que se echa en falta en el discurso de la Iglesia a este respecto; y, sin embargo, dicho reconocimiento podría significar la reconciliación de muchos científicos con la afirmación de la fe. Sucede con la realidad del cuerpo resucitado lo mismo que con esa otra realidad que es la eternidad de Dios: que resulta indispensable aferrarse a ella y creer en ella, pero reconocemos que no sabemos nada acerca del «cómo» de lo que afirmamos.

Conocimiento cristiano del hombre

La resurreción de Jesús y su condición de Viviente, tal como «se dejó ver» por algunos, se halla en el centro mismo de la reflexión cristológica y es la piedra angular que sostiene todo el edificio de dicha reflexión. De la misma manera, el dogma de la resurrección de la car-

ne, de nuestra carne, resulta esencial para el conocimiento cristiano del hombre.

De este dogma depende la novedad del evangelio y la subversiva radicalidad del anuncio de los tiempos últimos y definitivos:

«He aquí que lo viejo ha pasado
y todo es nuevo» (cfr. 2 Cor 5,17).

El cristianismo, efectivamente, no es una religión entre otras muchas, una hipótesis plausible para aquellos hombres que se plantean el problema del sentido de su existencia y esperan escapar de ese modo al absurdo de la muerte. El cristianismo significa la radicalidad del hombre nuevo, de ese Hombre nuevo que es Cristo, en quien *Todos nosotros* podemos ser renovados *por entero.*

«No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres
por el que podamos salvarnos» (Hech 4,12).

Hay que insistir mucho en el «todos nosotros». Jesús, el Hombre Nuevo, es el Salvador de todos y cada uno de los hombres, mucho más allá de las fronteras visibles de la Iglesia y de las Iglesias. Pero hay que insistir con la misma fuerza en el «por entero». Es el hombre entero el que es salvado y, consiguientemente, «salvable», porque es amado «por entero» por Dios, su Creador fiel, en su propio misterio, a un tiempo carnal y espiritual. Es el Dios Creador el que es Salvador. Ireneo de Lyon lo recordaba insistentemente frente a la gnosis dualista. El Dios Creador de todo es el Salvador de todo. Por eso es al *todo* del hombre adonde apunta la palabra «católico», y es en este sentido como el Dios de los cristianos es verdaderamente «católico», es decir, universal. Dios ama toda su obra y no puede despreciar nada de ella.

El dualismo maniqueo, que atraviesa como un hilo sombrío toda la tradición teológica y espiritual de Occidente, es la antítesis irreconciliable de la plenitud gozosa de ese Dios. El cardenal Joseph Ratzinger recordaba, en una reciente conferencia, que el insistir en el *dogma* de la creación es verdaderamente esencial para proponer correcta y equilibradamente la fe cristiana, en particular por lo que se refiere a Cristo. No hay que olvidar nunca que el Creador es el Salvador si se quiere sentir verdadero asombro ante el abismo que Dios tiene que franquear para hacerse uno de nosotros. De nosotros lo toma todo, excepto el pecado, y es todo nuestro ser por entero lo que él conduce a la claridad de su resurrección y, en su ascensión, a la manifestación definitiva de lo que Dios quiere para el hombre. Tal es la pasmosa belleza espiritual de la andadura humana de Jesús, Hijo del Padre; tales

son los insospechados horizontes que él abre a nuestra concepción del hombre.

Una mujer en la claridad de Dios

Por supuesto que el dogma de la Asunción de María no va en contra de los anteriores fundamentos, sino que los ilumina con una luz aún más intensa. Y es preciso sostener, adhiriéndose a ella en la fe, toda la riqueza de los siguientes componentes:

1. Es una mujer de nuestra raza la que es glorificada junto a Cristo, ante el Padre, en la claridad radiante del Espíritu de amor.

Es una criatura, una de nosotros, la que es «asumida» junto a Dios y ve cómo se realiza en ella, incluso en su cuerpo, el futuro absoluto del hombre creado. Es verdad que también el propio Cristo es uno de nosotros en toda la extensión de la palabra, y así lo recuerda acertadamente la actual reflexión teológica. Pero también debe ser respetado el misterio de la unión de este hombre con el Verbo de Dios, a la vez que la vocación verdaderamente única del hombre de Nazaret, querido expresamente por Dios como recapitulador de la humanidad. María no es mujer en mayor medida que es hombre Jesús, pero nosotros sí la sentimos más como una de nosotros. Todo en ella es propio de nuestra raza. Y cuando la sabemos y la contemplamos glorificada en presencia del Padre, nos gozamos en lo que nos ha sido prometido y adquirimos una conciencia de ello aún mayor, en una esperanza que ilumina nuestra ruta.

2. Pero no es cualquier mujer la que realiza de ese modo el destino de esa humanidad de la que procede.

Se trata de la Madre de Jesús, de la Madre del Hijo de Dios, y en su Asunción se nos revela la insospechada riqueza del ministerio materno. Es conocida la anécdota de monseñor Sarto (que más tarde sería san Pío X), que, cuando enseñó a su madre su anillo pastoral, oyó cómo ésta le decía con justificado orgullo: «no llevarías ese anillo, hijo mío, si antes no hubiera llevado yo en mi dedo la alianza de mi matrimonio con tu padre». Y conozco yo a muchos sacerdotes que saben perfectamente que su ordenación no les pone por encima de sus progenitores, con una especie de dignidad inaccesible, sino que dicha ordenación hunde sus raíces en la belleza del misterio conyugal que sus padres vivieron.

Cristo glorifica a su Madre y, de ese modo, pone de manifiesto la belleza teologal del amor humano. La Asunción de María contribuye

a hacernos saber hasta qué punto es el amor humano imagen del amor del Padre invisible, y hasta qué punto obtiene en esta fuente no sólo su capacidad de abnegación humana, sino también su valor de revelación. Sabemos, y no lo olvidamos, que Dios es el Totalmente Otro, y que la palabra «amor», aplicada a un tiempo a lo que nosotros vivimos y a lo que vive él, no es sino aproximativa. Pero es bueno que veamos cómo Dios, mediante la Asunción corporal de la Madre de su Hijo, autentifica el poder revelador del amor materno. Y tal vez tampoco estaría mal que, a la hora de reflexionar sobre el dogma de la Asunción de María, pusiéramos más de relieve lo que este dogma supone de claridad para una reflexión creyente sobre el amor materno y sobre todo amor humano.

Un cántico de esperanza

El dogma de la Asunción de María es un cántico de victoria y de esperanza en medio de la oscuridad de nuestra noche.

Por supuesto que no es María la antífona inaugural de dicho cántico, porque a quien primero aclamamos es a Cristo, Primogénito del Padre y de nuestra humanidad restaurada. Pero sí es María una especie de estribillo que se añade a la alabanza y proporciona a ésta una tonalidad íntima y gozosa. María se encuentra junto al Padre; y se halla toda ella entera, en el esplendor de su femineidad. Gracias a ella sabemos que la obra salvífica de Jesús ha tenido ya pleno éxito, no sólo en la glorificación por parte del Padre de su propia humanidad creada, sino también en esta criatura que es su Madre. Y esta glorificación, que es algo que esperamos para todos los salvados, sabemos, gracias a la afirmación infalible de la Iglesia, que es ya una realidad para María.

La afirmación dogmática, como suele suceder con los dogmas, no dice más que lo indispensable. No afirma, pues, que sólo María es asumida, sino que al menos ella lo ha sido, y que no tenemos derecho a dudar que lo ha sido, en unión con su Hijo y como célula inicial del mundo salvado. Lo que gozosa y esperanzadamente afirmamos, por tanto, es que la obra del «Emmanuel» apunta al hombre entero, incluido su cuerpo, y que, por consiguiente, es la salvación plena, respetuosa de todo el hombre. Esta salvación plena es deseada y postulada por la experiencia humana, especialmente en estos tiempos en que el hombre contemporáneo rechaza la desafortunada separación entre alma y cuerpo e integra el valor de éste en toda reflexión sobre

el hombre debidamente hecha. Y la misma salvación plena es anunciada por la Biblia, en tanto en cuanto el pensamiento bíblico no manifiesta desprecio por el cuerpo ni cede a ningún tipo de maniqueísmo, verdaderamente funesto para la belleza de la salvación.

La Asunción de María nos recuerda, a la vez,
– la extraordinaria belleza de nuestra vocación última
– y la insoslayable realidad de nuestra andadura humana.

María es asumida al cielo no porque tenga derecho a ello ni porque sea realmente necesario que su Hijo la recompense por sus méritos y su generosa cooperación a la obra de la salvación, sino porque no PUEDE seguir en la tierra. Se trata, evidentemente, de conveniencia, no de necesidad absoluta, como ocurre siempre, por lo demás, en cualquier teología «humilde», que nunca debe dejar de afirmar la absoluta libertad de un Dios que todo lo puede.

Pero, aunque afirmemos que María no *puede* seguir en la tierra, no se sigue de ello que la tierra no sea más que un «valle de lágrimas» en el que hayamos de sentirnos necesariamente desdichados y no podamos vivir la aventura maravillosa de la comunión con Dios. Semejante actitud de ánimo estaría en realidad condenando toda experiencia honrada de santidad, aparte de que significaría negarle todo valor al misterio de la Iglesia, Cuerpo de Cristo.

Pero debemos afirmar también que esta vida terrena, a pesar de todo, no es más que lugar de paso y de maduración. El hombre, aun bajo la dependencia de la gracia, se convierte poco a poco en lo que debe ser, pero sin llegar a serlo del todo. María, por el contrario, ha llegado al final del camino, ha cumplido a la perfección la obra que el Padre le había encomendado. Y ahora, en este misterio de glorificación, y a semejanza y en unión con su Hijo, «va al Padre» *(Jn 17,11)*.

Así es como María se halla en el horizonte de la glorificación del hombre por la gracia. Ella ya ha quedado «acabada», perfectamente realizada, en virtud de su libre cooperación a lo que Dios quería hacer en ella y a través de ella, y que ella aceptó libre y alegremente. Pero no sería exacto decir que María accede pasivamente al «reposo» de Dios, porque, en virtud de su glorificación, se hace supremamente activa, y en lo sucesivo va a ejercer su propia responsabilidad en la obra incesante de la salvación de un modo mucho más eficaz y mucho más total que todo cuanto pudo haber vivido hasta entonces en la Iglesia, primero con los apóstoles en el Cenáculo, y más tarde en el seno de la comunidad eclesial de Efeso, agrupada en torno a Juan.

María recibe autoridad no sólo sobre «diez ciudades», sino sobre la totalidad del Cuerpo de Cristo, en orden a la realización de su crecimiento. Por eso se encuentra María, en el cielo, en una posición totalmente distinta de la de Pedro o la de Pablo. Ella participa de manera verdaderamente única en la realización de ese Cuerpo de Cristo, su Hijo, del cual es ella el modelo desde el principio, en virtud de su aceptación de la Palabra y su libre adhesión de fe. Ella coopera en el alumbramiento del Cristo futuro, y de un modo tan real como lo hizo en la realización histórica del cuerpo humano de Jesús, en su crecimiento y en el despertar de su inteligencia de hombre. Lo cual no significa menospreciar la prioridad de la acción del Espíritu, sino, por el contrario, respetar la mediación humana de la gracia y saber, en la fe, hasta qué punto nuestra sintonía con ella supera y trasciende las brumas de nuestra itinerancia.

La penumbra del dogma

Me gustaría concluir con lo dicho estas reflexiones acerca de la Asunción de María. Pero sería decir demasiado o demasiado poco, y la labor del teólogo ha de ser lo más precisa posible. El subrayar lo que el dogma no dice también sirve para educar nuestra vida de fe.

No hemos dicho nada acerca del «cómo» de esta glorificación, y es que no puede deducirse del dogma ninguna explicación acerca de los «cuerpos gloriosos». Si las mismas apariciones del Resucitado no posibilitan ninguna descripción de su Cuerpo de gloria, con mucha más razón la afirmación dogmática de la Asunción de María nos sitúa en el ámbito de la pura fe, lejos de toda constatación sensible o de toda posible descripción de lo que creemos. De lo cual debería seguirse un determinado «discurso» eclesial. Las Iglesias de nuestro tiempo deben, indudablemente, pertrecharse nuevamente de humildad y de discreción para hablar de la resurrección. La fundada insistencia con que afirmamos la verdad de la resurrección de la carne no debería permitirnos hacer determinadas precisiones que no podemos controlar acerca del estado del cuerpo resucitado. Creemos que Dios resucita el cuerpo, porque es un Dios creador y fiel y porque ama a toda su obra. Pero no sabemos en absoluto *cómo* lo hará ni lo que de ello se seguirá para nosotros, para nuestra relación con el cosmos, entre nosotros mismos y con El. No se trata de incapacidad del lenguaje ni de vuelva atrás. Se trata, simplemente, de respeto por el misterio, en el que el creyente afirma tranquilamente creer, pero reconoce humildemente que no sabe.

18

María y el misterio de la mujer

La vocación de María produce en ella el pleno desarrollo de los valores de la femineidad. Es en este sentido en el que María puede ayudar a sentar una serie de bases referentes al misterio de la mujer.

Es el Espíritu Santo el que permite a María llevar a cabo su doble vocación, el que hace que llegue y crezca el amor, y el que suscita el cuidado de dicho amor.

El ministerio de María, tanto respecto de Cristo como de la Iglesia, es un ministerio de crecimiento y de educación. Muestra que la mujer tiene en la Iglesia una tarea propia de servir de recuerdo y de llamada de atención. El diaconado, como recuerdo de la importancia del servicio, podría serle muy propio.

María es coronada como Madre de los Vivientes. Y en ella es coronada toda mujer.

Antes de pasar adelante, conviene hacer dos observaciones importantes:

1. Sería pecar de presunción y de ingenuidad el pretender esclarecer exhaustivamente el complejo asunto, marcado por tantos apasionamientos, del lugar de la mujer en la economía salvífica, en la historia concreta de la humanidad y en la Iglesia. Monseñor Decourtray, arzobispo de Lyon, no tiene reparo en afirmar, con mucho acierto, que el problema del lugar de la mujer en el mundo y en la Iglesia es uno de los problemas más importantes que se plantean hoy, en estas difíciles vísperas del siglo XXI.

Yo sólo pido al lector —¡o lectora!— que comprenda por qué me atrevo a abordar este asunto en esta última etapa de nuestra reflexión mariana. A lo largo del libro he tratado de mostrar cómo la teología mariana es una teología de referencia, y cómo la manera en que se haga incide profundamente en los problemas que conciernen al hombre y a la Iglesia. Pienso haber contribuido a mostrar que no es posible hacer una buena teología mariana de manera aislada y cerrada en sí misma, sino que hay que hacerla sin complejos, en relación con todos los problemas que cada día se le plantean a la comunidad eclesial en su esfuerzo misionero dirigido a los hombres. El concepto de «vocación» nos ha servido de hilo conductor, y hemos tratado de definir la doble y única vocación de María como Madre de Cristo y Madre de los hombres.

Por eso, únicamente desde la óptica de la vocación vamos a sentar una serie de bases de reflexión a propósito de la mujer. La vocación de María, que realiza esplendorosamente los valores de su femineidad en su aceptación de la voluntad del Padre, es útil para hablar más adecuadamente de la vocación específica de la mujer en la historia de los hombres y en la Iglesia.

2. Soy consciente de mi tendencia a abusar de la palabra «misterio», y en diversas ocasiones he suprimido esta palabra en títulos y subtítulos después de haberla puesto. Pero me cuesta renunciar a ella en este capítulo, porque mi reflexión no pretende ser la de un sociólogo. El hecho de que el «segundo sexo» esté accediendo en nuestros días a un nuevo estatuto de reconocimiento, y que este reconocimiento deba tener repercusiones en la jerarquía masculina de la Iglesia, carece relativamente de importancia para la reflexión que me propongo hacer. No niego que la idea de este capítulo no se me habría ocurrido si no se diera tal hecho, pero no es él el que motiva mi reflexión.

La consideración atenta del ministerio de María y de su vocación específica en la historia de la salvación me ha sugerido la idea de que dicha vocación puede iluminar la de cualquier mujer llamada por Dios a la alianza a través de los valores propios de su femineidad. Por supuesto que la mujer no es más «misterio» que el hombre, pero al menos es tan «misterio» como él. Y el hecho de que el trabajo teológico haya sido hecho prácticamente siempre por hombres ha influido innegablemente en el discurso de los teólogos y de la jerarquía. Esperando que surjan más mujeres que las que actualmente lo hacen, capaces de proponer una reflexión teológica válida y desapasionada, voy a limitarme, como he dicho, a sentar una serie de bases a la luz de lo que la vocación específica de María me ha permitido descubrir.

I. LA FUNCION «MATERNA» DEL ESPIRITU

Nuestros estudios de teología mariana nos han llevado a volver una y otra vez al misterio trinitario. Y es que es absolutamente cierto que toda pesquisa en torno al desarrollo del misterio de la salvación ha de apoyarse en una mirada respetuosa, pero no por ello menos audaz, en dirección a la intimidad divina. María no había «merecido» su vocación ni su tarea. Las recibió del Padre por medio del Hijo y del Espíritu.

Hemos tenido ocasión de descubrir una acción propia del Espíritu en cada una de las vocaciones maternas de María. Es el Espíritu quien, a modo de ministerio, actúa para con la Persona del Hijo a fin de que éste halle en María su morada, pueda recorrer con toda honestidad su itinerario humano y, finalmente, reciba del Padre la investidura pascual, convirtiéndose en el Primogénito encargado de reca-

pitular a la humanidad fraterna. Esta primera acción del Espíritu, que «reposa» en María para que se convierta en «Morada», permite a ésta realizar su maternidad carnal.

Una vez regresado junto al Padre, es el propio Hijo quien envía al Espíritu Santo de junto al Padre, no para una nueva encarnación, sino para que penetre en todos los seres espirituales mediante el misterio de la Presencia. Y en este segundo estadio realiza María la otra vertiente de su función materna: actúa en comunión con el Espíritu para que la humanidad, y toda la creación mediante ella, se convierta en «Morada».

En esta doble tarea, la Persona del Espíritu manifiesta la capacidad que reside en el mismo Dios de hacer llegar al amor y crecer en el mismo. No se trata de darle a la Persona del Espíritu ningún tipo de connotación sexual, aunque lo que acabamos de decir sí parece ser que tendría más analogía con la vocación masculina, puesto que se trata de hacer surgir en la intimidad de un ser una realidad nueva. Pero hay también en la función propia del Espíritu una dimensión de espera, de educación, de paciente pedagogía, a la que fue muy sensible un Ireneo de Lyon; y es únicamente en este sentido como puede hablarse de una función «materna» del Espíritu Santo, el cual vela, hace crecer y conduce a la plena realización, «hasta ver a Cristo formado en vosotros» *(Gal 4,19)*.

Por supuesto que no se trata ni de olvidar ni de relativizar en exceso la tarea que le compete en la realización de la Alianza. Pero hemos de rechazar decididamente ese enclaustramiento en Cristo, ese «cristo-monismo» que enreda a nuestra teología occidental en tantos problemas insolubles y que se traduce, en la pastoral, en exclusividades carentes de esperanza.

La consideración de la acogida que María presta al Espíritu es uno de los medios por los que la Iglesia se ha hecho más atenta a la obra propia del Espíritu. También ahí la teología mariana se nos muestra como verdadero lugar de referencia y de verificación.

II. LA FEMINEIDAD COMO «MINISTERIO»

María se adapta a la lentitud y a la paciencia de esta acción del Espíritu. Ella es Madre y educadora, primero con el propio Jesús, y más tarde con la Iglesia y con cada uno de nosotros. De este modo

realiza en la comunidad de los salvados un ministerio realmente discreto e indispensable. Es, a la vez, la Esposa que acoge a su Señor y se deja fecundar por él, y la Madre que cuida solícita del don recibido, para que pueda llegar a su madurez.

Su adhesión de fe a esta tarea puede hacerle ver a nuestra época que el misterio de la femineidad no está hecho ante todo de pasividad y sumisión, sino de colaboración específica. La tarea de la mujer en la comunidad humana y en la Iglesia no consiste en contestar el papel que desempeña el hombre ni en reivindicar un igualitarismo carente de matices.

Por lo que se refiere a la vida eclesial, tal vez habría que decir que la tarea propia de la femineidad es un ministerio de *memoria*. Si el ministerio de presidir actualiza más la palabra creadora de Cristo y la interpelación de Dios Padre, que se adelanta siempre a ir al encuentro de los creyentes, el ministerio propio de la mujer podría ser el de recordar a todo creyente —y en primer lugar al propio ministro ordenado— que el hombre no se da a Dios a sí mismo, sino que lo recibe, y que para ello debe el hombre ser tierra acogedora y apacible en la que pueda germinar la Palabra. En una época preocupada por la capacidad de iniciativa y la eficacia, el recuerdo de estos valores de la capacidad de acogida y de la paciencia resulta indispensable, sin duda alguna. No se trata de una actitud de pasividad, sino de acogida cálida y en modo alguno pusilámine. No olvidemos las palabras de Isabel de la Trinidad: «Que yo sea para él una humanidad más en que renueve él todo su misterio».

No voy a entrar en el debate sobre la posibilidad de que un día se llegue a conferir el ministerio de presidir a las mujeres. Personalmente, no me parece que argumentos como el de «eso no se ha hecho nunca en la Iglesia» o «el propio Jesús no lo hizo» puedan por sí solos dirimir la cuestión. Pero un recorrido por la teología mariana, en el que hemos prestado tanta atención a la vocación específica de la Madre, nos invita a buscar más la complementariedad de las tareas que su intercambiabilidad. María se mantuvo al pie de la cruz junto al discípulo amado, y oró en el cenáculo en compañía de Pedro y del grupo apostólico. En ambos momentos de realización de la Pascua desempeñó María un verdadero ministerio del que la Iglesia tiene necesidad.

Tal vez el problema no radique tanto en el hecho de que el ministerio de presidir le sea confiado exclusivamente a los hombres, como signos de Cristo-Cabeza, sino, sobre todo, en el hecho de que este mi-

nisterio de presidir la Eucaristía es, a los ojos de muchos, el único ministerio auténtico de la Iglesia. Considero que es un signo de esperanza, querido además por el Espíritu, la revalorización del diaconado, tanto mediante el restablecimiento del diaconado permanente como mediante la atribución de toda su importancia a la ordenación diaconal previa al presbiterado. Jesús quiso ser diácono, servidor. Y vivió concretamente su diaconado lavando los pies de sus discípulos antes de asumir él mismo el ministerio de presidir, con ocasión de la primera Eucaristía y a lo largo de todos los pasos de su Pascua. Desde este punto de vista, el diaconado es en cierto modo el ministerio de referencia, porque, seamos quienes seamos, siempre debemos ser «servidores los unos de los otros», a semejanza de Cristo. Ser sacerdote no es la única manera de desempeñar un ministerio en la Iglesia. Y la estructuración en tres niveles del ministerio jerárquico no debe impedir considerar cada uno de esos niveles en su especificidad.

Para atenernos estrictamente al tema del lugar de la mujer en los ministerios, no sé si no podría considerarse la posibilidad, en el futuro, de conferir el ministerio diaconal a las mujeres. Es asunto que compete al ministerio pastoral en nuestra Iglesia. Pero yo pediría que, si algún día se plantea esta cuestión, sea cuidadosamente distinguida del problema del acceso de las mujeres al presbiterado. Los ministerios conferidos mediante ordenación tienen, cada uno de ellos, su propia especificidad, y el diácono no es un sub-sacerdote, sino un verdadero ministro ordenado que participa de un modo original en el cargo episcopal. Simboliza, en el seno de la comunidad, esa presencia de Cristo que, aunque entronizado como Pastor y Recapitulador, permanece entre nosotros «como quien sirve». Y es preciso reconocer que se da una profunda analogía entre el humilde servicio de Cristo y la discreta presencia de María al servicio de la comunidad naciente.

III. LA CORONACION DE LA MADRE DE LOS VIVIENTES

Había previsto concluir esta serie de estudios con una reflexión sobre ese misterio del rosario que habla de la coronación de María en el cielo. Pero, al objeto de permanecer fiel a la idea de vocación y de tarea que ha constituido el hilo conductor de todo el libro, creo que es mejor hablar de ello en este momento, en relación con el reconocimiento del misterio propio de la femineidad.

Naturalmente, no puede tratarse de una coronación en un contexto de dominio y de poder. Se equivoca la iconografía cuando presenta a María en un plano de igualdad con Cristo, a no ser que quiera ver en ella la prefiguración del Cuerpo eclesial. Y, por otra parte, el concepto de «mediación», cuando es aplicado a María, no debe suponer menoscabo alguno de la única y suficiente mediación de Cristo.

Se trata, más bien, de una coronación en un contexto de investidura y reconocimiento. De la misma manera que Cristo, que es Hijo de Dios desde el principio, es investido en la mañana de Pascua como «Hijo de Dios con poder... por su resurrección de entre los muertos» *(Rom 1,4),* así también es reconocida María en la perfecta realización de su propio misterio. Plenamente dependiente del señorío de su Hijo resucitado, María es reconocida por Dios en el pleno esplendor de su ser, a la vez natural y sobrenatural. Es la Mujer, que ha acogido libremente la gracia y se ha dejado moldear por ella hasta el punto de convertirse, junto a su Hijo, en la Mujer eterna, la Nueva Eva que supera y perfecciona a la primera «madre de todos los vivientes».

María hace perfecta realidad el misterio de la femineidad, en el sentido de que ella manifiesta lo que Dios puede hacer de maravilloso cuando un corazón humano le acepta sin reticencias. La Madre del Verbo de vida, mediante su acogida libre y voluntaria de la gracia ofrecida, supera y perfecciona a la madre de los vivientes, de la que también ella procede y gracias a la cual puede ella realizarse plenamente en su propia andadura espiritual. A ejemplo de Ireneo, no seamos tampoco nosotros demasiado severos con Eva, porque somos sus hijos y porque lo único que hizo fue llevar al hombre al aislamiento del pecado. Pero también hizo posible, mediante su maternidad, que se pusiera en marcha la larga caravana de los buscadores de Dios. Más que su antítesis, María es su realización perfecta; más que su acusadora, su hija.

En María es coronada toda mujer, tanto en su condición de creyente que ha respondido debidamente a la llamada de Dios, como en las características propias de su femineidad.

19

Teología mariana y confesión de la fe

¿Merece la teología mariana el ambicioso título de «teología de referencia»? Sí, porque en María se encuentran de modo privilegiado lo humano y lo divino. Por eso las afirmaciones referidas a María esclarecen la confesión de la fe en su conjunto:

1. María alcanza su esplendor en la aceptación de la voluntad del Padre y nos enseña el equilibrio entre naturaleza y gracia.

2. María nos enseña también el equilibrio en lo que se refiere a Cristo, su Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre.

3. María nos enseña, por último, la manera exacta de mirar el misterio trinitario, debido a su original relación con cada una de las Personas.

Si la teología mariana es teología de referencia, su estudio debe revertir sobre el conjunto de la reflexión teológica y servirle de instancia de verificación.

¿Teología de referencia?

Pero ¿por qué presentar con tanta seguridad la teología mariana como una teología de referencia? ¿No habrá que reservar esta función, más bien, a la cristología? La respuesta a esta segunda pregunta tiene que ser afirmativa, en el sentido de que el problema fundamental que se plantea a la reflexión cristiana e, indudablemente, a toda teología es el del encuentro de lo divino con lo humano. Y para la fe cristiana, el lugar concreto de dicho encuentro es el misterio pascual de Jesús de Nazaret. Pero, precisamente en el caso de Jesús, lo divino y lo humano no concurren a partes iguales y, según la definición del misterio, es únicamente la Persona del Verbo de Dios la que asume la humanidad creada de Jesús y la inviste con su poder vivificante. El hombre no queda ciertamente aniquilado en Cristo, sino, por el contrario, plenificado y conducido a su más perfecta realización, lo cual hace de Cristo «el Hombre» y el modelo de hombre. Es esta convicción la que permite a la Iglesia de Cristo presentarse sin ningún tipo de orgullo, como lo hizo Pablo VI, como «experta en humanidad». A pesar de lo cual, es cierto que el caso de Cristo es, si así puede decirse, demasiado único, y que, en algún sentido, la reflexión sobre la vocación de su Madre nos resulta más fácil.

Más fácil y, sobre todo, más rica en enseñanzas. Porque María, a pesar de ser una criatura y tener, en cuanto tal, una vocación verdaderamente humana, sin embargo es única, en el sentido de que se encuentra privilegiadamente situada en el punto de convergencia de lo divino con lo humano. Hay en la historia de los hombres momentos

de gracia en los que una vigorosa personalidad se encuentra con unas circunstancias políticas y culturales que le permiten expresarse en toda su plenitud. Hay también momentos en los que se da una tal sintonía entre dos genios que la obra de arte florece en todo su esplendor, hasta el punto de que resulta imposible distinguir lo que es debido a cada uno de ellos. En el caso de María tiene lugar esa hora bendita en la que «la justicia se descuelga del cielo y nuestra tierra produce su fruto». María, hija de Israel, hace plena realidad en su cultura bíblica todos los valores de su fe y de su femineidad, porque la Biblia es, no lo olvidemos, profundamente feminista, mal que les pese a quienes irreflexivamente propugnan la uniformidad de los sexos.

La propuesta del ángel suscita su respuesta humana y libre. Si María ha sido para tantas generaciones de creyentes la Mujer eterna, no es debido únicamente a la necesidad de femineidad y de protección que secretamente experimentan los hombres, sobre todo cuando se defienden de ella. Es también porque el sentido innato de los fieles ha visto en María ese momento dichoso de la síntesis entre Dios y el hombre. Y como el problema fundamental de la teología es siempre el del encuentro (Dios *y* el hombre, la naturaleza *y* la gracia, Dios *y* el mundo, ya *y* todavía no, tiempo *y* eternidad...), el caso concreto de la teología mariana resulta extraordinariamente valioso para verificar la exactitud y el equilibrio de todas nuestras pesquisas.

Algunas desviaciones fundamentales

Pero ¿cómo encauzar una indagación que necesariamente ha de ser sumaria e incompleta? ¿Es posible hacer un repertorio de algunas desviaciones fundamentales, reagrupar por familias una serie de grandes herejías que nunca desaparecen del todo y que pueden amenazar constantemente a nuestra fe? A pesar de los riesgos innatos a la labor de indagación, es preciso intentarlo, aun sin respetar en exceso la cronología de su aparición.

1. Y de manera espontánea, me viene a la mente en primer lugar el llamado *pelagianismo,* es decir, el intento de dosificar la parte que corresponde a Dios y la que corresponde al hombre, respectivamente, en la aventura espiritual del encuentro entre ambos. La mentalidad pelagiana había nacido mucho antes que Pelagio, aquel monje del siglo V. Es la mentalidad contra la que tan valientemente lucha Pablo, con indudable riesgo de su propia vida. Si se la considera a fondo, la tendencia que, por simplificar, denominamos «pelagiana»

consiste en la negativa a admitir que todo se lo debemos a Dios, y en la voluntad de repartir las competencias, reservando al hombre un «jardín secreto» en el que él sería el único jardinero. Todo ello acabará desembocando en la «teología de los méritos»: el cielo «se merece», es una recompensa; la virtud consiste en la perfecta posesión de sí mismo y en el menosprecio de las contingencias de la vida cotidiana; el juicio es una evaluación que Dios hace de nuestras propias obras. Ciertas insistencias contemporáneas en el camino que Cristo propone a quienes desean seguirle, silenciando prácticamente el don del Espíritu, van en el mismo sentido. Debemos, por tanto, interrogar a la teología mariana para averiguar cómo puede ella preservarnos de este temible peligro, que nos amenaza constantemente.

2. Los extremos contrapuestos con respecto a Cristo —considerarlo demasiado exclusivamente como hombre o insistir excesivamente en su divinidad— están, indudablemente, más cerca de lo que se cree de esta infausta voluntad de «repartir las competencias» y de no aceptar una armonía constantemente presente, si bien indefinible.

Es perfectamente evidente que toda reflexión sobre Cristo topa aquí con su mayor dificultad:

- Jesús es un hombre verdadero, «en todo semejante a nosotros, menos en el pecado»; pero ¿qué ocurre con su modo de unión con el Padre?
- ¿Hay que hablar únicamente de unión «moral», por sim-patía o conjunción? ¿No será esto decir excesivamente poco?
- ¿O habrá que partir de mucho más arriba, de la «inmersión» del Verbo en orden a su encarnación entre los hombres, más que de su presencia en un hombre? Pero ¿no significará esto devaluar en exceso la humanidad del Hermano universal?

Ambas imágenes (la del «enganche» Dios-hombre y la del «revestimiento» humano que adopta el Hijo de Dios) no son más que imágenes, pero expresan dos mentalidades opuestas, dos maneras irreconciliables entre sí de acercarse al Misterio. Deberemos, pues, interrogar a la teología mariana, tal como la hemos orientado, para tratar de conservar un correcto equilibrio.

3. Al parecer, la herejía más peligrosa —dado que, a primera vista, parece ser la más alejada de estos problemas concretos— es, sin duda alguna, la que recibe el nombre de ***modalismo trinitario***. Si la realidad trinitaria es el elemento específico de nuestra fe, es evidente

que cualquier desviación respecto de esta realidad compromete radicalmente la correcta expresión del misterio.

Lo que ha dado en llamarse «modalismo» fue elaborado, en parte, por un tal Sabellius en el siglo III: Dios se «manifiesta» como Trinidad, pero ello no es más que una apariencia, un «modo» de manifestación que no revela nada o casi nada de lo que es Dios en sí mismo. Esta actitud mental parece otorgar excesivas posibilidades a la inteligencia humana que intenta reflexionar sobre Dios. Reconoce su valor, y así debe ser, al acercamiento filosófico al Misterio; pero le reconoce un valor superior al que en realidad le corresponde. Y tiene el peligro de olvidar que el mensaje de la cruz debe seguir siendo «escándalo para los judíos y locura para los paganos».

Dios es «el Dios oculto», más allá de todo lenguaje; y así es en realidad. Pero la revelación se convierte en algo relativamente precario y de lo que el creyente puede perfectamente prescindir. ¿Qué decir, entonces, de Aquél con quien nos encontramos en la oración? ¿Es el Padre, es el propio Jesús, o es el Espíritu, del que no se sabe qué decir, aun cuando se hable mucho de él? Se responderá: «¡Pero si es lo mismo...!» Naturalmente que es lo mismo —somos monoteístas, y debemos seguir siéndolo—, pero a condición de no camuflar o empequeñecer todo el enorme potencial de la revelación: hay en el propio Dios una serie de auténticas diferencias no sólo aparentes, sino muy reales. Hay en lo más íntimo de nuestro Dios una auténtica «estructura dialogal» que es la única que permite una verdadera comunión de amor. La Encarnación no es de «Dios», impersonalmente considerado —ese Dios no existe, en lenguaje cristiano—, sino del Hijo, que viene a nosotros para hacer de nosotros hijos en El.

Cuando Ireneo de Lyon, todavía muy cercano en el tiempo a la expresión original de la fe, resume el misterio con esta lapidaria fórmula:

«Se hizo lo que nosotros somos
para que nos convirtamos en lo que él es»,

resulta obvio que no quiere decir exactamente lo que tantas veces se repetirá más tarde: que Dios se hace hombre para que el hombre llegue a ser Dios. No. Lo que Ireneo proclama, con una precisión teológica infinitamente mayor, es que el Hijo se hace uno de nosotros para que nosotros lleguemos a ser *hijos* en él.

No es cuestión de meros matices, sino que lo que está en juego es la especificidad misma de nuestra fe. Habremos de volver, pues, una vez más, a la relación de María con cada una de las Personas divinas.

Y pediremos a la teología mariana que nos afiance en la proclamación exacta de nuestra fe y en la orientación precisa de nuestra andadura espiritual.

La tarea es inmensa, y no bastan unas cuantas páginas para solventarla. A pesar de lo cual, vamos a intentarlo.

Naturaleza y gracia

Indudablemente, podemos responder con bastante brevedad a la primera pregunta: cómo nos preserva la teología mariana de la desviación pelagiana. Ya hemos hecho numerosas reflexiones a propósito del tema de «naturaleza y gracia». El encuentro entre Dios y el hombre no se reduce a la disyuntiva: o Dios o el hombre. Se trata de una acción común, en el respeto mutuo y en la verdad. La teología mariana nos ha presentado una y otra vez toda la belleza de esta acción común: Dios despliega todo su amor, y la criatura se abre de par en par al sol de ese amor.

- Toda la andadura espiritual de María manifiesta la prioridad de la acción de Dios y nos permite entrar sin obstáculos en el evangelio de la gracia libre. No es en absoluto casual que, de todos los autores bíblicos, sea Pablo el más citado en este libro. Y es que Pablo es, efectivamente, el pregonero privilegiado de este evangelio de la gracia, por el que él sufrió y murió. Y aun cuando él hable muy poco de María, muchas veces se puede ilustrar tal o cual expresión de Pablo con una actitud mariana. Existe un profundo paralelismo espiritual entre la experiencia personal de Pablo —«Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí»: *1 Cor 15,10*— y el «Magnificat» de María: «El Señor se ha fijado en la pequeñez de su esclava y ha hecho en mí maravillas». Es la actitud de la verdadera humildad, que no se lamenta de la miseria del hombre para provocar hipócritas protestas de desacuerdo, sino que reconoce la acción de Dios y se asombra de ella.
- Y en este evangelio de la gracia se realiza plenamente la criatura. La teología mariana, en su constante insistencia en la prioridad absoluta de Dios, no conduce al pesimismo acerca del hombre. No se equivoca la iconografía cuando presenta a María con rostro apacible y risueño. María manifiesta en toda su vida hasta qué punto se adapta el ser humano a Dios y hasta qué punto se realiza cuando se adhiere a Dios. El tema de la armonía de la acción se expande y florece en teología de la belleza.

Verdadero Dios y verdadero hombre

Por lo que se refiere a los errores acerca de Cristo y a la tarea constantemente exigida a la Iglesia de expresar del modo menos imperfecto posible el misterio del Salvador, es evidente que la vocación propia de María se halla en el corazón mismo del enfoque que puede darse a este asunto. María nos muestra, a la vez,

a) la verdad de la humildad de Cristo,
b) la plenitud de su carácter de Verbo de Dios, y
c) la gozosa realidad de la unión de las naturalezas.

María nos revela, en sus actitudes concretas, la verdad de la humanidad de Cristo. Ya hemos insistido en su tarea educadora del Jesús de la historia, y hemos mostrado cómo su tarea no se reduce a traer al Hijo al mundo. María prepara a Jesús para el desempeño de su tarea de hombre, y esta «educabilidad» de Jesús manifiesta hasta qué punto es verdaderamente uno de nosotros.

Existe, con respecto al Hijo encarnado, una actitud creyente que contempla con tanto fervor la presencia de Dios en él que le resulta siempre bastante difícil respetar su plena humanidad. Dicha actitud corre siempre el riesgo de reducir tal humanidad a una especie de «vestido» que se pone el Verbo. La teología mariana nos recuerda que se trata de algo totalmente distinto: de la inhabitación de Dios en un hombre verdadero que experimenta en su propio ser la lentitud de la maduración del hombre hasta llegar a su realización cumplida. Y esta insistencia es de suma importancia para nuestra propia vida de gracia, porque también para nosotros se trata de dejarle a Dios que habite en nosotros para que pueda transformar nuestros corazones. La actual insistencia en la sencilla vida de María resulta verdaderamente valiosa para expresar la plena humanidad de Jesús.

Pero María nos revela también la plenitud del carácter divino de su Hijo como Verbo de Dios. Porque también se da la desviación contraria, que constituye una verdadera amenaza en nuestros días. Se corre entonces el peligro de hacer caso omiso de la divinidad del Verbo y ceder a una cierta idea, más o menos difusa, de la adopción de un hombre por parte de Dios; se corre el peligro de quedarse en la humanidad de Jesús de Nazaret, todo lo santa y ejemplar que se quiera, pero humanidad. Lo que, en teología mariana, puede ayudarnos sin duda a conjurar este peligro es el estudio de la relación entre María y el Espíritu. Por eso hemos puesto de relieve la importancia que para la Iglesia tiene la concepción virginal. Es el Espíritu de Dios en

persona el que viene sobre María, la cubre con su sombra y realiza en ella una obra verdaderamente divina. La tercera Persona, efectivamente, realiza la presencia en María de la segunda Persona. Y aun cuando esta encarnación del Verbo está al servicio de la inhabitación del Hijo en todos los hombres por la gracia, únicamente la solidez de los cimientos puede garantizar el valor y la consistencia del edificio. Es verdaderamente necesario que el propio Verbo habite en este hombre concreto para que su acción santificadora pueda irradiar sobre todos sus hermanos en humanidad. La Encarnación, por tanto, no puede reducirse a una simple unión moral, excesivamente semejante a la inhabitación de Dios en el más grande de los santos. Es verdaderamente preciso algo distinto: una unión de carácter realmente único e inusitado, a fin de que pueda realizarse la obra de divinización a partir de ese «hogar» o «morada» verdaderamente humana, pero también verdaderamente divina.

Por eso es por lo que María debe ser realmente llamada «Madre de Dios». Por supuesto que ella no da a luz la divinidad de aquel a quien trae al mundo, pero sí es verdaderamente «la Madre del Hijo que es Dios». Y naturalmente que esto sigue siendo un misterio insondable, pero que debe ser afirmado con la más absoluta determinación. Del mismo modo que sería impío repartir entre Dios y los progenitores la responsabilidad de la venida al mundo de un nuevo ser, así también sería inconveniente decir que María sólo es Madre de una parte de Jesús. Mediante su aceptación de la voluntad del Padre, María da a luz a un Hijo-que-es-Dios. Y es este «punto de síntesis» el que ilumina el misterio de nuestra propia divinización.

El equilibrio de la fe trinitaria

Parece evidente que la teología mariana es de inestimable valor para luchar contra la herejía fundamental del modalismo trinitario.

No es verdad que la realidad viviente de nuestro Dios no sea más que apariencia; «Dios no puede ser en su vida totalmente distinto de lo que es en su manifestación», como tan espléndidamente lo expresó el gran teólogo alemán Karl Rahner, recientemente desaparecido. Aceptar semejante distorsión entre la profundidad de Dios y su manifestación revelada sería poner en cuestión la idea misma de revelación. No nos quedaría entonces más que la reflexión filosófica para acercarnos al misterio de la vida íntima de nuestro Dios.

He recurrido frecuentemente a reflexiones de teología trinitaria para estructurar este «tratado» de teología mariana, porque estoy personalmente convencido de que el misterio trinitario es lo más específico de nuestra fe cristiana. Consiguientemente, se me podrá acusar de intentar demostrar al final lo que ha sido para mí un presupuesto desde el comienzo. Pero también puedo dar fe de que estas reflexiones de teología mariana han ido enriqueciendo mi visión personal de la fe trinitaria, y de que, en este punto concreto y esencial, la reflexión sobre el misterio de María ha desempeñado perfectamente su papel de teología de referencia y verificación.

María no entra en comunión con el misterio trinitario de una manera impersonal y difusa. María se abre a la acción de cada una de las Personas en orden a la plena realización de su vocación y al advenimiento de la salvación.

- El Padre se halla en el origen y al final, pero, para ser fieles al desarrollo de la revelación, no es de él de quien hay que hablar primero, sino del Espíritu.
- La tercera Persona viene al encuentro de María con toda su fuerza divina, proporcionando a ésta todo cuanto necesita para llevar a cabo su doble misión.

De esta misma manera es como viene al corazón del creyente y lo convierte en Morada de Dios. Y esta acción no produce una divinización cualquiera.

- Lo que realiza es una verdadera configuración con Cristo, del mismo modo que no realiza en María una presencia divina cualquiera, sino la inhabitación de la Persona del Hijo.

Y en la medida en que nuestra vocación a la gloria no consiste en «perdernos» en Dios, sino en lograr un encuentro a la vez íntimo y comunitario con el Padre —ese Padre al que contemplamos con la mirada de Jesús, unidos los unos a los otros en la fuerza del Espíritu—, en esa misma medida la gracia que contemplamos en la vocación de María no puede ser sino la imagen de una verdadera realidad trinitaria. Tal vez la misión esencial de la teología mariana consista en reafirmar la importancia de esta realidad, así como de esa vinculación existente entre lo que aparece y lo que es.

20

Teología mariana y vida eucarística

Si la experiencia eucarística se halla en el centro mismo de nuestra vida de fe, ¿de qué manera es iluminada por la teología mariana?

Precisemos, ante todo, de qué manera puede ser llamada María «la Virgen-Sacerdote», no en el sentido del ministerio de presidir, sino en el del sacerdocio común de los bautizados.

En la eucaristía,

al tomar en serio la humanidad del Hijo,

al aceptar la deferencia del Padre

y al dar toda su importancia a la acogida del Espíritu,

María contribuye, al igual que la propia eucaristía, a edificar la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en bien de todos los hombres amados de Dios.

Si la teología mariana es una teología de referencia y una instancia privilegiada de control y verificación del valor de nuestras construcciones teológicas, no carecerá de sentido examinar cómo armonizan la presentación del misterio de María y nuestra experiencia eucarística.

La experiencia eucarística se halla de tal modo en el centro mismo de nuestra vida eclesial que sería verdaderamente preocupante descubrir alguna distorsión grave entre el valor que damos a esta experiencia y lo que hemos propuesto como vocación propia de María en el seno de la Iglesia y de la humanidad. Nos veríamos entonces obligados a pensar:

- O bien que nuestra experiencia eucarística —pues esta experiencia dista mucho de ser absolutamente igual en todas las épocas de la vida eclesial— se encuentra condicionada por excesivas limitaciones y, consiguientemente, debería ser revisada;
- o bien que el proyecto de teología mariana que hemos propuesto no se corresponde con la experiencia eclesial.

Debemos examinar, pues, si esta experiencia de María como Madre de Dios en orden a convertirse en Madre de la Iglesia y de los hombres se corresponde con lo que vivimos del dinamismo eucarístico, en particular a raíz de la renovación litúrgica y conciliar. Pero antes dedicaremos la primera parte de este capítulo a un tema relacionado con éste: el del sacerdocio de María y la discutible imagen de la Virgen-Sacerdote, tratando de hacer ver, a un mismo tiempo, su riqueza y sus límites.

I. EL AMBIGUO TEMA DE LA VIRGEN-SACERDOTE

Aun cuando este tema ya no parezca tener actualidad en nuestros días, barrido prácticamente de la escena por las corrientes de reflexión sobre el sacerdocio que precedieron y siguieron al Concilio Vaticano II, sí es útil reflexionar sobre él serenamente.

Cómo no es sacerdote María

María no puede ser llamada «sacerdote», en la medida en que su vocación no la hace apta para el ministerio de presidir. Su vocación no es más o menos «sacerdotal», sino que es radicalmente distinta. La llamada de Dios la integra en la comunidad eclesial bajo el exclusivo amparo del ministerio apostólico. El ministerio de presidir, especialmente en su forma episcopal, forma parte de la estructura visible de la Iglesia querida por el Padre, a fin de que pueda realizar su tarea misionera. La Iglesia es un pueblo al servicio de los hombres y, para realizar dicho servicio, necesita un mínimo de estructuras visibles.

Por supuesto que la Iglesia corre constantemente el peligro de traducir ese servicio en un poder de tipo mundano, y el Vaticano II hizo algo muy importante al recordar a la jerarquía su carácter, ante todo, de servicio a la comunidad y, a través de ésta, a todos los hombres. Pero no habría que incurrir en el extremo opuesto y negarle todo poder al ministerio de presidir o afirmar sin matización alguna que, puesto que todos somos hermanos, nadie puede tener una autoridad sobre los demás recibida de Dios. En las sociedades humanas —y la Iglesia es una de ellas—, el rechazo de la autoridad suele ser como una puerta abierta al autoritarismo de los grupos de presión. Quienes más critican la autoridad dan muchas veces pruebas de autoritarismo.

Es menester afirmar que tanto el colegio episcopal como, en su orden, el ministerio de Pedro gozan de una verdadera autoridad, y que esta autoridad «viene de Dios». Si de alguna manera es cierto que «toda autoridad viene de Dios», ello no puede referirse únicamente, como es lógico, a la autoridad política, sino que se aplica igualmente al ministerio conferido por ordenación. El obispo, concretamente en su comunidad diocesana, recibe la misión y la gracia de ejercer una verdadera autoridad, y Dios le exige que la ejerza sin demagogia y

sin falsa modestia. Y aunque el modo de ejercer dicha autoridad ha de revisarse constantemente, debido a la amenaza que supone el pecado y a las cambiantes circunstancias culturales, ello no significa que sea la autoridad en cuanto tal la que deba ser contestada y combatida.

María, hija de la Iglesia

María no tiene semejante vocación en el seno de la comunidad eclesial de la que es Madre. Ella sólo ejerce en la Iglesia su función materna siendo, ante todo, hija de la Iglesia, sometida a quienes tienen la misión de conducir ésta. No sabemos concretamente cómo vivió María esta situación de sumisión y dependencia, pero no podemos tener duda de que el Espíritu, descendido sobre ella de una manera específica para confiarle una misión no perteneciente al orden apostólico, la guiara por ese camino de sumisión y aceptación de la mencionada autoridad. Su misión propia se orienta a la educación del pueblo de Dios en su totalidad, incluidos sus pastores. María sólo anuncia el Reino sometiéndose a las estructuras que preparan su advenimiento.

Un sacerdocio de la ofrenda espiritual

Por lo tanto, si se quiere hablar de un sacerdocio de María, no hay que intentar hacerlo en el sentido del sacerdocio ministerial. Sería mejor, indudablemente, buscar ese sacerdocio dentro del «sacerdocio común de los bautizados», que integra a todos los hombres en la misión de Cristo. Para hablar del sacerdocio de María habría que ponerlo en relación con el Cristo Total que presenta al Padre el «sacerdocio santo y real» de todos los salvados. Ahí es donde resplandece la ofrenda sacrificial de María, plenamente realizada en la fe.

Puede hablarse, pues, del sacerdocio de María como el sacerdocio de una criatura capaz de ofrecerse a sí misma y de celebrar la vida y el mundo, con el fin de hacerlos eucarísticos. Es indudable que la raíz humana más profunda de todo sacerdocio la constituye esta disposición a no guardarlo todo para si y a ofrecerse a sí mismo al Padre, mucho más que el presentarle dones exteriores. Y si se quiere hallar en María algún matiz particular de esta actitud «sacerdotal», habrá que insistir, sin duda, en decir:

- que es un sacerdocio materno, capaz de ofrecer el Hijo al Padre, antes incluso de que el Hijo esté en condiciones de hacerlo por sí mismo, y de recapitular en esta ofrenda la fe del pueblo y la oración del mundo;
- y que es un sacerdocio pascual, consumado al pie de la cruz como don de sí misma con Cristo y como voluntad decidida de no vivir para sí misma, sino para consagrarse plenamente a la obra de la salvación.

II. TEOLOGIA MARIANA Y EXPERIENCIA EUCARISTICA

Tomar en serio la humanidad de Cristo

La teología mariana y la experiencia eucarística hunden sus raíces, una y otra, en el hecho de tomarse en serio la humanidad del «Emmanuel» *y en la importancia* del memorial de su historia. Una reflexión sobre María que asuma la fe de su pueblo y reconozca al «Emmanuel» toda la riqueza de su enraizamiento humano, estará en íntima conexión con la experiencia eucarística, que pone en contacto con el carácter concreto de la vida de Jesús y hace que se tome en serio la vida de los hombres. Se trata siempre de tomarse en serio lo cotidiano para, mediante ello y sólo mediante ello, acceder al misterio de la Presencia.

Es la misma preocupación por el valor de lo creado la que impulsa a evocar la Pascua de Cristo en medio de los hombres y ayuda a celebrar la vida cotidiana de quienes participan en la Eucaristía, tanto por lo que se refiere a sus penalidades como por lo que atañe a sus alegrías. Y si hemos concedido importancia a la Pascua de María, desde el Calvario hasta el Cenáculo, es porque pensamos que toda la vida humana es preciosa a los ojos de Dios y se incorpora a la Pascua de Jesús gracias a la celebración eucarística.

Aceptar el deferente obsequio del Padre

Tanto la teología mariana como la experiencia eucarística existen únicamente en virtud de la voluntad «graciosa» del Padre. Creemos que en nuestros días resulta esencial recordar a las comunidades ecle-

siales que son «asambleas convocadas» por el Padre, que no existen para celebrar la Eucaristía en función exclusivamente de las atracciones mutuas entre sus miembros, y que el ministerio ordenado está en medio de ellas para recordarles la deferencia del Padre y su inmerecido amor.

Nuestro itinerario de teología mariana ha concedido mucha importancia a esta deferencia y ha recordado sin cesar la condición de María como criatura de Dios. En un mundo apasionado por la eficacia y en una Iglesia que siente la tentación constante del activismo, constituye una enorme exigencia recordar, a tiempo y a destiempo, que a Dios no se le «merece», que Dios siempre es el Inesperado, y que la primera palabra de la confesión de fe es para expresar el asombro ante la gratuidad de su amor: «El Señor ha hecho maravillas por nosotros».

Toda celebración eucarística debería iniciarse con esta gozosa confesión, inspirada en el cántico de María y que es la única salvaguarda de nuestra esperanza. En un mundo que, indudablemente, no desespera —es demasiado activo para cultivar la esterilidad de semejante actitud—, pero que tampoco se atreve ya a esperar, la comunidad de los creyentes debe erigirse en depositaria de la esperanza de los hombres. El fundamento de esta esperanza es estrictamente teológico y se apoya exclusivamente en la fidelidad de un Dios que no puede defraudar.

María brilla en el centro de la comunidad creyente como depositaría de la esperanza, porque la «hermana esperanza» es hija de aquella fe sobre la que María lo edificó todo. Y nuestras celebraciones eucarísticas deben servir para acentuar nuestra esperanza indefectible y remitirnos nuevamente al mundo llenos de valor y serenidad.

Acoger el Espíritu Santo

Tanto la teología mariana como la experiencia eucarística conceden un amplísimo espacio a la acogida del Espíritu.

La renovación litúrgica y la patrística nos permiten redescubrir la Eucaristía como sacramento vivido en el Espíritu. Es el Espíritu el que es invocado por la comunidad y por su ministro en confiada súplica, a fin de que se produzca la doble transformación de la que únicamente él es capaz: la del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y la otra, mucho más difícil e importante, de nuestras vidas y nuestros corazones en «perfecta ofrenda a la gloria del Padre». El Es-

píritu es el «maestro de obras» de esta configuración de las cosas y las personas con Cristo, que recapitula el universo y se lo presenta al Padre «para alabanza de su gloria». La nueva insistencia del Occidente cristiano en esta acción específica del Espíritu tanto en la Eucaristía como en los demás sacramentos constituye, a la vez, un inestimable avance ecuménico y una necesaria relativización de la acción del ministro, el cual ya no aparece tanto como «maestro de obras» cuanto como servidor del Espíritu. No se trata de oponer las diversas concepciones como irreconciliables y decir:

— o es el ministro quien consagra haciendo las veces de Cristo,
— o es la comunidad como célula viva del Cuerpo de Cristo,
— o es el Espíritu Santo.

Se trata, en realidad, de un armonioso acorde: una comunidad de hombres permite que actúe el Espíritu de Dios, a la vez que asume sus responsabilidades humanas y realiza los gestos que el Señor le confió. La Iglesia, especialmente cuando se halla reunida por el Padre para vivir la experiencia eucarística, es «Iglesia en el Espíritu».

María es el modelo viviente de esta acogida del Espíritu y de esta libre cooperación humana con su voluntad. Se da, pues, una profunda analogía entre la acción del Espíritu que viene sobre María y la venida del mismo Espíritu sobre el pan y el vino para transformarlos radicalmente, para «convertirlos» y hacerlos portadores del dinamismo vivificante del Señor resucitado.

Y se da una analogía aún más profunda entre la venida del Espíritu sobre María y la venida del mismo Espíritu a nosotros para nuestra conversión eucarística, para que, en palabras de Agustín y de nuestra liturgia, lleguemos a ser «Aquel a quien hemos recibido». La teología mariana desempeña aquí plenamente su papel eclesial de teología de referencia y verificación, poniendo a la luz con fuerza esa fuerza de la acción del Espíritu y ese respeto del hombre por Dios, conduciéndolo por el camino de la experiencia eucarística hacia una auténtica divinización. María es para el creyente el modelo de esta afortunada armonía entre la naturaleza y la gracia. Ella se convierte libremente en tabernáculo de la Presencia, y antes que nadie pueda ella decir: «Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí» *(Gal 2,20)*.

El proyecto de la nueva alianza ha sido al fin realizado: Dios habita en el corazón del hombre y suscita en él la respuesta libre del amor. Y si esta presencia santificante se realiza primero en María, es a manera de anuncio, para que cada creyente viva a su modo la misma experiencia espiritual y se deje configurar con el misterio del Hijo

eterno. La experiencia eucarística no es el lugar único, sino el lugar provilegiado de esta configuración con Cristo que realiza plenamente a la criatura, a la vez que da gloria al Padre.

Construir la Iglesia

Tanto la teología mariana como la experiencia eucarística propician, desde el corazón mismo de sus respectivos dinamismos, la construcción de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, manifestando así la plenitud cósmica de la historia de la salvación.

Es extremadamente interesante constatar cómo la teología de Santo Tomás nos enseña que la finalidad primaria de la Eucaristía es la construcción de la Iglesia como Cuerpo de Cristo que se edifica en la caridad. No celebramos la Eucaristía por el simple gozo de encontrarnos entre hermanos ni para «hacer que descienda» el Cuerpo de Cristo a la insignificancia de un pan que después vamos a consumir cada uno de nosotros individualmente. Somos todos juntos, codo con codo, los que comulgamos en el Cuerpo del Señor. La finalidad de este gesto es realmente la edificación de la Iglesia como Cuerpo, a condición, eso sí, de que jamás olvidemos que esta Iglesia no se cierra sobre sí misma, sino que vive su misterio al servicio de la humanidad, a la que Dios ama por entero.

Pues bien, la teología mariana que hemos propuesto avanza justamente en este sentido: María es escogida para ser Madre del Hijo con el fin de ser Madre de la Iglesia y de los hombres. La encarnación del Hijo Amado, tal como se realiza concretamente por la adhesión de fe de María, no tiene su fin en sí misma, sino que tiende a la edificación de la Iglesia, porque tal es el designio del Padre, que desea, desde toda la eternidad, «reunir en la unidad a los hijos de Dios dispersos» *(Jn 11,52)*. La tarea propia de María y el servicio eucarístico tienen, pues, una misma finalidad: la edificación de ese Cuerpo, que hace que irradie en medio del mundo la Presencia del «Emmanuel».

Mediante la misión

Tanto la teología mariana como la experiencia eucarística se abren sobre la misión universal, para que la amplitud del proyecto de Dios sea conocida y para que su Amor absoluto sea revelado sin fronteras. Así como se da una secundariedad de la Iglesia respecto de

su misión universal, así también se da una secundariedad de la Iglesia respecto de su servicio al mundo. Del mismo modo que María no habría tenido derecho a pensar que el privilegio de la maternidad divina le había sido concedido para sí misma, así tampoco puede la Iglesia considerarse como el «club restringido» de los amados en Cristo, desinteresándose de su misión en el mundo. El modelo de la Iglesia del Vaticano II es la Virgen de la Visitación, que abandona su confortable casa y parte «hacia la región montañosa» para llevar la Buena Nueva del amor universal y de la salvación para todos. Yo no habría podido proponer este itinerario de teología mariana «abierta» si no me hubiera dejado formar por el mensaje conciliar, que recuerda a nuestro tiempo la vocación misionera de una Iglesia abierta al mundo. Nuestro recorrido, por lo tanto, no puede terminar más que en la contemplación convergente de la oración de María y la misión de la Iglesia.

CONCLUSION:

Oración de María y misión de la Iglesia

Al igual que Jesús, glorificado junto al Padre, María no deja hoy de orar por la Iglesia y por el mundo, intercediendo para que venga el Reino, para que la Iglesia permanezca atenta al mundo y solícita de su misión, y para que todos conservemos una gozosa esperanza.

No tengo la menor duda de que muchas de las páginas de este libro son un tanto áridas y habrán exigido un notable esfuerzo a quienes se hayan tomado la molestia de leerlas. De lo cual no creo deber excusarme, porque lo que pretendía era proponer un itinerario de reflexión teológica, y la teología —aunque no es, ciertamente, una ciencia en el sentido moderno de la expresión— exige un trabajo tan arduo como las ciencias más exactas o las más sofisticadas tecnologías. Lo único que deseo es que ese esfuerzo de lectura y de comprensión haya servido para ayudar a descubrir mejor la belleza de María y su profunda vinculación con todos los componentes de la vida de la Iglesia y del hombre renovado por la propuesta «graciosa» de Dios. He intentado constantemente, a lo largo del libro, «desenclavar» la teología mariana, arrancarla de su aislamiento, y hacer visibles sus lazos con todas las realidades de la fe. La complejidad del libro es consecuencia, justamente, de esta preocupación.

Pero desearía que todo este esfuerzo desembocara en alabanza y en oración contemplativa. ¡Dichosa la teología que culmina en doxología! *El teólogo no debe hacer su trabajo por la mera satisfacción de* su inteligencia y su gusto por la síntesis, sino por ayudar a sus hermanos a contemplar la belleza de la obra de Dios en su propuesta de Alianza. Y María resplandece en el horizonte de la Iglesia y de los cristianos como aquella que aceptó de la mejor manera posible esa vida de Alianza y cooperó con todas sus energías humanas al misterio de la salvación. Ella nos enseña el cántico de acción de gracias a cuyo ritmo habrían de acompasarse nuestras vidas hara hacerse realmente gozosas: «¡El Señor ha hecho en mí —en cada uno de nosotros— maravillas. Santo es su nombre!» Ella nos repite una y otra vez que la aceptación de la voluntad de Dios es la alegría del hombre.

Una reflexión de teología mariana como la que hemos intentado hacer, que valore la misión actual de María como Madre de la Iglesia

y de los hombres, se asienta en la certeza de la oración actual de María por la Iglesia y por el mundo. Es una tentación constante hablar de María —y de Jesús— en pasado: *vivieron* esto o lo demás allá, *hicieron* tal o cual cosa, «*pasaron* entre los hombres haciendo el bien» *(Hech 10,38)*. El mayor peligro de esta reducción consiste, indudablemente, en creer que Jesús no habría hecho más que proponernos un camino o un ideal de vida, y que sólo se trataría de seguir sus pasos. Pero de ese modo se olvida fácilmente el don del Espíritu y la fuerza divina que Jesús nos envía de junto al Padre no sólo ni ante todo para «copiar» de manera servil su experiencia espiritual, sino para comulgar en esta experiencia y dejarnos configurar con El en un proceso de asemejamiento que está muy por encima de nuestras fuerzas. Por supuesto que tampoco habría que minimizar la huella histórica dejada por el «Emmanuel» de su paso entre nosotros ni la importancia que tiene para su Iglesia «hacer memoria». Pero la Pascua hace a Cristo presente entre nosotros de otra manera, como lo evidencia la catequesis de Emaús, y el hecho de estar sentado a la derecha del Padre no le hace estar ausente o lejano. Está con nosotros «todos los días hasta la consumación de los siglos» *(Mt 28,20)* y, sobre todo, «siempre vivo para interceder en nuestro favor» *(Heb 7,25)*. Nuestra oración no conecta con el pasado de la oración de Jesús, sino que se integra en el hoy de su intercesión, llegando a través de él al Corazón del Padre.

Lo mismo podemos decir, salvadas las distancias, de la oración de María, la cual oró en su tiempo, pero sigue haciéndolo hoy con nosotros y por nosotros. Si hemos insistido en la segunda tarea de María, ha sido para evitar dar la impresión de que el cielo consiste en un mero descanso y en un desinterés de los bienaventurados por los esfuerzos del mundo y la misión de la Iglesia. Por supuesto que es descanso, pero en un Dios que jamás descansa. La bienaventuranza celestial no puede ser sino cooperación en esa preocupación constante del Amor absoluto en orden a «que no se pierda ni uno solo de estos pequeños». María ora por la Iglesia y por el mundo; da gracias por todas las adhesiones de fe que, a imagen de su propia respuesta, brotan de los corazones humanos; e intercede por quienes dudan y se desaniman. No la hemos contemplado como una pieza de museo, sino como una Madre educadora que no deja de velar «hasta que Cristo se haya formado en nosotros».

Hay en teología dos maneras de hablar de la oración:

1. En el sentido más restringido de aventura humana y terrena, de intento de ponerse bajo la mirada de Dios y responder a su amor fundante con una oblación de sí lo más sincera posible. Sabemos que esta aventura humana de la oración corre constantemente el peligro del autoengaño y del narcisismo camuflado como búsqueda del Otro. Pero sabemos también que «no sabemos orar como conviene y que el Espíritu se une a nuestro espíritu» (cf. *Rom 8,26*). Esto es lo que nos hace mantenernos en esta vela nocturna.

2. Pero, en un sentido más amplio, la palabra «oración» puede aplicarse a toda apertura del corazón, a toda actitud sincera de «oblatividad» que acepte el amor del Padre como origen y como término. En este sentido, es lícito decir que el amor eterno del Hijo, al recibirse del Padre y darle las gracias por su increíble amor, es ya una oración e incluso constituye el fundamento último de toda oración, empezando por la del propio Jesús de Nazaret.

Es en este sentido amplio en el que deseamos hablar de la oración actual de María, que intercede por la Iglesia y por el mundo. Asumida en la gloria del Resucitado, María está unida a la contemplación del Padre por parte de Cristo, a su incesante acción de gracias y a su intercesión para que venga el Reino. Es con sus ojos de hombre glorificado como Cristo contempla al Padre; y es con su corazón de hombre como da gracias por el Amor que le permite ser. Pero, en su condición de Recapitulador de la humanidad destinada a ser filial, sabe perfectamente que tal obra no ha concluido y que debe ser llevada a término por la fidelidad del Padre y por la acción del Espíritu. De todas las expresiones de la Escritura a las que nos hemos referido a lo largo del libro, la más frecuentemente citada ha sido, sin duda alguna, la de la Primera Carta a los Corintios: «entonces será el final, cuando el Hijo se someta a Aquél que ha sometido a él todas las cosas. Y Dios será todo en todos» *(1 Cor 15,28)*. La historia de la Iglesia y la historia del mundo caminan hacia esta consumación, hacia ese «Todo está consumado» de la segunda Pascua. Y la oración de María es participación en el advenimiento de esa realidad.

María ora por la Iglesia y por el mundo, interceciendo para que la Iglesia permanezca abierta al mundo y asuma día a día el riesgo de su misión, sin buscar el mortal bienestar de su propia auto-satisfacción. La mies es abundante, y María intercede para que la Iglesia no deje de preocuparse de ella ni se encierre en su propia vida interna como si temiera el frío del exterior. La Iglesia, o es misionera o no es la Iglesia de Cristo. El Vaticano II y los papas recientes lo repiten sin

cesar. Y es el propio mensaje de María y el sentido de su oración: Haced todo lo que él os diga... Id a todo el mundo y anunciad la Buena Nueva a toda criatura. Sabemos lo que el Dueño de la mies espera de nosotros, y la Madre intercede por nosotros para que tengamos el valor suficiente para hacerlo.

También ora María para que la Iglesia mantenga la esperanza y siga siendo la depositaria de ésta en el mundo. Su Hijo no dejó de insistir en la actitud de vigilancia y en presentar la vida de los creyentes como la vela nocturna del cortejo de bodas, en la que no hay que dejar que la lámpara se apague. Y María, la creyente, sabe perfectamente hasta qué punto la vida de fe es muchas veces una larga y valerosa espera. E intercede para que la Iglesia no dude ni de la importancia de su tarea ni del futuro de este mundo, amado enteramente por Dios. De hecho, son éstas las dos tentaciones que amenazan la esperanza teologal de la Iglesia: o no creer ya en la importancia de la misión y encerrarse en sus propias fronteras, en una actitud de tranquilizadora pero estéril reserva; o dudar del futuro del mundo y de su capacidad de resurgír una y otra vez de sus cenízas, y también en este caso renunciar a la misión. Este mundo es amado por Dios, y cada año es un año de gracia otorgado por el Amor fiel de Dios. Por supuesto que este mundo se halla marcado por el egoísmo y el pecado; y por supuesto que este pecado se concreta hoy en un auténtico peligro de autodestrucción del mundo; pero sería carecer de fe teologal el pensar o decir que la catástrofe es inevitable. El hombre supera al hombre no por sus propias fuerzas, sino porque es amado por Dios e imagen de Dios. La Iglesia se halla presente en medio del mundo no para darle falsas esperanzas, sino para decirle que la esperanza es hija de la fe, y que su fundamento es el Amor universal de Dios a los hombres. En un mundo que duda de su futuro, la Iglesia recuerda que Dios es Fiel. Y María lo sabe mejor que nadie.

¡María, Madre de los Hombres, Nuestra Señora de la Esperanza, ruega por nosotros!